

la revista de  
**CIENCIA FICCIÓN**  
y fantasía / 3

bradbury · shaw · levrero  
wilhelm · d'íaz · knight  
silverberg · asimov



# la revista de CIENCIA FICCIÓN y fantasía

Número 3

Marzo 1977

Los de otros días	ROD BERRY	3
El sótano	OSCAR LEYDNER	11
Conquistador romano	DIARON ROBERT	34
El premio	WALTER WEE	52
El funeral	RUTH WELLSLEY	58
Ejercicios arqueológicos	JOSE PEDRO ALBA	81
El punto de los dioses	OSCAR WISNIOV	85
Tal vez así	RAY BRADBURY	99
La Estación Haskelhof	ROBERT WELLSBERG	112
Libros	PABLO CARAGLIA	120

Colaboró de María Celeste Arana

La revista de ciencia ficción y fantasía es una publicación trimestral de Ediciones Orion, Guaymas 1145, 1146 Buenos Aires, Argentina. / Editor-director: Alberto Arana. / Subeditor y preparador de textos: Marcelo Sordo. / Impreso en la Argentina. / Printed in Argentina. / Queja desde el momento que recibe la ley 17.332. / 30 1975. Ediciones Orion. / Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 1.411.906 / C. (control de marcas) en el año de 1955 en los Talleres Gráficos Rotapaper S.A.S.I.P., Guaymas 1145, Buenos Aires.



EDICIONES ORION





Bob Shaw es irlandés, y trabaja como periodista del Belfast Telegraph. "Las de otros días" —que presenta una idea nueva sobre la física de la luz en relación con el tiempo— se le ocurrió más tarde.

## LUZ DE OTROS DÍAS

Bob Shaw

DECLARANDO ATRÁS LA ALERA, sumamos por las impetuosas curvas del camino hacia una región de viejas laderas.

Era la primera vez que yo veía uno de esos sitios, y al principio me pareció un tanto fantasmagórico un efecto resultado por la imaginación y la circunstancia. La turbina del coche fascionalizaba y silenciosamente en el aire helado, y era como dejarse llevar por las circunvoluciones del camino en una especie de silencio subconsciente. A nuestra derecha la montaña se deslizaba hacia un valle perfecto de eternos cambios, y en todas partes, heladas en la luz, se alzaban las grandes verticales de vidrios leales. Algún ocasional rayo de sol serpenteo creó a contrastar la ilusión de movimiento, pero en realidad los bastidores estaban fijos. Hacía años que las lías

de ventanas miraban hacia el valle desde la ladera, y los hombres sólo iban a limpiarlas en la mitad de la noche, cuando en la mañana presente no turbaba al vidrio sediento.

Eran fascinantes, pero en Selina ni yo habíamos de las ventanas. Creo que nos refugio tanto que no queríamos manejar ninguna vivencia nueva vinculada al tema de nuestros sueños. El día de nacimiento —lo esperaba a comprender—, había sido una idea estúpida desde el comienzo. Yo había pensado que obraría como una cura, pero no impedía, desde luego, que Selina se sintiera embarazada y, peor aún, no impedía que se sintiera feliz por estarlo.

Fascinando la contemplación que nos produciría el estado de Selina, habíamos propuesto toda las explicaciones habituales

en el sentido de que nos habría gustado tener niños, pero más adelante, en el momento propicio. El embarazo de Selina nos había costado su bien remunerado empleo, y con él la única fuente que habíamos estado negociando y que distaba mucho del alcance de mis ingresos de poeta. Pero la causa real de nuestro error era el hecho de enfrentar una a una la comprobación de que las personas que dicen que quieren tener hijos más adelante siempre quieren decir que no desean tener hijos nunca. Nos culpaba los nervios tanas que reconocen que nosotros, que nos habíamos considerado tan diferentes, habíamos caído en la trampa biológica del celo, la misma que cualquier otra criatura racional.

El camino nos llevó por las laderas suaves del Ben Cruachan hasta que empezamos a volvernos a lo lejos los reflejos del gas Adiantum. Ya había comenzado la velocidad para alcanzar mejor el paisaje cuando el el terreno elevó en el pilar de un pedruzco. Decía: "Vamos a tomar una Galahad, Bajos Francos - J. B. Hagan". Impulsivamente, detuve el coche a la orilla del camino, recordando cuán impetuosamente, como si las laderas latieran castigado maliciosamente la narración.

—¿Por qué nos hemos detenido?

La curvatura oscura de Selina, de hueso y plata, no volvió, sorprendida.

—Mira ese terreno. Selina es a ver qué hay. Tal vez aquí los precios sean razonables.

La voz de Selina, al seguirla, fue un chifido de desamparado sermón, pero yo estaba demasiado reventando con mi idea para escucharla. Tenía la lógica convicción de que si hacíamos algo extravagante y derrochadora los como se valoraría a arreglar entre nosotros.

—Vamos —le dije—, un poco de ejercicio nos vendrá bien. Hace muchas horas que no bajamos del coche.

Selina se encogió de hombros en un gesto que me dijo, y silenciosamente del coche. Empezamos a salir por un sendero de pedruzcos irregulares de tierra agrietada, separados por cortas franjas de rocas. El sendero serpenteaba entre los árboles que cubrían el borde de la montaña, y al llegar al final encontramos la casa. Detrás del pequeño y claro edificio de piedra, unas altas estructuras de vidrios leales encastilladas en el paisaje subterráneo: el mar de árboles del Cruachan hacia los aguas del Loch Lomha. La mayor parte de las planchas de vidrio era de una transparencia perfecta, pero algunas eran oscuras, como pedruzcos de óxido pálido.

Cuando nos acercamos a la casa, atravesando un pedruzco pálido empinado con guijarros, un hombre alto, de edad mediana, vestido con pantalones de color ceniza, se levantó y nos saludó

agitarlo en mano. Había estado sentado en el muelle de piedra natural que cercaba el patio, fumando una pipa, la mirada fija en la casa. En la ventana del frente una mujer joven con un vestido color marabunta sostenía en brazos a un niño pequeño, pero no dio vuelta definitivamente mientras nos acercábamos, y desapareció.

—¿Será Hagan? —adiviné.

—Exacto. Vienes a ver quién, ¿no es así? Estás en el mejor lugar.

Hagan habló entrecortada los pulmones, con el asunto del poco montañés de Escocia que tan parecido suena al irlandés para el oído no acentado. Tenía uno de esos rostros seriosamente melancólicos que solemos encontrar en los peones cancheros y los Hicólas.

—Sí —le dije—. Estamos de vacaciones. Vámonos al teatro.

Selma, que por lo general es espontáneamente locosa con los extraños, no decía nada. Miraba la ventana, ahora desierta, con una expresión que me pareció un tanto porpleja.

—Son de Londres, ¿verdad? Bueno, como le decía, han venido al mejor lugar, y además en el mejor momento. Mi mujer y yo no sabemos ver mucha gente tan a principios de temporada.

Me volví a mir.

—¿Cómo dice con eso que podrían comprar un pequeño vidrio sin tener que hipotecar nuestra casa?

—¿Qué cosa se le ocurre —dijo Hagan sonriendo—. Antes de poder comprar vestija que pudiera traer en la transacción. Bana, mi mujer, dice que yo meo apesadumado. Pero insistentemente nos convencimos a mí. —Señaló el pequeño muro de piedra sin lizas y más de acotado, vacilante, la torremuchada lámina azul de Selma. —Ejemplo, así a buscar una manita.

Hagan volvió de prisa hacia la casa, entró y cerró la puerta.

—¿Qué no fue una idea tan maravillosa salir hacia aquí —le murmuré a Selma—, pero al menos podrías ser amable con el hombre. Me parece que habla un neopata.

—¿Porque? —dijo ella con deliberada grosería—. Hasta tú habías estado, seguramente, el vestido antiguo que lleva su mujer. No me parece que seas a ser muy generoso con un forastero.

—¿Era su mujer?

—Claro que era su mujer.

—Bueno, bueno —dijo, sonriendo—. De todos modos trata de ser cortés con él. No quiero sentirme involucrada.

Selma respiró, pero añadió cuando volvió a aparecer Hagan, y yo me sentí un poco más tranquilo. Entendí que un hombre podía amar a una mujer, y mirar al mismo tiempo que se caiga del lado de un tron.

Hagan tendió una manita silenciosa sobre el muro y nos sentamos; habíamos sido trasladados

de nuestra villa idealizada a un paisaje real, y actualizamos con poca naturalidad. Sobre la distante pizarra del Loch, más allá de los vigüentes vidrios brutas, un pequeño vapor trambó una blanca estela rumbo al sur. El aire turbulento de la montaña parecía casi tocar nuestros pulmones, diáfonos más oxígeno del que necesitábamos.

—Algunos de los cultivadores de vidrios de por aquí —esperé a decir Hagan—, envílgas a los habitantes y preséntales como turistas como ustedes una charla sobre las bellezas del estío en esta región del Argyll. O tal vez de la primavera, o del invierno. Yo no hago eso; cualquier viento sabe que un año que no se ha hecho en el verano no es hermoso nunca. ¿Qué dicen ustedes?

Yo asentí, completamente.

—¿Mía le quiere pedir que se le déa hasta el Mall, señor... —Gardner.

... Gardner. Eso es lo que comparé antes al comprar mi vidrio, y nunca lo verá mejor que en este momento. El vidrio está en fase perfecta, ninguno de ellos tiene menos de diez años de espesor, y una ventana de un metro veinte le costará dieciséis libras.

—[Disociételes libras! —Selma estaba horrozada.— Eso es lo que cuentan en las tiendas tradicionales de Royal Street.

Hagan le miró pacientemente, luego me miró con atención para saber al estándar de vidrios

lo suficiente como para apreciar lo que me había estado diciendo. Su mirada era mucho más alta de lo que yo esperaba, pero púter estar de espaldas! Los vidrios habían que uno encontraba en tiendas como Vistagles y Fawcema consistían por lo general en un vidrio común de un centavo de pulgada con un empalme de vidrio lento de cinco o seis diez o diez veces de espesor.

—Tú no comprendes, querida —dijo, ya resucito a comprar—. Este vidrio durará diez años, y está en fase.

—¿Eso no quiere decir solamente que retiene el tiempo?

Hagan volvió a sonreír, comprendiendo que ya no necesitaba ocuparse de mí.

—Solamente, dice usted! Disociételes, señora Gardner, pero está en parece apreciar el milagro, el granito, verdadero catálogo de precisión que se requiere para producir una lámina de vidrio en fase. Cuando yo digo que el vidrio tiene diez años de espesor, quiero decir que la luz tarda diez años en pasar por él. En realidad, cada uno de estas láminas tiene diez años de espesor, más de dos veces la distancia a la estrella más cercana, o sea que una ventana en espesor real de sólo un milímetro de pulgada tarda...

Hagan dejó de hablar un momento, y permaneció mirándome mirando hacia la casa. Yo aparté la vista del Loch, y al volver la cabeza descubrí otra vez a la

maje detrás de la ventana. Los ojos de Hagan estaban absortos de una especie de ansiosa veneración que me hizo sentir molesto y al mismo tiempo conmovido a Solina de que estaba equivocada. Según mi experiencia, los maridos nunca miraban de esa manera a sus mujeres, o por lo menos no a las propias.

La joven permaneció a la vista unos pocos segundos más, envuelta en el cálido resplandor de su vestido, y luego volvió a desaparecer en la habitación. Tuve de pronto la clara, aunque inexplicable impresión de que era ciega. Y así que Solina y yo estuvimos quietos intermitiendo en una situación emocional como una viudez como la nuestra.

—Puedo —contestó Hagan—. Me permitiré que llamo sus hermanas para algo. Ahora, ¿en qué estaba, señora Clarissa? Díez años las convalidé en un cuadro de palgada digna...

Yo dejó de escuchar, en parte porque ya estaba convencido, en parte porque ya había oído muchas veces la historia del vidrio lento y nunca había comprendido cuáles eran los principios que lo sustentaban. Un conocido con formación científica había tratado de aparecerse en una oportunidad, diciéndome que imaginara una lámina de vidrio lento como un holograma que se resistaba a la luz coherente de un láser para la reconstrucción de su información visual, y es el que el día de la gran explosión pas-

ta a través de un túnel en un amplió encerrado fuera del radio de captura de cada átomo del vidrio. Esta joya de lo inconcepible —para mí— no sólo no me aclaró nada, sino que me conmovió una vez más de que una mujer tan poco técnica como la mía debía preocuparse menos por las cosas que por las ideas.

El abate más importante, a los ojos del hombre común, era que la luz trataba un largo tiempo en atravesar una lámina de vidrio lento. Una plancha nueva en tiempos de un negro umbroso, porque todavía ninguna luz la había atravesado, pero se podía observar el vidrio por ejemplo en un espejo, justo a un lado, hasta que el punto emergía por el otro lado, que así un año después. Si el vidrio era entonces reflectivo y encerrado en la ventana de un edificio que colindaba, el apartamento —durante ese año— parecería tener vista al lago. Y durante ese año no sería tan sólo un cuadro muy realista pero muerto sino que las aguas se rizaban a la luz del sol. Dignitas animales silenciosas a beber en ellas, ruidos pájaros recorriendo el cielo, la noche seguiría al día, una estación seguiría a otra estación. Hasta que un día, un año después, la bella primavera en los campos suburbanos se agotaría y volvería a aparecer el frío y gris paisaje de la ciudad.

Aparte de su atemporal originalidad, el éxito comercial del

vidrio lento estaba fundado en el hecho de que pasar una vista una vez desde el punto de vista emocional el equivalente exacto de un día del lugar. El más silencioso habitante de un sótano podía así contemplar jardines oscuros en bruma, y quién le iba a decir que no eran arroyos? Un hombre que de verdad posee paciencia y fines, no se pasa la vida atariéndose por sus tiempos, palpaciones, olvidos, palideces para justificarse de que lo perdieron. Todo cuanto existe de sus tierras son efectos de luz, y con las ventanas dichas efectos de luz pueden ser llevados a zonas de carbón, a subterráneos, a celosías circulares.

Más de una vez he intentado escribir algo bueno acerca del cristal encerrado pero, para mí, el tema es tan insalablemente positivo que, paradójicamente, está más allá del alcance de la poesía... de la mía en todo caso. Además, los mejores cuentos y versos ya fueron escritos, con profética inspiración, por hombres que murieron mucho antes de que fuera descubierta el vidrio lento. No tengo la esperanza de escribir, por ejemplo, a Marco con un:

Cielos como en la noche  
[colado,  
donde los lazos del mundo me  
[apretaron,  
trae a mi mesa la Memoria  
[Arado

de otros días la luz...

Unos pocos años fueron suficientes para que el vidrio lento dejara de ser una mera curiosidad científica para convertirse en una pequeña industria. Y para profundo asombro de nosotros los poetas —los que seguían convencidos de que la bella vida aunque el frío mundo— el funcionamiento de dicha industria no fue diferente del de cualquier otra. Había escuelas distintas que enseñaban mentores de dioses, y había vistas de inferior calidad que enseñaban a poco menos. El espacio, medido en años, era un factor importante en el costo, pero estaba también la cuestión del espacio real, o fase.

Hasta con los técnicos de ingeniería más sofisticados el control del espacio era en realidad una especie de juego de azar. Una buena discrepancia podía significar que una plancha de vidrio colidiera para cinco años de espacio trivial (claro y medio), y así la luz que penetraba en ventana emergía en invierno; una discrepancia más sutil podía significar que la luz del sol del meridiano emergiera a medianoche. Típicamente incompatibilidades tenían un encanto peculiar —muchos trabajadores nocturnos, por ejemplo, gustaban tener sus propias casas de tiempo— pero en general costaba más comprar vistas que mantenerlas paso a paso con el tiempo real.

Solita sólo no parecía reconstruirla cuando Hagan terminó de

habían. Miró así imperceptiblemente la cabeza, y se sabe que Hagan no había comprendido con ella los argumentos apropiados. Espontáneamente, una ráfaga de viento frío le azotó el caso de pelo del pelo, y unas gruesas goteras de lluvia limpió resacas a tamborileo alrededor de nosotros, espeso desde un cielo así sin nubes.

—La diés un cheque alguna manera —dijo impudicamente, y vi que los ojos verdes de Selma se volaban, furiosos, sobre mí.— ¿Puede usted disponer la entrega?

—Sí, la entrega no es ningún problema —dijo Hagan, poniéndose de pie—. Pero ¿no prefería llevarse el vehículo?

—Bueno, sí... si usted no tiene inconveniente.

Se apresuró a inclinarse en mi firma me avergonzaba.

—Sacó una plancha para usted. Éspéreme aquí. No tardará mucho en colocarlo en un bastidor para que pueda transportarlo.

Hagan dejó suelta abajo, hacia las hileras de ventanas; a través de algunas el cielo del Líbano brillaba con un sol radiante, en otras estaba nublada, y en unas pocas era totalmente negra.

Selma se citó a la garganta el cuello de la blusa.

—Lo menos que pudo haber hecho es invitarme a entrar. No creo que pase por aquí tantas

imbéciles como para darle el lujo de despedirme.

To traté de no hacer caso del insulto, y me concentré en cubrir el cheque. Una de las gotas más gruesas tropezó con mis nudillos y saltó el papel rasgado.

—Está bien —le dije—. Muéstrame detallo del dinero hasta que vuelva.

Pero, por así decirlo, con la sensación de que todo empezaba a marchar definitivamente mal. Pero que soy un imbecil para haberme pasado conmigo. Un imbecil grandísimo, el más imbecil de los imbeciles, y ahora que has conseguido escapar en tu interior una parte más, menos, menos más, menos puede más.

Casi detrás de Selma, sintiendo un doloroso mudo en el estómago, y me está debajo del aliento de la casa. A través de la ventana se veía un palacio living vacío, pero los juguetes del niño aparecían desmenuzados por el piso. Cerca con el alfabeto, y un como pequeño del color blanco de las manabotas recién peladas. Mientras miraba hacia adentro, el niño llegó corriendo desde otra mano y empezó a patear las cubas. No me vio. Pocos momentos después la mujer joven entró en la habitación y lo abrazó, riendo con natural alegría, mientras contemplaba al pequeño bajo el brazo. Como antes, se acercó a la ventana. Haciendo un esfuerzo los sonó, pero ni ella ni el niño me respondieron.

Un enorme helado me agarró los dientes. ¿Sería posible que tuviera dientes los días? Me abojé hábilmente de allí.

Selma dejó escapar un grito, y yo giré como un trozo hacia ella.

—¡La mantá! —dijo—. Se está evaporando.

Cruzó el patio corriendo, arrojó el rectangular rojo del alpendre hacia el suelo y corrió de vuelta a la casa. Algo bruscó, convulsivamente, en mi subconsciente.

—Selma —grité—. ¡No la abras!

Pero era demasiado tarde. Había caído el corcho de la puerta de madera y estaba de pie, la mano sobre la boca, mirando aterrada el interior de la casa. Me acercé y le arrojé la maneta de las dentas hacia.

Mientras corría la puerta dejó que sus ojos recorrieran el interior de la casa. El palacio living era el que un momento antes había visto a la mujer y el niño con en realidad un helado desaparecía de miradas distorsionadas, perturbadas, miradas pesadas en derrezo. Estaba helado, helado y totalmente abarcado. El único objeto que recordé de mi anterior evasión a través de la ventana era la pequeña carreta, ahora rota y despatada.

Volví a correr el corcho y me volví a olvidar lo que estaba de ver. Algunas bombas vivas voló y caían bien la casa, otros simplemente no sabía hacerla.

El rostro de Selma estaba blanco.

—No entiendo. No entiendo. —El vidrio luego funciona en los dos sentidos —le dije con dulzura—. La luz, como estas en una casa, también sale.

—¿Quieres decir...?

—No sé. No es cosa nuestra. Tranquilízate ahora... Aquí vuelve Hagan con el vehículo.

Las contracciones de mi estómago empezaban a cesar.

Hagan entró en el patio trayendo un hastido oblongo en un envoltorio plástico. Lo tendí el cheque, pero el rostro furtivamente el rostro de Selma. Parecía adivinar instintivamente que nosotros dosos torpes habíamos estado escondiendo dentro de su alma. Selma estaba en silencio. Parecía vieja y enferma, y sus ojos seguían obstinadamente clavados en el terreno horizontal.

—Déjame la maneta, señor Garland —dijo Hagan finalmente—. No tendría que haberme molestado.

—No ha sido ninguna molestia. Aquí tiene el cheque.

—Gracias. —Seguí observando a Selma con una especie de estúpida réplica en la mirada.— Ha sido un placer hacer este negocio con usted.

—El placer ha sido mío —dijo con idéntica, abarcada formalidad.

Levanté el pesado mauro y volé a andar con Selma hacia el sendero que llevaba al camino. En el momento en que llegamos

al trazo superior de los aleros resbaladores peludos, hagan habla una vez.

—¡Señor Garibaldi!

Involuntariamente volví la cabeza.

—No fue culpa mía —dijo con entereza—. Un conductor de los que hieren y ocupan los atropellos a los dios en la carretera de Oban, hace seis años. Mi hijo tenía sólo siete años cuando ocurrió. Tengo derecho a conservar algo.

Así, sin palabras y según caminando ansioso abajo, estrechando a Selma contra mi cuerpo, apreciando la suavidad de sus brazos al rodearme. Cuando llegáramos a la curva volví la cabeza y miré a través de la lluvia; vi a Higgins sentado en el muro donde lo encontramos por primera vez, muy ocupado de los niños.

Miraba hacia la casa, pero no pude ver si había alguien en la ventana.

Fine del original en inglés Light of Other Days  
Traducción de María Levrero

(Un cuento [algo inquietante] para niños.)

## EL SOTANO

María Levrero

Era un niño que veía, en una casa muy grande.

Esa casa tenía muchas habitaciones y, a pesar de haberlas recorrido todas (o quizás solamente para haberlo hecho), el niño no la conocía enteramente, su memoria no alcanzaba a guardar todas las recuerdos. Por eso, casi siempre, al entrar a una habitación, le parecía haberlo por vez primera, y en realidad no podía saber si había estado allí anteriormente —aunque suponía que alguna vez debía haber entrado.

Eso no quiso decir que el niño, a veces, se perdiera en su propia casa (o, mejor dicho, en la casa de sus padres, los niños no tienen propiedades, la propiedad de la casa es asunto de las personas mayores; es, en realidad, el principal asunto de las personas mayores, tan importante que la Historia y las guerras se tejen en su torno, y en su casa de dejar algo tan importante en manos de

los niños —quieren, como se sabe, mostrar una tendencia general a romper sus juguetes); no se perdía en la casa, ni podía hacerlo, porque las piezas estaban distribuidas a los costados de largo y anchos cómodos, y estos cómodos eran pocos, apenas cuatro o cinco, y todos muy rectos, y se cruzaban en el centro, donde había una chimenea y una mesa.

En ese estado se movía se servaba a tejer y se podía a leer el diario; allí había el los deberes y, desde entonces, toda la vida de la casa giraba en torno de un lugar, que ellos llamaban la sala, y a cualquier lado que se quisiera ir debían fatalmente pasar por allí.

Esa lugar, la sala, el niño lo conocía muy bien, lo mismo que su dormitorio, el comedor, la cocina y el baño; pero no le gustaba conocer el resto de la casa de la misma manera.

Sin embargo, todos los días le ocurría, y abría todas las puertas que veía, y entraba en todos los sitios que quería, y hallaba muchas cosas que, a él, le resultaban nuevas, a veces se daba cuenta de que ya había estado en algunas de las habitaciones, porque encontraba algo nuevo, algo que había perdido, seguramente, en alguna recorrida anterior, como un botón de camisa, la creya de un perro de lana o una bolita de vidrio.

Una vez encontró una puerta cerrada.

Le pareció muy rara, porque en esa casa pocas veces las puertas estaban cerradas, y jamás con llave; pero ésta tenía un enorme candado y, a pesar de todos los esfuerzos que hizo, le resultó imposible abrirlo pues no tenía la llave.

Entonces pensó que esa puerta daría a una habitación en la que nunca había estado, porque estaba seguro de que nunca había visto una vez una puerta cerrada con candado, sólo que hubiera puesto el candado recientemente.

Toda esto lo llamó la atención, y se propuso preguntar a sus padres el significado de esa puerta cerrada. Pero luego se sintió obligado visitando otras piezas y, cuando llegó la noche y se acostó junto a Effra, la mamá del conserje, para cenar, se había olvidado por completo del asunto.

Hablaron de muchas cosas, ha-

bía frases y palabras que él no comprendía porque, al igual que en un pequeño como para no entender una conversación común, sus padres hablaban de cosas difíciles que, muchas veces, estaban fuera del alcance de su comprensión. Por ejemplo, ¿alguna de ustedes podría explicar algo acerca de la tetravalencia del carbono? ¿O sobre los casos de irracionalidad del logaritmo? Yo nunca puede entender nada de estas cosas, y es por eso que ahora estoy escribiendo cuentos, en lugar de hacer algo útil.

Pero también hablaban de cosas que comprendía perfectamente, y él también hablaba, relatando sus experiencias de la escuela o, incluso, de la casa; contaba, por ejemplo, que ese día la maestra se había olvidado de ponerle los dientes postizos; o que había estado en una plaza ricamente alfajada, con hermosos tapices colgando de las paredes, o en otra completamente vacía, y los padres lo escuchaban con atención, y a veces le explicaban cosas que para él no estaban claras.

Esa noche, Carlos —que así se llama el niño de este cuento— contó que había estado en una habitación más bien pequeña, que tenía un raro alfombra (como los que suelen encontrarse en los consultorios de los dentistas); había, además, vitrinas con platos y, junto al sofá, un aparato con luces y pedres —tenía bien similares a las que se ven

en los consultorios de los dentistas.

Preguntó a su padre qué significaba todo aquello, y él le respondió que, obviamente, se trataba del consultorio de un dentista.

Aquella noche no preguntó nada a sus padres sobre el candado, y en los días y las noches siguientes tuvo otras cosas para preguntar que, si bien en esas las sentía como el hecho de que hubiera una puerta cerrada, no le extrañaban tanto, tenían un atractivo más inmediato, ya fueran porque había visto algún objeto inexplicable de colores brillantes, o porque había preguntas para ser formuladas que necesitaban una respuesta más urgente (como era problema que lo plasmó la maestra, de la escuela y la mamá).

Sus padres siempre parecían contentos de hablar con él, y nunca se mostraban hastiados por sus preguntas, pero en algún momento de la conversación se iban del tema por causas inesperadas, y seguían conversando entre ellos de sus propios asuntos, y ya, nunca más durante ese lapso (el momento, la cena o la subconsciente), tenía él oportunidad de hacerle escribir, pues los temas que se tocaban eran tan distintos de los suyos, o los silencios que se producían estaban tan cargados de modificación o actividad mental que él tenía respuestas con sus palabras.

Para a poca volvió a toparse

con la puerta cerrada; le pareció que ahora estaba ubicada en un lugar distinto de la casa; y esa noche no abrió el tema.

Sus padres, sin responder directamente, le dijeron que los extraños que nunca antes habían hablado del asunto, ya que esa puerta siempre había estado allí, igualmente cerrada con el candado; él contestó que ésta era la segunda vez que la veía, y que la vez anterior había olvidado preguntar.

—Entonces —dijo el padre— si una vez lo olvidaste, quiere decir que el tema no te resulta especialmente interesante.

—No —respondió el niño, y explicó todo un asunto y dio algunos razones por las cuales podría haber olvidado el tema, y luego insistió en su pregunta sobre el significado de esa puerta.

—Una puerta —dijo el padre— resuelve el asunto.

—¿Y por qué está cerrada?

—preguntó Carlos.

—Para que nadie la abra —dijo la madre.

—¿Y por qué nadie debe abrirla? —volvió a preguntar el niño.

—Para que nadie bajo la escoba que hay detrás —respondió el padre.

—¿Y por qué nadie debe bajar la escoba?

—Para que nadie llague al sótano.

—¿Y por qué nadie debe llamar al sótano?

—Preguntó así —respondió el

padre— hay algo que nadie debe conocer.

E inmediatamente padre y madre entraron en un diálogo difícil que nada tenía que ver con todo aquello (algo sobre el Tribunal Unificado) y Carlitos quedó pensativo, calculando qué cosa podría haber en el sótano.

Al día siguiente Carlitos se cruzó con su madre por el camino de pedregallo que atraviesa el jardín desde la puerta de la casa hasta la calle, y allí le pidió que le dejara bajar al sótano.

—No —respondió ella—. Jamás podrás bajar al sótano; nunca encontrarás la llave y nunca, nunca, nunca podrás bajar.

—Pero, ¿qué es lo que hay allí? —insistió el niño, con lágrimas en los ojos.

—Eso, nunca, nunca, nunca lo sabrás —dijo la madre, y entró en la casa, mientras el niño seguía su camino hacia la escuela.

En la escuela, Carlitos seguía pensando en el sótano, y la lección fue desagradable porque la maestra se pasó hablando de los super, durante todas las horas de clase e incluso durante el recreo.

De regreso, el niño hizo los deberes aporramachando, y comenzó a recorrer los pasillos en busca de la puerta del sótano; esa día no la encontró.

A la mañana siguiente Carlitos se levantó más temprano que

de costumbre, y tuvo la fortuna de encontrarse con la sirvienta —una negra muy alta y muy flaca (y que en su tiempo supo ser muy dulce), llamada Conchita—. A quien había pedido que no le permitiera bajar en ningún caso.

Durante la conversación aprovechó a preguntar acerca del sótano; ella respondió, sin interrumpir el lento trabajo que estaba realizando con unos hilos negros, algo como una gran tela de araña:

—No sé nada acerca de ese asunto; no quiero tampoco saber nada acerca de él, nunca supe nada. El señor, no te diría nada, a te diría que no sé nada, o que nunca supe nada, o que no quiero saber nada. Tampoco sé de nadie que sepa nada, ni quiero saber de nadie que haya sabido o que quiera saber nada; sólo sé que tus abuelos quizás sepan algo de alguien que quizás sepa algo, o que sepa algo, o que haya sabido algo.

La mujer siguió hablando —aunque sin agregar nada de mayor sustancia— y con cada frase añadía un largo hilo negro y blanco a la tela, que giraba lentamente entre sus finos dedos. Carlitos le dio las gracias por la información y salió de la pieza, con intención de buscar a sus abuelos.

Pero había mucho tiempo que no los veía, y la casualidad no ayudó a encontrarlos. Tuvo que esperar a la noche.

Durante la noche preguntó por ellos a su padre.

—Algunos han muerto —contestó—. Sólo viven la madre de tu padre y el padre de tu madre. A la madre de tu padre no la puedes encontrar si no le preguntas a tu madre; al padre de tu madre, en cambio, lo encontrarás recorriendo la casa, pues está en una de las habitaciones. Pero recuerda que no debes fatigarte; puede costarte mucha más que una pregunta por día, y sólo a cambio de un caramelo de menta.

Carlitos quiso saber con mayor exactitud la ubicación del abuelo; explicó que quizás lo llevara muerto, mucho tiempo habíanlo por casualidad; y que, incluso, era posible que no lo hubiera nunca.

—Paciencia —respondió el padre—. Paciencia y perseverancia.

Entonces, Carlitos preguntó a su madre por la abuela; ella le contó que podría encontrarla allí donde viera una nube de tierra, porque la abuela estaba siempre hurgando, con una escoba, siempre en movimiento, siempre rodeada de tierra; pero que tuviera cuidado, porque no siempre dentro de una nube de tierra está necesariamente la abuela; hay nubes de tierra que son nubes de tierra, y nada más; y otras son nubes más que nubes de tierra, y ahí está el peligro.

Transcurrieron algunas semanas antes de que Carlitos, bus-

cando a su abuela, hallara por casualidad una nube de tierra que resultó ser su abuela. Era una imagen que le trajo a la memoria las luces de bengala de la Navidad; el polvo parecía ser despedido hacia afuera desde el centro de la nube, y las partículas brillaban al ser tocadas por los rayos del sol, y se apagaban al entrar en la sombra. Hacia el centro de la nube, el polvo se hacía más denso, y Carlitos no podía ver más nada.

Sin embargo, resistió valientemente entrar allí.

Pronto se le llenaron los ojos de tierra, y empezó a picarle la garganta.

—¡Abuelá! —lloró—. ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

—Pase claro que soy yo —respondió la mujer, con un gran dolor—. Y estoy aquí. ¿Es que acaso no me ves?

—No, abuelá, no puedo verla porque me ha entrado polvo en los ojos.

—Eso te pasa por meterlo en las nubes de tierra, niño. ¿Qué quieres de mí?

—Que me digas si sabes qué cosa hay en el sótano.

—Pase claro que lo sé —dijo la abuela, y el niño sentía la creencia que se movía furiosamente encima de sus pies.

—¿Qué es? —preguntó Carlitos, con ansiedad. La sentía que le tierra le abrigaba; le costaba mucho respirar, y tenía ganas de estornudar, y le dolían los ojos, y tenía la boca seca.

—En el mismo hay, sencillamente... —comenzó a decir la abuela.

—¡Atchó! —el niño estupefacto, y no pudo sentir el final de la frase.

Abrió la boca para decirle a su abuela que hiciera el favor de repetir lo que había dicho, porque no había podido escucharlo, pero fue acometido por un terrible ataque de tos.

—¡Fuera de aquí! —gustó la vieja—. ¿No ves que la tierra te hace mal? ¡Vete, vete rápido y que no te vea nunca nunca más en mi suelo de tierra, porque te daré de escorbuto en el hueso.

Carlitos trató de insistir, pero comprendió que la abuela tenía razón, le levantó la cabeza mal, siguió tosiendo y entumesciendo sus piernas, los ojos llenos de lágrimas, y salió corriendo.

Al abuelo le encontró en una gran sala, por la época en que terminaban las clases, y amablemente llegar al verano, con un vestido de mozas.

Habría años que Carlitos no veía al abuelo, pero le acordaba muy bien, el pelo canoso y los grandes bigotes, sentado a una mesa de trabajo con muchos relojes desarmados por delante, su pequeño desordenador en la mano, también recordaba ese objeto negro, con un vidrio de aumento, que el viejo llevaba apretado sobre el ojo derecho, para mirar los relojes.

Lo sorprendió encontrarlo abo-

ra acostado en el interior de una especie de vitrina o pecera, con la cabeza apoyada sobre un gran almohadón verde. Aún conservaba el look sobre el ojo derecho, el lapicero se movió vivamente en su dirección cuando lo sintió entrar.

La habitación era muy grande, y estaba llena de espesas colaciones de relojes, de todas formas y tamaños, algunos al siguiente parecían relojes, parecían más bien saunas o tabuleros blancos.

Carlitos pensó que habría mucho ruido cuando todos dentro la hora al mismo tiempo, pero después sintió que todos estaban pacíficos y soltaban los tres y veintitrés.

El abuelo pudo sentir ampliamente al verlo, a pesar de que de la boca le salía un cañuto de goma, que tenía un conducto en la punta. El niño trepó a un banco que allí había, y desde un caramelo de menta en la boca del viejo, a un costado del cañuto de goma. (Desde aquella vez en que había hablado con su padre, Carlitos llevaba siempre siempre una bolsita con caramelos de menta; había guardado todo su dinero en ellos, los ahorros de toda su vida, más de diez pesos.) Al abuelo, de la alegría, le brilló el ojo izquierdo, el derecho continuaba oculto.

Carlitos, sintiendo que silenciosamente podía hacerle una pregunta, no volvió en sí mismo al asunto que le interesaba:

—¿Cómo está, abuelo?

—Muy, pero muy bien, Carlitos —respondió, mostrando un su asombro que sólo lo quedaban dos o tres dientes.

—Hasta mañana —dijo Carlitos, y se retiró.

No le fue difícil volver a encontrarse la habitación del abuelo, al día siguiente, porque era la última de uno de los corredores —el que partía del costado izquierdo de la oficina.

Desde un nuevo caramelo de menta en la boca del abuelo, y sólo quemó, preguntó:

—¿Para qué es ese cañuto que te sale de la boca?

—Por allí me dan la sopa —respondió el viejo—. A mi edad ya no se puede tener la boca con muchos —a pesar del cañuto de goma y el caramelo de menta, las palabras le llegaban al niño con mucha claridad, la vez, sin embargo, sonaba distante—. Los nuevos también y el costado se vuelven; y también me es difícil recordar dónde tengo la boca.

Carlitos se despidió hasta el día siguiente.

La curiosidad es peligrosa, porque a menudo nos deriva de nuestro camino. Es cierto lo que estaba con pensando: muchas veces los nuevos cambios que nos devuelven, justamente, la curiosidad, son más veces más interesantes que aquel que por curiosidad abandonamos. Para observar cómo, en este caso, la

curiosidad deriva a Carlitos de un camino también abierto por la curiosidad; y, sobre todo, observó cómo maligna Carlitos, por curiosidad, se había de caramelos de menta.

—Abuelo, ¿para qué quieres tener ese sobre el ojo derecho?

—Lo tuve tanto tiempo que, cuando quise, no me lo pudo quitar, ahora no recuerdo si me lo puso alguna vez, o si nació con él, en vez de ojo.

Y al otro día:

—¿Por qué están parados los relojes?

—Para que no pase el tiempo.

Y otro día (y otro caramelo, y ya quedan pocos):

—¿¿ Por qué están parados a las tres y veintitrés?

—Porque a las tres y media muere los viejos.

Por fin, Carlitos reacciona; no pregunta por qué ese reloj parece una manija, o ese otro una puerta de sol, ese día se directamente al asunto que le interesa.

—Abuelo, ¿tú sabes qué cosa hay en el sótano?

—No.

Y al otro día:

—¿T sabes de algunas que se pa algo?

—Sí.

Y otro:

—¿Cuál es que sabe lo que hay en el sótano?

—Tu abuelo.



Y otro, aún:

—¿Y aparte de mí abuelo?

—Tu padre.

Y otro:

—Abuelo, si no quieres darme ningún dato útil, para que te siga dando camoteño, pero esto que te doy ahora es el último, por favor debes contestarme, porque ya no podré conseguir más: dime qué tal sabe qué cosa hay en el sótano, y que no sea mi abuelo, ni mi padre, ni mi madre, y que pueda y quiera contestarme cuando yo le pregunte.

El abuelo meditó unos instantes.

—El jefe de los jardineros tal vez pueda darte alguna información interesante —dijo luego, y pasaría mucho tiempo antes de que Carlos volviera a ver al abuelo.

El jardín era muy grande, y rodeado a la casa por los costados y el fondo, desde la casa no podía verse desde terminaba el jardín, y si uno se internaba entre la gran variedad de plantas y flores, notaba que se iba transformando en un bosque, en el que podía apreciarse todo tipo de árboles y plantas gigantes. Pero, al igual que la casa, a pesar de ser tan grande que nada, nunca, podía llegar a conocerlo del todo, era muy difícil perdarse en él, porque los caminos eran sencillos, estaban muy bien trazados, y había curules con flechas que indicaban por dónde debía ir uno,

tanto si quería seguir, como si pensaba volver.

Los jardineros eran muchos y, en su mayoría, hombres de pequeña estatura. Estaban siempre ocupados, trabajando en las diferentes de la jardinería. Todos vestían traje verde, y llevaban en la cabeza un sombrero verde (parecido a una arropada hecha de paja), por lo que, a veces, si se estaban quietos —o si movían sus brazos lentamente—, se hacía difícil distinguirlos de las plantas y de los árboles.

Carlitos halló, a pocos metros de la casa, a un jardinero que estaba agachado, con la cabeza en el tocado al suelo, muy ocupado en tirar suavemente de cada hoja de pasto, para hacerlo crecer, en una tierra muy delicada, en la que debe tomarse mucha precaución, para no tirar demasiada fuerza (se ve claramente que si uno tira demasiado fuerte, la hoja puede crecer a mayor altura que las otras, o romperse). (Las hojas de pasto se rompan tal vez una demasiada facilidad).

—Buenos tardes —dijo Carlitos, y el jardinero pegó un saltito de una hacia arriba y luego de dar una voltereta en el aire cayó de espaldas.

—¡Cállate! —gritó, Carlitos, con los ojos cerrados, la boca muy abierta y los brazos extendidos—. ¿Se puede saber por qué tardas que amarrarme de esa manera? Me has hecho romper la primera hoja de pasto de mi vida, es posible que por esta cau-

sa pierda mi empleo, y cuando se acuerden de que he sido una hoja de pasto ya nadie, nadie en el mundo, querrá emplearme como jardinero, y como lo único que sé hacer es este trabajo de jardinería, lo más probable es que cuando de hambre en muy poco tiempo, peregrinado por la ciudad y las universidades.

Y aunque había aprendido otro oficio, haciendo un gran esfuerzo intelectual (porque reconocía que soy un poco duro de entender), quizás me va a servir, cualquiera sea el nuevo oficio a que me dedique, sabiendo que me he descompuesto totalmente en la jardinería, que es el oficio más sencillo?

Carlitos dijo que no había sido su intención amarrarlo simplemente había dicho "buenas tardes" para iniciar una conversación, pero tenía algo que preguntarle, y sus padres le habían enseñado (y cada vez que también la maestra, en la escuela, se lo había enseñado) que no se conviene iniciar una conversación con otra persona sin haberla salutado previamente.

Agregó que si alguien intentaba despedirlo por el asunto del pasto roto, él explicaría lo sucedido y ya no podrían echarlo.

El hombrecito se puso muy contento, e inició una lección y comenzó a hablar en torno del oficio, recordando muchas las manos y gestos repetidos veces sobre la punta del pie, dando decir que cuando se charra se se charra.

de que sus pies quedaban cientos de hojas de pasto.

Al fin, el jardinero, ya sereno, le preguntó a Carlitos qué era lo que deseaba saber.

—¿Usted, ya el jefe de los jardineros? —preguntó el niño.

El hombrecito se echó a reír de una manera exagerada, mostrando todos los dientes y la lengua, y las lágrimas le salían a raudales por los ojos, tuvo que tirarse al suelo, todo a lo largo, y temblando la barriga con las manos río y río con verdadera desesperación. Dijo que no podía más, que ya no podía soportar más, sin embargo estuvo así durante unos minutos, aún, y la risa era un hilo continuo y cada vez más débil, que empezaba de sus labios con mayor dificultad a cada instante.

—Bueno, bueno —dijo al fin, cuando recuperó el habla, levantándose y recordando su español contra un alto viento (aunque, al parecer, sin pluchazo), habilitados de jardinería—. No —agregó seriamente—. No soy el jardinero jefe, soy el jardinero de penitencia catagoría.

—¿Y usted sabe dónde se encuentra el jardinero jefe? —preguntó Carlitos, temblando que el hombre se pusiera a reír otra vez.

—Debe estar, exactamente, en algún lugar de este jardín. El que mejor puede saberlo es el jardinero segundo; yo no sé más.

—Y el jardinero segundo, ¿dónde se encuentra? —insistió el niño.

—Eso debe saberlo el jardinero terreno, y no me preguntas nada. Para hallar al terrero deberías preguntarle al cuervo, y para hallar al cuervo deberías preguntarle al cuervo, y así sucesivamente hasta llegar al último, el último es aquel que se ve allí, pintando el lago violeta con lunares amarillos; si te dirá dónde está ya, que soy el jardinero penúltimo.

—Eso no suena a preguntarlo —dijo Carlitos, que ya estaba enfadado—. Si perfectamente que entiendo está aquí, delante de mis ojos.

—Entonces, preguntame por el antropófilo —dijo el hombre, mientras se inclinaba nuevamente sobre la tierra para volver a su labor.

—Crea que es un tráfago muy largo —contestó Carlitos, mientras se alejaba por un camino, y se internaba en el jardín—. Mejor trataré de encontrar directamente al jardinero jefe.

Cuando uno busca algo, no debe ni sentir ni encontrarlo por uno, por lo menos dentro de un plazo determinado. Porque uno de los tantos chistes del azar es, justamente, encontrarse lo que buscamos, y haberlo encontrado lo que no buscamos, o que ya no buscamos. Por lo menos, es mi experiencia personal; si a ustedes les sucede lo contrario, pueden adaptar la filosofía que se les antoja, que a mí no me afecta ni lo más mínimo.

Pero a Carlitos le sucedió lo opuesto a mí. El día en que encontró al abuelo, por ejemplo, si bien llevaba la botella de curtiembre conmigo (ya se había convertido en cascabelo, ni la sentía en el bolsillo), recorrió la zona con afán tratando de encontrar un matín blanco vestido de español; para qué lo quería, se amano a apartir, y me llevaría todos otros libros explicando, simplemente citaba el caso para apoyar mi teoría anterior.

Dijo, una tarde, Carlitos vagó por el jardín, desdentado, había mirado por todas partes, sin llegar a ver a nadie que impresionara como jefe de los jardineros. Sólo plantas y flores, y árboles, y, a veces, algún tanto jardinerito de infima categoría.

De pronto llegó a sus oídos un débil grito.

—¡Socorro!

Miró a su alrededor, pero no pudo localizar a quien había gritado. Luego se repitió el pedido de auxilio y, ahora, le pareció que la voz se venía del sur ni del norte ni del este ni del oeste, sino más bien desde el mismo lugar en que estaba parado, como de sus pies.

Miró y en efecto, próximo a su pie derecho, vio un charco de agua, en el que nadaba un pequeño insecto; agitó las patas muy finas y largas, con desesperación; era evidente que estaba a punto de ahogarse, ya muy cansado de nadar.

Carlitos se agachó y metió su

dele en el agua, el insecto, muy trabajosamente, logró treparse después de algunos intentos. Carlitos se incorporó y llevó el dedo cerca de sus ojos.

El insecto, que era de una especie para él desconocida, tenía un inusualísimo cuerpo esférico, grandes ojos redondos, y las patas —que como he dicho, eran largas y finas— ahora estaban adgluadas fuertemente a ambos lados del dedo índice del niño.

—¡U! —dijo el insecto, luego de tomar aliento—. Muchas gracias, niño; así que de ésta es mi salvata.

—No temas por qué —respondió Carlitos, observó que el insecto jadeaba y que, con mucha lentitud, iba tratando de incorporarse sobre sus patas; pero sólo se podía balancear, y las patas volvían a colgar, flácidas, a sus costados.

—¿Qué clase de insecto eres? —preguntó el niño, con curiosidad—. Nunca he visto a nadie parecido a ti.

—Soy el único de mi especie —respondió con orgullo—. Me llamo Tito, y como soy único, imagino que debo pertenecer a la especie de los Titos (y Titas, pero hacerlo más científico).

—Yo me llamo Carlitos —dijo el niño, a su vez.

Alora, Tito había logrado afirmarse bastante bien sobre sus patas, y movió el cuerpo, como hacen los perros cuando se meten, para secarse más rápidamente.

—Dime, Carlitos —dijo luego el insecto—. ¿Quéhara recibiste el favor que me has hecho. ¿Hay algo que pueda hacer por tí?

—No es necesario que me recibieras nada —respondió el niño—. No me has costado ningún trabajo y, de todos modos, es lo que hubiera hecho cualquiera en mi lugar.

—Eso crees —respondió apesadumado Tito—. Eso crees, niño, yo, con estos ojos, he visto ahogarse a más de una hormiga, a más de una mariposa, sin que nadie viera una gotita de lluvia; pero, en la que hubiera hecho cualquiera en mi lugar.

El insecto dejó la frase sin terminar, y se hizo un traspaso en un gesto arrogante. Carlitos no se animó a alejarse a que continuara y, un poco para salir del tema, le preguntó si no sabía cómo encontrar al jefe de los jardineros.

Tito miró unos instantes.

—Mira —dijo, luego—, yo no sé dónde se encuentran; pero, si no tienes miedo, hay un modo muy rápido de hallarlo; claro, se corren ciertos riesgos.

—Dime ya —le apresuró Carlitos.

—Antes —dijo el insecto— de lo haces una advertencia; el jefe de los jardineros es muy sensible; jamás contesta seriamente una pregunta. No sé para qué quieres hallarlo, pero debes tener en cuenta que, fatalmente, te moriré.

—Entonces —dijo Carlitos, ruborizado— ya no tengo interés.

Tito advirtió el profundo desmoronamiento del niño, y dijo:

—Hay, sin embargo, un sistema para hacerle decir la verdad: el jefe de los jardineros es muy mentiroso, es cierto, pero de imaginación limitada. Fíjate que no puede decir más de dos mentiras seguidas; si le preguntas una tercera vez la misma cosa, verdad que desvota la verdad.

El rostro de Carlitos se animó.

—Y para encontrarlo, nada más sencillo —prosiguió el inventor—.

—¿Ver ese cartel, cerca de la fuente? —Carlitos dirigió la mirada hacia donde le indicaba el insecto con una de sus patas, y vio, efectivamente, un cartel que decía: "recomiendo estas m. c. c. r. m.". —Bueno, si te acercas a la fuente, y pides el césped, te lo mandarán a traer un inspector, que intentará cobrarte una multa; si tú no la pagas, te llevarán ante el jefe de los jardineros para que te castigue. Por eso te decía que, había cierta peligrosidad, si no logras escapar, o escapar luego, no sé qué terrible castigo recibirás.

—Correré el riesgo, de todos modos —dijo Carlitos, que estaba muy entusiasmado. El insecto volvió sus alas y al parecer satisfecho con la prueba, se dispuyó.

—Hasta pronto, Carlitos —dijo—. Te estaré aguardando durante todo el resto de mi vida.

—Hasta pronto, Tito —Carlitos hizo señas con la mano, mientras el insecto se alejaba, y tres que continuó para no agregar:

"Saludos a los tuyos", recordando que era el dueño de su esposa, y que quizá pensara que se burlaba de él; en cualquier caso, significaría recordarle su soledad, y eso no habría estado bien.

Se acercó a la fuente. Era muy blanca, de mármol, rodeada, fría de agua. En el centro había una estatua, que representaba a un hombre con vertical que orlaba agua hacia arriba por la boca.

La fuente estaba rodeada de un césped muy fino y hermoso, de un color tan verde como jamás había visto Carlitos anteriormente; un verde brillante y agudo.

Había un círculo de heléchos pintados de negro y de rojo rodeando el césped. El niño volvió en instantes, y luego levantó la pila derecha y dejó caer el pie lentamente del otro lado de los heléchos.

Apenas la rueda del cepeto había tocado una hoja del césped se oyó un fuerte pitido, y pensó poco cuando saltó la grava del sendero.

Carlitos saltó el pie del césped y giró la cabeza hacia la izquierda; por el sendero venía, jadeando y resoplando entre uno y otro pitido, un hombre bajito y muy gordo, vestido con un uniforme gris, y que llevaba una gran gata en la cabeza.

—¡Criminoso! —vociferó, al llegar junto al niño. Hizo sonar el pie nuevamente, en forma incesante; el círculo heléchos los

alrededor de Carlitos—. ¡Te ví! ¡Te ví cuando pisabas el césped!

—Es verdad —dijo Carlitos.

—Es verdad, señor Inspector —corrigió el hombre.

—Es verdad, señor Inspector —repitió el niño.

—Bueno. Tienes que pagar la multa. Son quinientos mil ochocientos mil cuarenta y cinco mil trillones de millones de mil pesos.

—¿Cuánto? —preguntó Carlitos, con los ojos muy abiertos, porque no había logrado hacerse una idea del número.

—Quinientos mil ochocientos mil cuarenta y cinco mil trillones de millones de mil pesos —repitió el inspector.

—No tengo tanto dinero —dijo Carlitos, revisando sus bolsillos. Extrajo una moneda—. Cincuenta centavos es todo lo que tengo. No más.

El inspector echó la goma hacia adelante y se movió la boca.

—Cero que no alcanza —dijo, mientras calculaba, tratando de que Carlitos no advirtiera que utilizaba los dedos de la mano izquierda para contar—. Debes llevarme ante el jefe de los jardineros para que te castigue.

—Buena —dijo Carlitos.

—Buena, señor Inspector —corrigió el inspector.

—Buena, señor Inspector.

Interesándose por el juicio, el inspector lo condujo a través de tortuosos senderos, al cabo de veinte minutos llegaron a un lugar

desprovisto de árboles y de plantas, de forma circular; en el centro había, sin embargo, algo parecido a un árbol: era el jefe de los jardineros.

El inspector aproximó al niño, tomándolo firmemente de un brazo para demostrar autoridad (un poco de teatro para su jefe); dio las explicaciones de rigor y, tras una profunda reverencia, se alejó.

El jefe de los jardineros era, realmente, un niño muy parecido a un árbol. Su cara era arrugada, como la corteza de un árbol; el pelo era verde, como la copa de un árbol; sus piernas y pies, que cubría con un pedicelo marrón, muy arrugado, estaban muy juntos y parecían el tronco de un árbol, y no se movían de su sitio; los dedos de las manos eran extraordinariamente largas y setáceas, como las ramas de un árbol, y tenía siempre las manos en posición horizontal y, al hablar, las movía lentamente, hacia uno y otro lado, recordando a un árbol agitado por la brisa.

Estacionaron un rato en silencio; el jefe de los jardineros escuchó a Carlitos, y Carlitos escuchó al jefe de los jardineros. Al niño le sorprendió ver que, como en un árbol, una columna de humo negro le salía y otra le bajaba por el tronco.

—¿Por qué has pisado el césped 19 veces? —preguntó, por fin, el jefe de los jardineros, con voz de árbol.

—Lo he pisado solamente una vez —respondió Carlitos, y, re-



yo y en la otra cara. Carlitos se sorprendió mucho, porque el jefe de los jardineros lo había perdonado; pero recordó que era una afirmación que había hecho una sola vez y por lo tanto era verdad. Estó a comer desahucadamente, y las lanzas de los bombocillos —que corrían en su personalidad— comenzaban a caer cerca de su cuerpo.

—No lo dejes escapar! —gritaba el jefe de los jardineros, y se acercaba a sus de árbol le daba al niño más fuerzas para correr.

Corría, corría, corría.

Corría, corría, corría.

Corría, y le parecía estar siempre en el mismo sitio. Con el miedo que le embargaba, y el apuro de la persecución, Carlitos no podía estar fijándose en detalles para, después de mucho correr, llegó a la conclusión de que lo había en círculo, siempre alrededor del lugar en que se encontraba el jefe de los jardineros (que, a toda esta, seguía gritando desahucadamente).

Sin embargo, el niño se había guiado por los árboles tallados, aquellos profusamente pintados sobre flechas de madera, que decía "a la casa", "al bosque", "al marcos", etc.; él observaba la dirección de la flecha en todas las que decía "a la casa", y cuando sin preocuparse de otra cosa, pero al fin se dio cuenta.

—Son esas curules —murmuró para él, y estaba muy, muy, muy cansado—. Dices que los ponen para que la gente se se pierda, pero en realidad están puestos solamente para confundir! —y se desahucó de los árboles, y siguió corriendo en cualquier otra dirección.

—¡Eh! —gritó alguien—. ¡Eh, niño, por aquí!

Carlitos miró y vio un claro entre los árboles, otro lugar circular, totalmente cubierto de flores de dos colores: unas amarillas, otras violetas, dispuestas de manera tal que formaban dibujos maravillosos e incomprendibles.

En el centro mismo del círculo había un bombocillo, sentado en el aire, que le llamaba haciendo voces.

Carlitos se aproximó al hombre, de estatura no mayor que la de los árboles, tenía una larga barba blanca. Se puso de pie, hizo como que abría una puerta invisible, tomó a Carlitos de una mano y lo hizo pasar, y luego cerró la puerta.

—Ah que te persiguen —dijo, con gran tranquilidad, como si hablara de un hecho corriente y sin mayor trascendencia. Carlitos, muy, muy, muy cansado, jadeaba y miraba nerviosamente por encima de su hombro; y, en efecto, en ese instante pasaron por el sendero todos los árboles, corriendo, gritando y tirando sus lanzas.

Miraron hacia ellos pero, apuradamente, no los vieron, pero siguieron de largo.

El niño entendió las manos, pero no pudo tener nada; evidentemente, allí no había puerta, ni paredes.

—Este es el momento del jardín —le dijo el bombocillo, y volvió a sentarse en el aire, moviendo la pierna derecha por encima de la izquierda.

—No entiendo —dijo Carlitos—. No entiendo nada.

—¿Qué quieres saber? —preguntó el bombocillo, mirándolo con afecto.

—Todo, todo eso —murmuró Carlitos—. Usted abrió una puerta que no existe, luego lo corré, los árboles pasaron y no me vieron, tampoco yo podía verlos perfectamente. Luego, usted se sentó en el aire y me dijo que esto es un momento.

—Ah es —respondió el bombocillo, y entró de entre sus manos una pila maravillosa y comenzó a fumar—. Pero por favor, ponte cómodo —y con la mano dio unos golpecitos en el aire, que comenzó a moverse, indicándole un lugar próximo a donde él estaba sentado—. Estás cansadísimo, déjate en esto.

Carlitos miró con desconfianza; entendió una mano, dio unos golpecitos, pero no sonaron, ni sintió que tocara nada.

—No, no —dijo el bombocillo—. Si no tienes confianza, no te podrás sentar.

Carlitos no quiso dudarle, y

aparentó creerle; pero no estaba convencido, y al intentar sentarse a la misma altura del bombocillo, cayó, y quedó sentado en el suelo.

El hombre dio una pitada a su pipa, movió la cabeza negativamente, con una sonrisa comprensiva, y no habló.

—Te explican —dijo—. Te, antes, era, como ellos, un niño. Teoría que pasaron la vida en casa de un árbol, aprendiendo que el jefe de los jardineros lo mira para perseguir a alguien.

—Es muy absurdo, y muy ingenuo. Generalmente había que perseguir a gente buena, que no había hecho otra cosa que plantar el césped, e interrogar a los mariposas. Al final me cansé y dije que no quería ser niño; pedí que me trasladaran a la jardinería.

—Entonces dijiste que estaba loco, porque los árboles tienen un mundo mucho mayor y son muy respetados; y en la jardinería hay que trabajar mucho más, durante todo el día (y a veces, también durante la noche), y me encerraron en esta celda.

—Fue un mal día. Los árboles fueron cayendo, y nadie se tomó el trabajo de reconstruirlos. Yo me siento muy bien así, sin tener que perseguir a nadie, y los árboles me traen de comer y nunca me falta nada. Ellos fueron advertidos que las paredes desaparecen, pero no quisieron decir nada porque, si no, el jefe de los jardineros los obligaría a construir otra celda, y no sé que



tava más que caminar en cualquier dirección, recorrió en aquella que indicaban los cartones.

Le llevó algunos días llegar hasta la casilla del guardabosque; estaba atornillada, tal como le había dicho el hombrecillo, en medio de un gran campo desolado, al uno omeba hasta todos lados no veía, desde allí, otra cosa que campo; el punto era amarillento, arenoso, muy distinto del que cubrían los jardines, y tampoco se veían árboles, ni plantas, ni animales.

La casilla estaba casi en ruinas, sólo unas tablas se mantenían paradas. El alfiler estaba pintado a la vez, de blanco, y tenía un bulbo atado a una soga, colgando de la ventana. Carlitos se acercó al borde del balcón y giró hacia abajo.

—¿Dónde Tragaferros!

Una voz misteriosa le contestó casi en seguida, dándole algo que Carlitos no pudo entender, ya fuera porque había dicho una palabra desconocida para él, o porque los ecos del alfiler deformaban las sonoras.

—Me llamo Carlitos —dijo el niño— y quiero la llave del sistema de la casa de mi padre; traigo recordadilla para intercambiarlo.

(Por el camino, Carlitos había recordado algunas cosas que le parecían atractivas.)

La voz volvió a oírse, esta vez pensó que decía "¡Dónde!", pero no estaba segura. Como no que-

ría incomodar al Tragaferros, decidió bajar, en lugar de repetir la pregunta —cuya respuesta, seguramente, tampoco alcanzaría.

Entonces, volvió la cabeza, que estaba anclada a uno de los pilos que sostenía la ventana, y dejó que el bulbo bajara lentamente, luegoató la cuerda, de nuevo, al palo, y se lanzó de nuevo con las manos y se deslizó con cuidado hacia el fondo del alfiler.

Estaba muy oscuro, pero después de un rato, sus ojos se acostumbraron a una oscuridad tan, y divisó al Tragaferros.

Era un ser transparente y sin forma, como una anillo, tenía un solo ojo, muy grande, que trasladaba constantemente de un sitio a otro de su cuerpo, y en el centro de esa masa gelatinosa había un montón de barro viejo en donde, sin duda, le quedaba del Tragaferros.

Ese animal, o lo que fuese, no tenía brazos, ni piernas, ni cabeza, ni nada, solamente su cuerpo sin forma, y el ojo.

—¿Buenos tardes —dijo Carlitos, tratando de que el ser no sintiera el miedo espantoso que sentía, y repitió su oferta de intercambio.

El Tragaferros le miró fijamente, para lo cual debió colocar su ojo en el centro del cuerpo y después, quieto allí, esa masa sin párpados ni pestañas, fija, que no trasladaba ninguna clase de emociones, hizo que Carlitos sintiera mucho más miedo aún.

—¿Qué es lo que trae para

intercambio? —dijo finalmente el Tragaferros. (La voz era exactamente como un disco pasado en velocidad muy lenta.)

Carlitos miró la mano en el bulbo, extrañado de que ese bulbo pudiera hablar sin boca, y estuvo un momento contemplando lo paso en la palma de la mano y lo exhibió ante el ojo del Tragaferros.

—¡Basta! —dijo éste—. No me interesa. Es otro inevitable.

Entonces Carlitos siguió moviendo las manos en los bulbos y sacando cosas raras, bonitos, recuerdos, destapadores, tijeras, una llave, otra llave, espigas para destapar prima, tapas de botellas de refresco, otra llave, una cadena de perro, y muchas cosas más.

—Nada de eso me interesa —decía el Tragaferros—. Nada. Lata, anillo, manopla, yodo, lata, lata, lata.

Finalmente, el niño se dio por vencido.

—No tengo otra cosa para ofrecerte —dijo, y las lágrimas cayeron a sus ojos.

—Bueno, bueno —dijo el Tragaferros, con cierta cordialidad—. Ahora el mariposa se va a poner a fumar.

Eso le dio mucha rabia al niño, y no pudo contener el llanto; entonces el Tragaferros se acercó y lo dijo:

—¡Basta, basta! Las lágrimas me hacen mucho daño en la mirada, es a lo dentro que le tiene, a las lágrimas y al agua de mar.

Son saladas, y tarde o temprano terminan por coagular los líquidos que tengo en el estómago, lo que me produce espantosos dolores.

Como Carlitos no soportó en su llanto, él se produjo una especie de tipo, y la llave del sistema saltó, como por arte de magia, a la mano derecha del niño.

—Ahora, vete —dijo el Tragaferros, y Carlitos le agradeció y comenzó a trepar por la cuerda.

Ese asunto parece interminable, me doy cuenta, y quizás lo sea; pero ya no puedo continuar lo artificialmente, sino que me cito en forma estricta a la más pura realidad de los hechos. Yo no soy quien tiene la culpa a los hechos y su inconscientemente son complicados; trato de narrarlos de una manera simple y sucinta, pero no puedo deformar la verdad, como hacen muchos, ni siquiera en favor de mis ocasionales lectores.

Leamos que, al leer estas líneas, se preguntaría indignado: "¿Y por qué no escribe otra cosa? Algo más corto, o más simple. Nadie le obliga a escribir esta historia".

Es una crítica que puede parecer acertada; pero el hecho es que intenté narrar otras historias —y, en su principio, pensé que ésta era más corta, más bonita y más simple—, pero siempre, siempre siempre más historias son largas y complicadas. Y yo no tengo la culpa. No tengo la culpa de que a los personajes les sucedan

estas cosas. No tengo la culpa de que la cuerda del alfiler se haya roto... (Era una cuerda muy vieja.)

Carlitos fue a caer, afirmadamente desde poco altura, muy cerca del Tragafierros.

—¿Qué me agitará! —protestó él, histérico, y Carlitos ya estaba llamando nuevamente, por que pensaba que no podría salir nunca más del alfiler.

—Mira —le dijo el Tí (Tí = Tragafierros, de ahora en adelante se utilizará esta abreviatura, porque apenas Carlitos se alga, refuerza, nunca del alfiler, y sin causa tener que escribir un nombre tan largo tantas veces durante tanto tiempo), hablándole lentamente y con mucha amabilidad y paciencia—. Tí ya no podría salir de aquí, porque la cuerda se rompió, es mejor que dejes de llorar, para no hacerte daño, y te hagas a la idea. Yo sé muchos cuentos muy interesantes, y muchos acertijos, problemas matemáticos y adivinanzas; veale que no te aburras.

—¿Conocen la historia del Caudillo Histórico? Es muy divertida. Cuenta que, un día...

Pero Carlitos se quería quejarse; le parecía que allí afuera había cosas mucho más interesantes que los cuentos que le pudiera hacer el Tí; entonces comenzó a salir de nuevo, esta vez apoyando los pies en pequeñas salientes, y en lapsos en donde el resaca se había caído.

Pero no se podía resistir.

El Tí se movió asustadísimo.

—¡Todo el mundo encuentra muy divertido eso de dejarse caer encima de mi cuerpo! —gritó—. ¡Claro, soy blando y amortiguo las golpes! Pero a mí no me gusta, podría dañarme con ese juego estúpido. Por lo tanto, no voy a tocar más cosas que no me gusten, aunque la cosa no me sea justa; así comido lo visto en el libro.

Y diciendo estas palabras comenzó a entenderse por el fondo del alfiler, como si fuera un agua espesa y gomosa; se fue convirtiendo en un ser tan delgado que ahora podía ser muy delgado que ahora podía ser muy delgado; se fue todo el material que tenía dentro, pero Carlitos estaba muy molesto, y no pudo resistir en esa cantidad de alfileres extraños; entonces que el Tí guardaba en su interior; apenas observó la punta de una punta y algo parecido a la nada de un tránsito. De inmediato comenzó a trepar nuevamente por la pared del alfiler.

—¡Maldición! —gritó el Tí que cuando se encorcha tanto un caparazón vocabulario—. (Te me vas a caer encima y no vas a volver el ojo, el único que tengo).

Entonces se contrajo nuevamente y se apartó bien contra el lado opuesto al que Carlitos trepaba.

Varias veces el niño cayó al fondo, y otras tantas el Tí empezó a entenderse y luego debió con tanto, al volver el niño a trepar.

—Este juego me está cansando —dijo, al fin, el Tí—. Está bien; no trataré de comerlo. Dejo de trepar y voy a mi lado. Te pondré un acertijo: suponiendo que un Demanzador y un Quisqualefante, cada uno armado de sus respectivas herramientas de trabajo, se trepan en un claro del bosque y se cruzan en la vía; ¿cuántos libros demanzará el Demanzador en ventar al Quisqualefante, si este último está cansado porque estuvo haciendo toda la noche en la fiesta de la Escocoleptera?

Pero Carlitos casi no escuchó la última parte del problema, porque había logrado llegar al fondo del alfiler, y pronto estuvo fuera. Le gustaban los acertijos, pero éste estaba de pesados para él, que sin duda tenía del exclusivo conocimiento del Tragafierros y de la gente de su mundo; por su parte, él tenía cosas más importantes que hacer.

Muchos, muchos años le llevó a Carlitos regresar a su hogar.

—¡Suerte que, al salir del alfiler... pero en esta historia llevaré muchas páginas, tanto tiempo me llevará escribirlo con todos sus detalles que me distanciaré completamente del asunto del niño, y ensójecerá antes de poder contar al niño, y quizás muriera antes de poder hacerlo;

habíamos entonces con saber que parecían muchas, muchas años.

Los niños habían cambiado en forma notoria. Carlitos no era ya Carlitos, sino Claudio; tenía bigotes y tres canas en el cabello. Encontró que la casa de sus padres ya no estaba rodeada de un hermoso jardín, sino de extrañas construcciones, en las que gente extraña hacía cosas realmente muy extrañas; y dentro de la casa no había nadie.

Recorrió todas las habitaciones y las halló vacías, completamente vacías; sólo una de ellas, la trigonométrica del tercer corredor, guardaba, oculta en un baulo del piso, una bolita azul y roja que había perdido cuando niño.

Me es difícil a la puerta con el cascabel; metí la mano en el bolsillo y saqué la llave que me había dado el Tragafierros. Hice girar la llave en la cerradura del cascabel, y éste se abrió, quitó el cascabel, hice girar el pomo de la puerta, tiré de él, y la puerta se abrió; esto me vió, había cuatro o cinco pedacitos de una escudera de madera; el resto quedaba en la oscuridad más oscura.

Examinado una vez que traje engrosamiento, y después de dudar tan sólo unos instantes, comencé a bajar la escalera.



### CONQUISTADOR NONATO

Damon Knight

Leo y Moira Constanza vivían en una pequeña casa alquilada, con un patio pequeño, una jarra sin más que agua y muchos abetos. Leo pocas veces tenía tiempo de contar el césped, que se había cubierto de malezas. La casa era limpia y ella mejor que muchos departamentos de ciudad, y Moira había puesto garbanos en las ventanas; a pesar de todo era una casa oscura, por culpa de los abetos y de estar en la peor zona del pueblo. Una tarde de primavera Leo, en el momento de llegar a la puerta, notó en una caja y separó las páginas de los cuadernos hasta el jardín.

Se levantó y vio que Moira lo esperaba en la puerta, con una risa.

—Fue divertido.

—Divertido un comino —dijo Leo—. Me lastimé la nariz. —Se puso a juntar los papeles, tornos, en silencio, sobre la última hoja

apareció una gota roja. — ¡Maldición!

Moira le sostuvo la puerta por encima suspendida y un poco atropellada. Lo siguió hasta el baño.

—Leo, no quisiera volver. ¿Te duele?

—No —respondió Leo, mirándose con rabia en el espejo al espejo de la nariz, que se resquebrajó, le había como un gong.

—Me alegro. Fue divertido... divertido y extraño, quiero decir —agregó rápidamente.

Leo la miró, a Moira se le veía el blanco de los ojos.

—¿Pasó algo? —lo preguntó.

—No lo sé —dijo ella, levantando la voz—. Es la primera vez que tengo esta sensación. No me parece divertido, y me quedo ocupado, y no sé qué me ha pasado... —Moira repitió la misma risa nerviosa. — ¡Me arañé volviendo loco!

Moira era una muchacha de pelo negro, tranquila y cálida.

que la había conocido mientras buscaba el último año en Columbia, con (si era ingenuidad, con sus pocas veces legítimas) resultados desastrosos. Ahora, en el último mes de embarazo, tenía la figura de una muñeca rechoncha y rechoncha.

En ese período, recordó Leo, había un constante peligro de trastornos emocionales. Se inclinó apasionadamente sobre el vientre de ella y la besó, con un beso de acción.

—Tal vez estás cansada. Séntate, te traeré un café.

Moira, hasta ese momento, no había sufrido ataques de histeria, ni marcos por la mañana (mañana, en cambio), y de todas formas Leo no recordaba haber sido más allá de posibles ataques de risa en ese período.

Después de comer Leo corrigió automáticamente, con lápiz rojo, dieciséis errores; ordenó los papeles, y luego se levantó y buscó el libro sobre libros. Había cuatro tomos en silencio con muchas hojas marcadas; en las cubiertas sonaban como de madera; pero el volumen que necesitaba no estaba allí. Miró en el estante, detrás de los otros libros, y en la zona de maderas que estaba al lado.

—¡Moira!

—¡Míralo!

—¿Desde cuándo está el otro libro de libros?

—Lo tengo aquí.

Leo se acercó y miró sobre el hombro de Moira. Su mujer esta-

daba un dibujo algo obscuro de un feto invertido, en posición yoga, dentro de un cuerpo de mujer curvado transversalmente.

—Este es el aspecto que tiene —dijo Moira—. Mami.

El dibujo mostraba a un feto a punto de nacer.

—¿Qué dibujo de tu mamá?

—preguntó Leo, intrigado.

—No digas tonterías —le contestó ella, distraída.

Leo esperó un rato, pero Moira no levantaba la vista ni volvía la página. Finalmente Leo siguió con su trabajo.

Desde allí miró a la muchacha. Moira hojeó todo el libro, leyó algunas páginas y lo dejó sobre la mesa. Encendió un cigarrillo y lo apagó en seguida. Llamó un médico urgente.

—Ese fue grande —comentó Leo, con admiración.

Los cruceros de Moira no tenían nada que ver con los que Leo había visto en los vestuarios masculinos de la Universidad de Columbia; habían vibrado las puertas y las ventanas.

Moira saltó un anillo.

Nerviosa, Leo recogió su taza de café y empezó a caminar hacia la cocina. Al pasar junto a la silla de Moira se detuvo. En la mesa, junto a la muchacha, estaba la taza que le había servido después de la cena; tenía aún todo el café. No un café negro, frío, en el que habían unas gotas de grasa.

—¿No tienes ganas de café?

—Sí, pero... —Se interrumpió



cualdo se le escapaba algún artículo casual.

—Len, ¿verdad?

—¡Muy!

—... ¿mal dice dar tragiches... qué demonios significará esta, Len?

—Len giró algo, furioso.

—¿Por qué no pruebas con la cebolla en inglés?

—Len quiso aprender alemán.

—¿Qué me das a decir?

—Len cerró los ojos un instante.

—La reunión de padres y maestros. ¿Es seguro que quiseis ir?

—Sí, por supuesto. Es una reunión importante, ¿no es así? Claro que sí, a menos que creas que mi aspecto es demasiado poco presentable.

—No, No, ¡maldita sea. Pero ¿te sientas con fuerza para ir?

—Debajo de los ojos de Moira había unos débiles semáforos violetas; los débiles días no había dormido bien.

—Claro que sí.

—Bastá bien. Pero mañana veas al médico.

—Ya te dije que sí.

—Y no consentas lo de Leo, ni a la señora Greer ni a nadie...

Moira parecía un poco perpleja.

—No, No, ¡no déis nada hasta que nazca, suponga. Sería muy difícil probar esas cosas... ¡lo mismo me me hubieran dicho si no fuera por lo de las patatas.

—No habías vuelto a repetir el experimento, a pesar de la insistencia de Len. Según Moira, Leo sólo deseaba comunicarse con su

madre; aparentemente no tenía ninguna intención por Len.

—Es muy pequeño todavía... explicaba Moira.

—Sin embargo... Len recordaba a las cosas que habían ocurrido en las clases de biología del último semestre. Una teoría das o ramos. Las células continúan células... como un óvulo. El impenable subeio tocaba: ¿no debía decir de más en las células o en las pias, los órganos protogénos de otro modo?

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

—Y si tengo que anotar, ¿haré como una señora —dijo Moira, contesta.

divi qué pueda hacer; allí está la señora Greer, solícita. Sé que se está haciendo de ganas de conversar un buen rato con usted, Alchisto; ya me encargará de su marido.

Moira se debió en gritos de placer; la vital de esas grías, por lo menos, saltaron sobre una lluvia de nubes avensita.

Greer sacaba mostrando una destadara perfecta, y exhibiendo desdentado nasal. Su piel rosada no sólo parecía brava y frutula una desinfectada; un lente de mostrar de oro pertenecía a la victoria de un capitán, y un traje tropical, sin duda, se había de salir de la tataría. Era imposible concebir a un Greer sin alfiler, un Greer forzando un alfiler, un Greer con una mancha de aceite de motor en la frente, o un Greer haciendo el amor con su mujer.

—Sí, señora, en otros últimos días el tiempo...

—Cuando pienso en el aspecto que tenía este valle hace veinte años...

—A las pocas de hoy...

Len escuchaba con admiración creciente, intermitiendo de vez en cuando; nunca había pensado que hubiesen tantas cosas de conversaciones neutras.

Elgaram otros pocos minutos, haciendo subir la temperatura de la habitación medio grado por minuto. Greer se tranquilizó; tenía un saludable color rosado.

Moira estaba ahora sentada en el otro extremo de la habitación,

convirtiendo automáticamente con la señora Greer, una mujer prechanga con un nombre ridículo. Daba la impresión de que Moira le estaba contando un chiste; Len sabía perfectamente que no era un chiste obsceno, pero igual prestó atención, tenen, hasta que la señora Greer lanzó un latido. Len oyó las palabras con claridad.

—¡Eso está! ¡Oh, querida, qué pueda recordarla!

Len, que de ninguna manera había calculado dentro la conversación hacia la reunión de Greer, se puso rígido. Greer había empezado de pronto a hablar de asuntos de la profesión. El corazón comenzó a latir abundantemente en el pecho de Len; Greer había ahora preguntas muy hábiles, en un tono humorístico pero impenso-

nal... acumulando información a Len sin molestarse siquiera en ser manipulativo.

Len le respondió con ingenuidad, menos en los casos en que estaba seguro de lo que Greer quería decir; entonces menta como un truco.

La señora Greer se había adelantado de una prematura jura de sí, y compartía el monopolio con Moira, sin separar en las reuniones de los maestros más solícitos; tenía las cebras justas, y daba la impresión de que estaban planeando el desmoronamiento de la República, o haciendo algún intento de serias culturas.

Greer escuchó con atención la última respuesta de Len, pronun-

chada con otro las devota como el de un boy-scout que juró sobre el Marañón; pero como lo que el inspector Gross había preguntado era: "¿Pueden usted dedicarse a la ciencia?", Lea no había dicho una sola palabra de verdad.

Lea bajó la vista y se rubió la nariz, arrugando tristemente el estomago. Con un sexto sentido social que en sus incalculables visitas aparamos, supo que las próximas palabras del inspector serían "¿Tal vez le hagan falta que en la Escuela Secundaria de Ocher van a necesitar, desde el otoño, un nuevo profesor de ciencias...".

En ese instante Moira ledró como una fiera.

El silencio posterior fue roto en seguida por un fuerte grito, y un estomago que hizo temblar la habitación.

La señora Gross estaba sentada en el suelo; las piernas abiertas, el sombrero sobre un ojo, pasaba a punto de empezar una danza orgiástica.

—Fue Lea —tartamudeó Moira—. Sabe que la señora es inglesa. Me dijo que una tía de tí no me podría caer mal, y me insistió que la bebiera caliente, y yo no pude...

—No, No. Un momento —dijo Lea tratando de controlar su histeria—. ¿Qué...?

—Y entonces bebí un poco. Y Lea me pateó y me llevó volar el asunto que estaba contándole. Y...

—Ay, Dios mío.

—Luego me volví a poner a llorar, pero volví a la tana sobre la falda de ella. Tene ganas de morir.

Al día siguiente Lea llevó a Moira al médico.

El doctor Berry era un hombre bajito rechoncho, de ojos sencillos, que transmitía una constante sensación de calidez. En las paredes de la sala de espera, donde los médicos acostumbraban colgar por lo menos diecisiete cuadros y certificados, Berry tenía, tras el resto del espacio, estaba ocupado por ampliaciones fotográficas en color de niños muy, muy hermosos.

Lea entró inmediatamente al consultorio detrás de Moira; Berry paseó un poco desconcertado un instante, pero en seguida se volvió como si todo fuese normal. No se podría decir que hablaba, ni que murmuraba; se veía era de soslayo.

—Se la ve espeluznada, señora Conington. ¿Cómo se siente?

—Distante, bien. Mi marido piensa que estoy loca.

—Eso... Ciertamente, probablemente piense eso. —Berry miró hacia la pared, luego bajó nerviosamente unas fichas—. Dígame, ¿ha sentido alguna vez andar al revés?

—No. Yo no... No.

—¿Molesturas estomacales?

—Sí, me salió a pastarlas.

Berry interpretó mal la mención de Moira hacia Lea, y se

movió involuntariamente las cejas.

—El bebé —explicó Lea—. La pata del bebé.

Berry carraspeó.

—¿Dolor de cabeza? ¿Mareos? ¿Vómitos? ¿Inflamación en las piernas o los tobillos?

—No.

—Muy bien. Ahora vamos a verlo en el espejo; luego lo volveré en la manilla.

Berry corrió la sábana sobre el abdomen de Moira, como si se tratara de un hueso muy frágil, y volvió deliberadamente con las uñas y puntas de los dedos, haciendo un estertor.

—¡Ha sentido las piernas de nuevo? —preguntó Lea.

—Mm —dijo Berry—. Sí, ya está aquí.

Miró el estetoscopio y volvió a escuchar.

—¿Ve en ellas alguna cosa...?

El doctor Berry estuvo impasiblemente las cejas.

—Hemos estado discutiendo —dijo Moira, elevando la voz— acerca del bebé; no estamos seguros de que sea un bebé normal.

Berry se sacó los tubos del estetoscopio de las cejas. Miró a Moira como un sabueso impaciente.

—De eso no tiene que preocuparse. Será un bebé perfectamente sano, maravilloso, si alguna vez le dio el contrario, no le haga caso.

—¿Es un bebé totalmente normal? —preguntó Lea, subrayando las palabras.

—Totalmente.

Berry volvió a usar el estetoscopio. De pronto se cruzó espeluznado.

Después de un rato Lea preguntó:

—¿Qué pasa?

El médico tenía una mirada fija, vívida.

—Válgase Stevens —murmuró el Berry. Levantó bruscamente el estetoscopio y lo miró—. No, era imposible. Qué complicación, parece que he sincronizado una cámara de video con el estetoscopio. Buscamos otros instrumentos.

Las miradas de Moira y Lea se encontraron. La de Moira era casi inconscientemente suave.

Berry volvió cuidadosamente con otra estetoscopia, puso el diafragma sobre el vientre de Moira, escuchó un momento, y se marchó espeluznadamente como si se le hubiera roto el resorte principal. Visiblemente furioso, se apartó de la mesa. Miró la boca varias veces, pero no le salió ninguna palabra.

—Discúlpenme —dijo finalmente, y volvió turbulento al consultorio.

Lea recogió el instrumento que había dejado usar el médico.

Como un timbre dentro del agua, una vocación lejana pero silenciosa gritaba:

—¿Cabezas múltiples de pájaros? ¿Vientos de calabaces? ¿Círculos de árboles de quinta categoría? ¿Bolsa grande de crines?

—Una perra —dijo Lea, Conington—. Te ordena que sigas de

la línea, cómo se ha comportado con el doctor Cava.

Moira sonrió, parecía una bomba con forma de Buda.

—¿Qué te pasó? —preguntó.

—Es necesario que pienses en algo —repitió Lea.

—Tú pensabas... Moira se estaba espallando el pelo; después de cada movimiento sacudía el pelo.— Desde que empezó todo esto yo ya he tenido tiempo de sobre pensar. Cuando tú llegas al último punto que yo...

Lea tiró la cabeza hacia uno de los tallar del pie de la cama.

—Muy, quiero que compares. En cualquier periodo de un minuto sólo hay una posibilidad en cien de que el año no pases. Las probabilidades de que...

Moira levantó un hombro y quedó lista un instante. Movió la cabeza hacia un lado, como si se excusara, un nuevo tic que hacía subir cabeza por la columna vertebral de Lea.

—¿Qué pasó? —preguntó Lea, brevemente.

—Dices que no gritaras tanto, que está pensando.

Los dedos de Lea se cerraron convulsivamente sobre la coquilla, y volvió un botón. Temblando, se la sacó y la tiró en el piso.

—Escucha. Quiero entender bien una cosa. Cuando te hablas en silencio la voz a través del líquido y los pulmones. ¿Cómo...

—Ya lo sabes muy bien. Me lo ha pasado.

—Pero eso no es lo mismo

que... —Lea suspiró.— Bueno, no me apartaron de lo principal. Lo que quiero entender es tu reacción. Dices de venir una vez, o simplemente sabes lo que te está diciendo sin saber cómo lo sabes, o...

Para pensar mejor, Moira dejó el zapallo.

—No es lo mismo que ir una vez. Se parece más a... Se parece más al recuerdo de una vez. La única diferencia es que así no sabe cuáles son las palabras siguientes.

—Dices más. —Lea recogió la coquilla, y distraidamente se la comenzó a amasar sobre el coque de la cama.— ¿Y ve lo mismo que tú, sabe qué está pensando, con lo que las otras personas dicen?

—Naturalmente.

—Maldita sea. ¡Kao se truenan del! —Lea empezó a caminar por la habitación, sin fijarse por dónde iba.— Decían que Moira era un genio. Este año ni siquiera ha nacido. O cuando hablaba lanzaba a Betty como un cohete.

—Hace dos días me obligó a leer El hombre que vino a cenar.

Lea suspiró torpemente la medida de noche.

—Esa es otra cosa. ¿Qué me puedes decir de eso... no parece malicia? ¿Sabe, aparentemente lo que hace, o se limita a golpear a ciegos en todas direcciones?

—Hizo una pausa.— ¿Tiene él una conciencia de todo?

—No seas estúpido... —se comenzó a decir Moira, y se iba

través... Quiero que definas la palabra "conciencia" —concluyó, duditosa.

—Bueno, lo que quiero decir es... ¿Por qué me pasó esta cosa? —Se la sacó de un tirón y la arrojó contra la pantalla de una lámpara.— Lo que quiero decir es que...

—Seguro que de venir tiene una conciencia?

—Está bien, un chiste. Me río, jaja. Lo que quiero preguntarte es si has podido comprobar que piensa creativamente, que tiene un pensamiento organizado, o si se limita simplemente a responder instintivamente. ¿Firmas que...

—Sí lo que quiero decir. Cita un minuto... No sé.

—Me refiero a él está dormido, o despierto, a dormido y soñando, o a todos nosotros, como el Rey Rojo.

—No lo sé.

—Y en ese caso, ¿qué sucederá cuando despierte?

Moira se quitó el cabello, le dejó con cuidado; luego, con cierto esfuerzo, se sentó entre las sábanas.

—Ven y acuéstate.

Lea se inclinó un momento; entonces se le ocurrió algo más.

—Te leo los pensamientos. ¿Y leo los pensamientos de otras personas? —Lea parecía avergonzada.— ¿Lee los míos?

—No. Pero no sé si es porque no puedo. Como que no le interesa.

Lea empezó a bajar el otro zapallo y lo dejó.

—Una de las cosas que no le interesa —dijo, en otro tono— es si tengo o no trabajo.

—No... La pareció divertida. Ya quería que el piso se tragara, pero no pudo aguantar la risa cuando ella se cayó... Lea, ¿qué hacemos?

Lea se volvió y la miró.

—Escucha —dijo—, no quiero pensar tan pesadamente. Ya tenemos algo. Háblame una situación. De venas.

—Está bien.

Tratando de no tocarla con las rodillas o los codos, Lea volvió a la cama, junto a Moira.

—¿Cómo está?

—Bueno... Uh... Moira, de punta, trató de incorporarse, y así lo logró; terminó apoyada en un codo.— Uh, no —dijo, con indignación.

Lea la miró en la oscuridad.

—¿Qué te pasó?

Moira sonrió otro gracioso.

—Lea, tienes que levantarte. Está bien. Lea, pronto!

Lea se movió convulsivamente, fingiendo de una súbita trambolera, se levantó tambaleándose, tren, con la piel erizada.

—¿Qué pasó ahora?

—Traté que dormía en el campo. Las sábanas están debajo de todo...

—¿Es el caso? ¿Pero está loco?

—No puede hacer nada —dijo Moira, con una vozcita débil.— No discutasme, por favor, todavía que hacemos de todos modos.

—Por qué?



días, siete días por semana, cincuenta y dos milsetas semanas por año? El tal había bajado, y ahora no hacía tanto calor; Len sólo tenía encima los pantalones cortos de baño y unas zapatillas, pero se sentía como si estuviera en un baño tuyo con un abrigo puesto.

El estalpite de la nueva y momentánea máquina de escribir de Moira cesó, dejando un hueco maravilloso en el aire. Len llegó a la sala y se desplomó en el brazo de un sillón. Moira, la cara encendida y radiosa, con la boca florecida, sacudida en ese instante un cigarrillo.

—¿Cómo marcha la novela?

Moira apagó la máquina; parecía muy cansada.

—Páginas docientos ochenta y nueve. Xarbes está a Ansanada.

—Ya me parecía que iba a pasar eso. ¿Y Ganesh y Zeznias?

—No sé. —Moira arrojó el cenicero. — No se me ocurre a dónde puede ir todo. ¿Saben quién fue el que violó a Miriam en el jardín?

—No, ¿quién fue?

—Ganesh.

—No bromes.

—No bromes. —Moira señaló la pila de hojas escritas a máquina. — Fíjate tú misma.

Len no se movió.

—Pero Ganesh estaba en Lilla, recuperando el alfiler. No volvió hasta que...

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero no estaba en Lilla. El que estaba en

Lilla era Zeznias, con la nariz ensañada y la barba teñida. Por el modo como lo explica, resulta totalmente lógico. Zeznias y Ganesh cuando éste estaba hablando con los tres reoquiles, ¿se acuerdan? Ganesh pensó que había alguien detrás de la cortina, y en ese momento oyeron al grillo de Ligea, y mientras miraban hacia el otro lado...

—Está bien. Pero, Dios mío, eso complica todo lo demás. Si Ganesh no fue nunca a Lilla, ¿se puede ayudar a detampar la actividad de Ciro. Y tampoco Zeznias, porque...

—Ya lo sé. Es desesperante. Sé que va a terminar tratando otro aspecto de la galera y aclarando todo, pero no me daña.

Len la observó a Moira con algo pasivo.

—Me doy por vencida. Tened que ser Ganesh, o Zeznias, o Filomena. Pero también, si Zeznias sabe todo el tiempo lo del alfiler, entonces Filomena está fuera de sospecha. A menos que... No. Me olvidaba de apartar del tema. Uff. ¿Qué te parece? ¿Sabes lo que hace?

—Estoy segura de que lo sabe. En estos últimos días he estado leyendo lo que piensa, incluso cuando no habla... por ejemplo, cuando trata de resolver alguna cosa, o cuando está de mal humor. Va a ser una solución brillante, y él ya la conoce, pero él no me la quiere decir. Simplemente me la quiere decir. Simplemente me la quiere decir.

—Sí, claro. —Len se levantó

de su asiento. — ¿Miro si hay algo en la sala?

—Sí, por favor.

Len pasó en la cocina, encendió el fuego, miró un instante los platos que esperaban en la piletilla y volvió a salir. Desde la librería de La Novela, Leo ya no se movió en la dieta de Moira, que ahora vivía a café. Popoñas, simplemente...

Moira estaba rebuelta con la máquina hasta ahora, los ojos corriendo, parecía muy cansada.

—¿Cómo andamos de dinero? preguntó, sin moverse.

—Mal, sólo nos quedan veinte mil dólares.

Moira levantó la cabeza y alzó los ojos.

—No es posible. ¿Quién puede gastar movimientos dólares en tan poco tiempo?

—Es la máquina de escribir. Y el distribuidor que Leo compró recientemente hasta media hora después de haberlo pagado. Creo que para cosas así nos gastamos unos cincuenta. Alpher. Comida. El dinero se acaba, si no tenemos otras entradas.

Moira respiró.

—Creo que duraría más.

—Lo también... Si en unos pocos días no termina una cosa nueva que genere de nuevo a nuestro trabajo.

—Bueno, eso no sería tan malo.

—Ya lo sé, pero...

—Si todo sale como creemos que habrá dificultades, si no... La novela terminada. —Moira apagó el cigarrillo y se incorporó;

puso las manos en el toldo de la máquina. — Se está preparando de nuevo. ¿Te acordabas de aquel café?

Len miró dos tazas y las llevó a la sala. Moira se quedó mirando la máquina; en su cara se esbozaba una expresión rara.

El curso de la máquina se movió espontáneamente, con un leve zumbido, y se detuvo. Los ojos de Moira se dilataron.

—¿Qué pasó? —preguntó Len, acercándose; miró por encima del hombro de Moira.

La última página decía:

(continuará)

Las manos de Moira se tensaron en puños pequeños e impotentes. Después de unos segundos apagó la máquina.

—¿Qué dice? —preguntó Len, involucrándose. — Continuará... ¿Qué clase de disparate es ese?

—Dice que ya no le interesa la novela —explicó Moira—. Dice que ya conoce el final, y que por lo tanto ya está artísticamente concluida; que los demás comentarios a no sea opinión nueva de importancia. —Len no pudo. — Pero dice que tampoco es una verdadera razón.

—¿Cuál es, entonces?

—Tiene dos razones. Una es que no quiere terminar el libro hasta asegurarse de que podrá disponer completamente de todo el dinero que produce.

—Bueno —dijo Len, tragándose la saliva—, eso es cierto pero es comprensible. El es el autor

del libro. Si desea garantías...

—Todavía no oíste la otra novela.

—Está bien, ¿quid m'?

—Por quiere hacer ver de una vez por todas, para que no lo olvidemos nunca, quién es el que manda en la familia.

—Luz, estoy muy cansada.

—Amorémos una vez más todo el asunto; tiene que haber una salida... ¿Sigues sin hablar?

—Hace unos veinte minutos que no siento nada. Me parece que está dormida.

—Muy bien, supongamos que se negara a ser nuestras hermanas...

—Eso es lo más probable.

Luz escribió un gratísimo capítulo más.

—Todavía no entiendo bien por qué no podemos escribir nosotros el último capítulo. Una pocas páginas...

—¿Quién puede escribirlo?

—Bueno, yo no, pero tú has escrito algunas cosas, que además eran buenas. Y si estás tan segura de que tienes ahí todas las partes. Escucha, si te parece que no lo puedes escribir, contástanos a alguien. Un escritor profesional. Para continuarle la última novela de Thomas Smith...

—¿Y?

—Bueno, se escribió. Lo que un escritor inicia, otro lo puede terminar.

—Nadie terminó nunca. El artículo de Edwin Dwood.

—¿Y?

—Bueno, se escribió. Lo que un escritor inicia, otro lo puede terminar.

—Maldita sea.

—Luz, es imposible, imposible.

Deja que termine de hablar. Si de vez en cuando que podemos conseguir que alguien escribiera la última parte que hizo Luz...

—Sí, eso pensó.

—No serviría para nada; si alguien continuara el libro, tendría que releerla toda, así desde la primera página, y escribiría una historia diferente. Acabáramos.

—Muy, ¿te acuerdas de cuando pensábamos en la ley de los espejos?

—¿Cómo?

—La ley de los espejos. Cuando de repente que el otro fuera un hombre de pica y pala.

—Ah, Mamma.

Luz volvió la cabeza. Meira estaba de pie, y apoyaba una mano en el escritorio y la otra en la espalda. Parecía como a punto de inclinarse en una profunda reverencia, sin confiar demasiado en que podría hacerlo.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Luz.

—Me duele la espalda, aquí abajo.

—¿Quécho?

—No...

—¿El viento también?

Meira arrojó el estuche.

—No más texto. Estoy experimentando la continuación. Ahí viene.

—¿... Pero me acaban de decir que el dolor era en la espalda.

—¿Y dónde piensas que empieza, por lo general, los dolores del pecho?

Los dolores se presentaban cada unos veinte minutos, y el tiempo se le iba. Meira tenía listas todas sus cosas, y estaba preparada. Luz, con su cámara, trataba de darle un buen ejemplo. Se acercó al almuerzo de la pared, lo miró y se volvió.

—Luz, sé que hoy es apenas el quinto de julio.

—¿EN? No lo dije en voz alta.

—Lo dijiste siete veces. Símbolo, porque me está poniendo nerviosa.

Luz se sentó en la esquina de la mesa, cruzó los brazos y en seguida se levantó para mirar por la ventana. Al volver corrió alrededor de la mesa, sin hablar, levantó un frasco de tinta y lo movió para ver si estaba bien tapado, después en una ceca, lo levantó cuidadosamente y se sentó con un aire de *fy amé, fy resté*.

—No hay de qué preocuparse —dijo, con voz firme—. Las mujeres siempre pasan por esto.

—Ea cierta.

—¿Para qué? —preguntó violentamente.

Meira lo miró con una sonrisa, dio un pequeño respingo y cambió el tema.

—Dieciocho minutos. Esto es fuerte.

Cuando Meira consiguió relajarse, Luz se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió en la segunda tentativa.

—¿Cómo está tomando la novela Luz?

—No me dice nada. Siempre...

—Meira se detuvo a pensar. —Apretada. Se siente raro y no le gusta... Creo que no está despierta del todo. Sin curso.

—Me alegro de que esto suceda ahora —dijo Luz.

—Y también, para...

—Escucha —dijo Luz, recordando empáticamente al bruto del sillón de Meira—, siempre nos ha hecho pedido arreglar, ¿no es así? No es que no haya sido dura algunas veces, pero... tú sabes.

—La sí.

—Para bien, todo volvió a la rutina de antes, después que esto concluya. Después que termino me me importa que tenga un momento...

—¿Entonces? Hasta ahora nos ha acostumbrado por un solo motivo: el podía llegar a nosotros, pero no nosotros a él. Si tiene mente de adulto puede aprender a comportarse como adulto. Es muy simple.

Meira titubeó.

—No lo puedes tratar realmente. Va a ser un bebé físicamente desarrollado, como todos los bebés. Tendrías que cuidarla. No puedes...

—Está bien, pero hay muchas otras maneras. Si se puede bien lo haremos lo que nos pida, si no se puede, bien...

—Tienes razón, pero ¿cómo pensarle en otro caso. Hemos estado tratando no dijiste supongamos que está dormida y tráenoslo... y qué ocurriría si despierta?



—Sí, recuerda.

—Buena, eso me hizo pensar en algo más, y quizá sea sólo la misma cosa. ¿Sabías que un foto dentro del tubo estaba en la sangre sólo la mitad del tiempo que le llegará a los pulmones cuando comience a respirar?

Lea parecía muy pensativo.

—No lo recordaba. Bueno, era un caso de las cosas que no logra ningún bebé que no sea Leo.

—¿Quieres decir que ninguno era tanta energía como él? Es cierto, pero lo que quiero señalar es que eso no se debe a que recibía más oxígeno, porque no lo recibía, ¿no es así? El prodigio es él, no yo. Deba de estar usando esa energía eficientemente. ... Y si esto es así, ¿qué ocurrirá cuando reciba el bebé?

La había espantado y asustado y desolado, además de otras indignidades, y ahora se veía en el reflector de la enorme mesa de parto: una imagen brillante y clara, pero envuelta en una oscuridad. No había estado tan largo fuera allí. —eso se debía al sedante, probablemente— pero se sentía muy fatigada.

—Haga fuerza —dijo la voz amable del médico, y antes de que ella le pudiera contestar el dolor volvió como violines y tuvo que tragar la urea fría del gas inhalante. Cuando le volvieron la mirada, dijo:

—Estoy haciendo fuerza —pero el médico trabajaba ahora en el otro extremo de su cuerpo y no

le prestaba la menor atención. Miró de todos modos hacia a Lea. ¿Cómo está?

La respuesta fue bastante confusa. —¿Venas del anestésico?— pero ya no le necesitaba; lo sentía con claridad: necesidad y presión, impaciencia, una esfera fría y silenciosa. ... y algo más. ¿Incentivados? ¿Apresados?

—Dos o tres veces más, y ya está. Haga fuerza.

Miedo. Incontenible ahora. Y también una desesperada determinación.

—Doctores, no quiero morir! —sí, a veces de esa impresión. Haga un poco más de fuerza, por favor.

Él se quejó al parir y se movió un poco más para no ser demasiado pesados.

—¿Qué, Lea, qué?

—Haga fuerza.

Débilmente, como una voz debajo del agua: *¡Ayúdame te cubro él! ... ¡resplandores oscuridad... una débil de oxígeno, necesito débilmente de gases fuertes... ¡Ayúdame!*

De pronto volvió la presión.

Nació Leo.

El médico lo sostuvo por los talones: una cosa roja, ensangrentada, arrugada, avanzando una alfombra y blanca culebra. La voz todavía estaba allí, muy pequeña, muy distante: *¡Demuéstrale todo! Lo mismo que la muerte. Luego una muestra de la vida y una arrogancia: ¡Ahora vamos a verlo! ... ¡qué va a ser!*

El médico le dio una pequeña

palmas en las palmas de sus manos. La boca marchita y malévola se retorció y se abrió; pero de ella sólo salió el chiflado histérico de un bebé vulgar que acaba de nacer. Lea había desaparecido; se

había apagado como una luz bajo el inmenzable cielo.

Miró alé débilmente la cámara.

—Déje una palmasa de mi parte —dijo.

Final del original en inglés: Special Delivery  
Friedrich de Film Gess

En el prólogo siguiente:

Brian W. Alden  
A. G. Ballard  
Michael Bishop  
André Carrel  
Carol Emshwiller  
Harry Harrison  
Ursula K. Le Guin  
Frederik Pohl  
Gene Wolfe

"El gesto" fue concebido como un homenaje a H. P. Lovecraft. Norma VII nació en Rosario y vive actualmente en Buenos Aires.

## EL PRECIO

### Norma VIII

ACORTISIMAMENTE TRABAJAS EN silencio, en mi torre, en ese empolvorado dúo sin testigos que sostiene con el rollo de papeles que unas puntas habían hallado entre las santapalmas ruinas de Phtáin, la Ciudad de las Ciencias Negras. Sólo me acompañaban una vela y los ojos desmesurados de un raro espécimen decorado — actual paz, mitad demonio — que me habías hecho llegar desde las lejanas costas del Helioquinto. Sobre mi mesa descansaba la redonda, despojada ya a medias de su peligroso contenido verde.

Sabía a qué me estaba exponiendo. Más de una experiencia me había precedido acerca del doble filo que suelen tener las armas que se ensañaban contra los dioses; pero ya había sido discípulo del célebre Apolónio y podía recitar de memoria las siete Clavículas Secretas, y a cambio del sonido saber que había hecho de Phtáin la más temida entre las potencias me sentía capaz de afrontar todas las riesgos. El sonido y la viscopervivencia no me guardaban misterio. Y entre tantos ca-

biertos de armas estaban tres habituales a manipular la infernal asanata como el viento y muchos otros elementos que habrían asomado la periferia a cualquiera que se perteneciera a la temeraria stirpe de los Magos.

Dejé mi trabajo por un momento. Afuera, sobre el mar de techos que dormían, se alzaba una línea pantagruésica como los peñes de una dunesilla. La Osa Mayor centelleaba en la paz de las alturas, pero mi cervello se revolaba inquieto. Era ya la novena noche que mi inteligencia se debatía entristecida contra los impensables caracteres del sustrato. Desde la ventana, la brisa me traía el rumor perfumado de las aguas del Elvo, un murmullo que entibaba y ensalaba mi voluntad con la persistencia de una tibia de ruidosas pervivencias. Me entregué una vez más las ojos y recibí la flagelación con que ha sido condenado la masa de los mortales. No quedaba otra remedio más dulce se tendiese hacia la redonda. Tomé un solo sorbo

Fue suficiente. El sabor que me hacía inclinar los párpados bajó como un pájaro de mal agüero.

De pronto me di cuenta de que ya no estaba solo.

No lo había oído llegar, pero era inconfundible. Abrió los ojos y vi su silueta confusamente recortada contra el huero de la ventana. La luz de la vela cayó como si quisiera apagarlos; las estrellas miraban sus cabellos. Acercóse hacia mí que esperaba esta visita, tembló. Un temor que no creía posible se apartó como un veneno sobre sus miembros, se posesionó de mi espíritu. No pensé en huir; sé que tampoco me habría atrevido. Sus manos gráficas y trémulas con ferocidad de la tralla. Por un momento traté que se me volaran encima; pero los cables con sus alfileres.

Y entonces dije:

—¿Por qué me volaron? ¿Por qué ya no me volaron si me permites, ni hay lugar para mí en tu hogar? Dime si no me encuentras más deseable que una rolla de hojas muertas; explícame qué guarda dentro ellas que antes no hayan encontrado en mí. ¿Te placen? ¿Es el poder de transformarme todo lo que tocas en oro o quizás la fórmula para anticipar con una sola palabra a tus amigos? ¿Y trébolense, ¿no gozaban ya de todo eso? ¿Cómo se te di cuando estás escrito en las potencialidades de tu mente? ¿Vas a negar ahora lo antifecho

que te sentías cada vez que volaron llegar al alma deshecho junto, mi cabeza junto a tu pecho? —Su voz se tornó más débil. Era evidente que estaba al borde de las lágrimas.— Pero, ¿qué te ha hecho ya para que me abandones así? ¿Cómo me creías que hubiera sido de ligeros con las libertades prohibidas y sobre ellas manar el Siglo que no debe hacerse?

Calló. A pesar de los riesgos de la luz, advertí que su mano se movía hacia la redonda que reposaba sobre mi mesa. No pude impedirlo. Sentí que mi corazón se encachetaba y se cerraba sobre sí mismo como el expansion de una bomba. Con un gesto que no pude impedir, desentendí la diaga. La vela despertaba tintos de momento sobre el metal; en sus ojos delataba un brillo líquida. Por un instante cerró. Pero ya tenía la seguridad de que no desistiría; me movía a fin a intimidado. Lo sabía de la misma manera imperiosa con que sabía que que esta era la última vez que estábamos juntos; que yo iba a comenzar de una manera cruel y definitiva nuestra separación. Un dolor a birl me cubrió hasta los labios, pero no lo permití atención. Estaba entonces, pasado por el Vicio del Conocimiento. La mano rápidamente elevó que tantas veces había acariciado mi frente ya casi tocado la redonda. Entonces actuó.

No grité. No se resistió. No me moví. Sólo permaneció en sí.

lento, apretándose la herida con la otra mano, retirándose como si aún se resistiera a caerlo. Los pelos se me abalanzaron, pero los controlé con un suspiro. Oí el gupeteo de las gatas que cubren sobre el piso de piedra y comprendí que no todas eran rojas. Había un silencio que me parecía interminable, y después un voz:

—Vas a cambiarme —dijo.

Le di la espalda.

Como otras noches tan distintas a ésta, volví a oír el roce de mis medias en la ventana; la seda de su mano; el jadeo pasado de los pelos que volaban a sentir sobre mi torso la caricia sin alma de la luna. Por última vez advertí la suavidad de sus cabellos, mates al viento; sus ojos llenos de infinitamente clavados en mí nada.

Pero no me valió.

A pesar de que sabía que nunca podría separar lo que había hecho.

La soledad se precipitó en mí tanne como un fantasma invisible. Por un momento me sentí mal; casi me arrepentí de haber sido tan duro, tan ingrato.

Por un momento me aulló una visión terrible de la muerte que venía sin su compañía más noche, de la intransportable que pedían tornarse mis días. Pero logré desahucarme. Y aunque los ojos me ardían de cansancio, volví a inclinarme sobre los cuerpos recintos de Phant y recibí mis esfuerzos.

Le he llamado.

Le he llamado mil veces. Lo confieso.

Ya el recuerdo cauto hace que de la memoria no queda más que el vector de una marcha difamando sobre las piedras del piso.

Para él no ha vuelto...

Y no volverá. Lo conozco. Sé muy bien que en el fondo no es más que un efecto caprichoso que disfruta de su venganza. Sé que se retiró si supiera que de los papeles sólo podía descubrir la palabra rememora. Además se maravilló si alguien lo contara que él aún me sorprende junto a esta ventana; que me acomete la luz cada vez que lo imagino, complacientemente y voluptuosamente, en otros lectos.

No me arrepiento de repetirlo; lo he llamado. Tampoco me avergüenza confesar que lo recuerdo y lo maldecido; que incluso he intentado de obligarlo a sentir mediante el perdido recurso del burlido.

Sé que la muerte humana tiene sus límites. Sé que ya no podrá sentir nunca más. Y que, de un momento a otro, la Locura puede llamar a mi puerta.

Desde que los redondeos papiros de Phant llegaron a mis miras han transcurrido casi diez meses.

Y son diez meses que él, Hyman, no viene.

Con noches que mis ojos permanecen abiertos.

Kate Wilhelm nació en Toledo, Ohio, en 1926. Publicó siete novelas y tres volúmenes de cuentos. Está casada con otro famoso escritor del género, Damon Knight, y vive en Oregon. "El Asunto" —sobre un cruel futuro que en algún momento presente— es uno de sus relatos más importantes.

## EL FUNERAL

Kate Wilhelm

Nunca volví a cruzar camino qué ella; tenía Madame Westfall cuando por fin murió. Por lo menos ciento veinte, se calculaba. Por lo menos. Durante veinte años Madame Westfall había sido una célebre que enseñaba en su interior los productos de los últimos adelantos de la genética, y ahora estaba muerta. Lo que yo sabía sobre el estrado, en el aula de vice transparente, era una mera colección pintoresca, espolvoreada con ciertos hechos.

—No es real —se dijo Carl—. Es una música, una cosa. No es realmente Madame Westfall.

Con la cabeza baja y sin mover los labios, repitió las palabras una y otra vez. Le daba molestia a una persona muerta. Le

seguraba sus rostros a todos aquellos que podían arrear, como los basureros y sus vacías que los guisan, pero letales con los escondidos de arena que muchos indisciplinadamente. Carl abrió un golpe de frío que le volvió la piel de los brazos y las piernas. Se preguntó si alguien más habría escuchado las palabras de la vieja Maestra.

La fila avanzaba lentamente; todos los niños, con sus largas faldas grises, llevaban la cabeza baja y las manos entrelazadas. El único sonido audible en el corredor era el frufú de las sillas sobre el linóleo plástico del piso, y el ocasional susurro de una falda.

La última mortuoria tenía el piso de plástico verde claro, paredes de plástico verde más, y

las ventanas, que se elevaban desde el suelo hasta el cielo raso, eran ahora, a los ojos de un ser pensante, raras de distinguirse por luz. Todo mobiliario, todo objeto ornamental había sido retirado del salón. No había flores, nada más que el estirado y el sofá en forma de lecho cubierto por una tapa transparente. Y las Maestras. Dos en el estrado, una entre las franjas de luz, junto a las puertas. Las blancas manos cruzadas sobre las ropas negras, las cejas arqueadas, el pelo lustrado pegado a cada cráneo, formas rectas que realzaban la simetría bilateral. Las Maestras permanecían inmóviles, sin mirar hacia el estrado ni a las niñas que desfilaron frente a él.

Carla seguía con la cabeza baja, casi hundida en el banco de la clarivida. La fila serpenteaba avanzando lenta pero sin parar.

—No es real —se dijo Carla, esta vez con desesperación.

Cruzó la línea que le indicaba que podía levantar la cabeza; la clarivida descendió pesada, trajo el suelo como paralizante. Cuando al fin pudo moverla, oyó el susurro de una articulación, y aunque sintió un dolor sordo en las mandíbulas, no pudo aferrarse.

La segunda línea cayó. Volvió la mirada hacia la derecha y captó a la inconfundible mujer encorvada, apenas humana. Sintió un espasmo en la boca del estómago, y por un momento creyó que iría a vomitar.

—No es real. Es una maestra. No es real.

La tercera línea. Volvió a agachar la cabeza, apoyó la barbilla contra la clarivida hasta que le dolió. Ahora no podía tragar, no podía casi respirar. La última maestra hacia la Puerta del Sur, y estaba en el corredor.

Al llegar a la Puerta del Sur tropezó a la izquierda, y con la mirada baja volvió a andar de vuelta a su clase de genética. No miraba a la derecha ni a la izquierda, pero sí a las otras jóvenes avanzando en la misma dirección, el huir de los chicos sobre el piso de plástico, el susurro de una falda, y en el momento en que franqueaba la puerta que daba al jardín oyó las risas de algunas de las Damas que habían venido a presenciar el desfile. Aflojó el paso.

En la puerta abierta sintió sobre la piel la caricia del frío del susurro, y sin mover la cabeza captó, de rodaje, el deslumbrante reflejo, que no alcanzó a verlas. Cuando pasó al otro lado, la risa le sonó en los oídos como una melosa.

—Aquella, la de los ojos azules y el pelo color pajá. De pie, niña.

Carla no se movió, no se dio cuenta de que era a ella a quien se dirigían hasta que una maestra la levantó del asiento de un salto.

—No la toques! Duro vasito, niña. Levántate la falda, más arriba. Mírame, niña. Levanta la

cabeca, déjame verte la cara...

—Te demerolado joven para ser elegida. —dijo la Maestra, conmoviendo el fragmento de Carla—. Un año más, Dama.

—Una Maestra. Dentro de un año se habrá olvidado a perder. La pelusa en tus manos ahora, la varse en tu tierra. Oh, bueno...

La Dama se alejó, agitando una falda roja alrededor de los muslos, de piernas entumecidas en rojo que se adormecían en tobillos diminutos, haciendo oscilar las chinelas plateadas con tazonas que parecían carabinas. Oh... Carla no conocía ninguna palabra capaz de describir aquel perfume. Aspiró con avidez la fragancia.

—Mírame, niña. Levanta la cabeza, déjame verte la cara...

Las palabras le costaban en la mente sin parar. A la noche, en el momento de dormirse, pensó en aquel rostro, y le recordó en la densa oscuridad, tratando de visualizarlo mentalmente: una blanca, alas plumas rosadas, párpados de plata, pestañas negras más largas que las que ella jamás hubiera imaginado, labios de plata rosada, tres lunares de plata, uno en el ángulo del ojo izquierdo, otro en la comisura de la boca, el tercero como un hoyuelo en la mejilla entumecida. Poco sueño, plateada, en creder que le costaban el rostro, que fluctuaban con vida propia cuando ella se movía. Si el menos le hubieran permitido tocarle ese pelo, podría el dedo por ese mechón...

El sueño que comenzaba con la música de la ría de la Dama concluyó con la penúltima de sus otras palabras: "Dentro de un año se habrá olvidado a perder..."

Poco tiempo después, cuando empezó a observar los cambios que se producían en su cuerpo, por dentro y por fuera, Carla comprendió lo que había querido decir la Dama. Las piernas, entre otras, se le curvaban de viejo, que también le creció en las uñas y, lo más bochornoso, le brotó como una mala laguna y natura debajo del vientro. Ahí. Tanto de amarillamiento, poco de la demencia, le dejó la piel frías y acuosas. Poco después empezó a sangrar, y entonces se encontró con la experiencia de morir, y la idea de la muerte la hizo sentirse feía. Pero la evolución y la conformación y la obligación a asistir a una conferencia sobre biología humana. En silencio, petrificado el rostro, miró a la Doctora mientras le inscribía en el brújulo la nueva información. La cara de la Doctora era tersa y rosada, las cejas pálidas, las pestañas tan coloradas, cortas y tiernas que eran casi invisibles. Tenía en la barbilla un lunar pasado con dos lugares pelos. Usaba una técnica rosa de color azul genético que le otorgaba desde los hombros hasta el cuello. El pelo oscuro, de un color indefinido, lo tenía peinado hacia atrás, muy tirado, recogido en la nuca en un duro rodete. Carla lo odió. Odia a las Maestras. Y más que nada se

añada a sí misma. Amelchéle llegar a la madurez.

Madame Westfall había escrito: "La madurez trae consigo la gracia, la belleza, la solitaria, la felicidad. Inmadurez significa fealdad, existencias a mitad de camino con capacidades tan sólo protuberantes, totalmente dependientes y subordinadas a las cualidades maduras".

En la pantalla central, frente al aula, había un cuestionario Verdadero-Falso. Carla sacó rápidamente su lápiz y escribió rápidamente en silencio de identificación en la pequeña pantalla de la computadora.

Estudió las preguntas y comprobó que eran, todas ellas, simples enunciaciones declarativas de verdades. Su punteo recorrió de arriba abajo la columna de Verdadero en la pantalla de respuestas, y con eso concluyó la tarea. Se preguntó por qué estarían matando el tiempo de esa manera, qué era lo que estaban aprendiendo. La docente de Madame Westfall había trastocado todas las reglas.

Por fuera con la textura del papel, arrugada y endurecida, con una trama de avagado intrincada, vertical, horizontal, diagonal, formando diminutas islas de carne, insalvables para cubrir los huesos. Vos escucha, imprescindible: arrastraron la cabeza del aire... volver de los cielos... borrosos las figuras ambulantes... las cosas que crecen y señalan... Chécherse involucrar

te. Y... sólo queda uno que me ha. Sólo uno.

Madame Tradouza entró en el aula y Carla comprendió por qué en ese período la clase había sido personalizada. La Maestra había estado leyendo la Legado de Madame Tradouza. Las niñas se pararon rápidamente de pie. Con un gesto, Madame Tradouza hizo que volvieran a tomar asiento.

—Las siguientes niñas asistirán a Madame Westfall durante los próximos cinco años. —Levó una lista. El nombre de Carla figuraba en esa lista. Cuando concluyó, preguntó: —¿Hay alguna otra que haya asistido a Madame Westfall y cuyo nombre no haya mencionado?

Se oyó un susurro de labios de Carla, que tenía los ojos fijos en Madame Tradouza.

—Nombre?

—Lucía, Madame.

—¿Asistió usted a Madame Westfall? ¿Cuándo?

—Hace dos años, Madame. Llegó a Santa, cuando se enfermó repentinamente.

—Muy bien. —Madame Tradouza agregó a su lista el nombre de Lucía. —Presentemos en mi despacho mañana a las niñas de la mañana. A esa hora quedarán eliminadas de las clases y otras tareas. Nada más.

Con una leve inclinación de cabeza se dirigió ante la Maestra de clase y salió de la sala.

A Carla le temblaban y le daban las piernas. Tenía clase de

natación todas las mañanas a las ocho, y esa mañana había faltado, y había más dos horas que estaba sentada en la silla de respaldo recto cuando por fin la llamaron al despacho de Madame Tradouza. Ninguna de las otras niñas que esperaban levantó la cabeza cuando se puso de pie y corrió la ventana, rápidamente a la apartada. Madame Tradouza estaba sentada detrás de un enorme escritorio totalmente vacío, barulento y brillante como un espejo. Carla, de pie frente a él, veía reflejado en la superficie el rostro de Madame Tradouza. Madame Tradouza, la misma hija en un punto por encima de la cabeza de Carla, no notó que la joven lo estaba estudiando las facciones.

—¿Usted asistió a Madame Westfall siete veces en total durante los últimos cuatro años, ¿es correcto?

—Como que sí, Madame.

—¿No está segura?

—No... no recuerdo, Madame.

—Ya lo vea. ¿Recuerda si Madame Westfall le habló a usted en alguna de esas oportunidades?

—Sí, Madame.

—Carla, está temblando. ¿Está asustada?

—No, Madame.

—Míreme, Carla.

A Carla se le crisparon los brazos, sintió que las cosas se le hundían en la carne. Pensó en el dolor y dejó de temblar. Madame Tradouza tendió el café blanco y pastoso, ojos recogidos y angustiosa, ojos negros penetrar

ten, pelo negro. Su boca era grande y de labios gruesos, la nariz larga y afilada. A Carla le pareció que algo cambiaba en esa expresión mientras la observaba, pero no pudo saber qué era ni en qué dirección de la expresión que había tenido un momento antes. Una nueva intensidad, quizás un nuevo interés.

—Carla, he estado revisando su legajo. Ahora que ha cumplido ciertos años ha llegado el momento de tomar una decisión con respecto a su futuro. Cansado haya concluido con las materias que ahora cursa, pienso proponer su nombre para la Academia de Maestras. Como protegida mía, abandonaré las habilitaciones que ahora ocupa y me atenderé a mí en mis apóstrofos. —Arrojó los ojos. —¿Qué le parece, niña? ¿Está interesada?

—No, Madame. Yo... Yo he sido pensada... Quiero decir que hice mi elección el año pasado. Perdona...

Madame Tradouza entró al consulto de su escritorio, donde estaba de sucederle una pantalla. Escudriñó el fichero electrónico y los labios se le curvaron en una sonrisa despectiva.

—Una Dama. ¿Usted quiere ser una Dama?

Carla sintió que un rubor le quemaba la cara; un rubor rojo que le inundó los pómulos. Madame Tradouza se volvió a ella, una corrección ápera como un latido.

—Las niñas que asistieron a

Madame Westfall en vida — dijo— la asistiría también en su muerte. Usted deberá estar de guardia en la Cámara Mortuoria durante dos horas diarias, y cuando parís la procesión para los servicios fúnebres en Scranton, usted formará parte del cortejo. Mientras tanto, diariamente y durante otras dos horas, consecutivas a su guardia en la Cámara Mortuoria, usted deberá meditar en las palabras de sabiduría que ha escuchado de labios de Madame Westfall, y meditar cada una de las palabras que ella pronunció en su presencia. Para ello encontrará en su cubículo un cuaderno y un lápiz que no deberá utilizar para ningún otro fin. No deberá hablar de esto con nadie excepto conmigo. Usted, Carla, se preparará para mudarse inmediatamente a mis habitaciones, donde la estaré esperando un cubículo de aprendizaje. Puedo retirarse.

La voz de Madame Trudeau se fue volviendo ligera a medida que hablaba, y cuando pronunció las últimas palabras, el tono era incógnito. Carla hizo una reverencia y dijo media vuelta para retirarse.

—Carla, ya descubrí que haber sido elegida para Muerte tiene sus compensaciones.

Carla no supo si debía darse vuelta y intentar nuevamente o quedarse donde estaba o proseguir su camino. Ante esa indecisión, la voz sonó otra vez, más una sola, constante.

—Vágame. Vuelva a su cubículo.

La primera vez me acerqué solamente a las cubecillas, a los apiladores... Bastería con desearse la buena, dejar a las demás cosas e impotente y maleable...

Carla está el pie a su pie, tratando de dominar el temblor de las piernas. Madame Westfall no se había movido, no había hablado. Estaba muerta, no existía. El único sonido audible era el frufú de las chinelas. El verde pino plático era un resplandor que le hacía las pupilas. El aire, pesado, oía a muerto. Oíó a la Dama, volvió con asidua la fraguera, así poder tocarla. Nilda, lúbrico de plata rosada, moises, brillosos, dos picon atico en el lado superior. La Dama le acarició la cara con dedos que eran suaves, firmes, delicados.

...cuando sus ojos se abrieron con brillosos destos y sus cuerpitos avanzaron las almas de la jerarquía, hacía entonces que se les oían sus débiles algunas palabras de parte a los hijos pero la inocencia, otras como Muertes, Enfermos, Doctores, algunos otros sonidos como Amantes por las ataduras, algunas...

Carla no pudo controlar el súbito adelanto que le hizo volver la cabeza y mirar la muerte. Le pareció que la habitadora flaqueaba y luego volvió a aquietarse. El temblor de las piernas era ahora más intenso, más débil de dominio. Apetó con

fuerza los rodillos, lastimándose allí donde el hueso se incrementa en la piel y la carne. Dodos que tiraban del cobertor. Huesos crispados bajo la piel, huesos pedos con otras cosas.

Agua. Agua, dense agua. Bona la lluvia. Ya habrían pasado, se habrían movido. Lo mismo era no dejarse a ninguna mujer de día.

Bona. Carla le repitió para su adentro. Sin saber por qué, visualizó la palabra como p-o-a-t-a. Pesta pero con o. Bona podía en el diccionario. Nada. Bona. Los trajes blancos y los cerros brillosos, brillos. Los cerros picones, bonitas.

Carla también de arriba abajo. Dos horas. La eternidad. Había estado allí siempre, allí se moraba, invisible, tétrico, delirado. Un cuerpo y el modo de un cuerpo que era blandamente sobre el pie. Un cuerpo flexible que se derrumbaba tan fácilmente. Carla se volvió la cabeza. Debía de ser Lucía. La miraba tanto la muerte. Desde la muerte de Madame Westfall tenía pesadillas todas las noches. ¿Qué era lo que mantenía un cuerpo en pie cuando puede desmenuzarse con tanta facilidad? Quédate con algo que la sostiene, y algo, algo. Abandonarse simplemente, saber qué quitar y quedarse así, de un número en el suelo. Dos Muertes atravesaron su campo visual, cubriéndola en sus negras fogos. Probó. Volvió trayendo a Lucía. O a alguna otra. Ningún nombre. Probó.

El nuevo cubículo de aprendizaje era una réplica exacta del anterior. Cama, estalpa de aprendizaje, silla, retrete y lavabo. Lo nuevo, un cuaderno y un lápiz. Era la primera vez en su vida que Carla tenía un cuaderno y un lápiz. Conoció el paraca de la estalpa de aprendizaje, y el rectángulo luminoso de la pantalla para escribir que desaparecía luego bajo la estalpa. Ella volvió las páginas del cuaderno en blanco, palpó con los dedos el papel, avanzó una estalpa, avanzó de una de las últimas páginas, la estalpa de cerro, el borde metálico, la textura del fragmento, probó su sabor. Estalpa con idéntica naturaleza el lápiz, tenía una punta suave y aguda y escribía negra. Trazó una línea, se detuvo para adelantarla y la cruzó con una segunda línea. Muy lentamente escribió "Carla", y empezó a poner su número, el que ligaba en su memoria, y de pronto se detuvo, porqué. Nunca le había pensó de hasta entonces, pero no tenía espíritu, ninguno que él conociera. Bona con tres cosas grandes los dos dígitos que había escritos.

Al cabo de dos horas de meditación había escrito su nombre en número inmutable de veces, en realidad había llenado tres páginas con su nombre, y había pensado una de las letras que, creyó recordar, antes de las letras grises de Madame Westfall.

"Los no creían que era propiedad del Estado".

Al día siguiente los ciudadanos empezaron a danificar frente al estrado. Cada respiró herido, procurando inhalar la fragancia de las Damas, pero estaban demasiado lejos. Los observó las pieles, calzados con zapatos de los colores del arco iris, dadas pantiaguadas, sacaron furos como alfileres, delitas coloridas, traveses circulares, cilindros de oro con lentillas... Y un momento sacaron de que finalmente se guardó del día, los Varinos empezaron a entrar al salón.

¡Ojalá un jedo; ojalá ven Lucía! Esta vez no se deceñó, sólo jedó una vez. Cada vez simultáneamente los pies y las piernas y levantó la cabeza para encontrarse frente a un ciudadano, un Varino. Era muy alto y corpulento, y vestía el ropaje azul y blanco de un Doctor en Leyes. Cuando avanzó a la luz del sol, hubo un relumbro de oro en su cuello y su muñeca, y el brillo de una cabeza torca y peluda. Pasó junto al estrado y al dar la vuelta sus ojos se tocaron con los de Carla. Cada se sintió turbada y apretó de prisa la cabeza, y apretó los puños. Le pareció que él se había detenido y que estaba allí, invisible, observándola, y sintió que el corazón le latía con violencia. En ese momento llegó un relieve y entonces creció la más tan de pies como la fue posible sin parecerlo.

Carla escribió: "¿Por qué me sentí así? ¿Por qué me sentí así a un Varino antes de ahora? ¿Por qué todas veces de colores brillantes y las sillas y las Maestras vestidas de negro y gris?"

Dibujó con trazos trémulos la figura de un hombre, la miró un instante, lijósele, y la borró con un sacón. Luego miró atardecida la hoja de papel. Ahora había empezado a escribir y también que amarrarla.

"¿Lo había intentado al mirarlo? Golpeé nerviosamente la hoja de papel y traté de recordar cómo era la cara. ¿Vista el color arrugado? No puedo recordarlo. ¿Por qué no se lo quería nada que escribir para Madame Traduca? Miré el extremo del lápiz y escribí letra, cuidadosamente: "La sociedad puede, si lo desea conscientemente, desentenderse de lo que es de su propiedad, previa deliberación con por lo menos una de sus miembros, y previa autorización que no le puede ser denegada arbitrariamente".

"¿Había dicho eso alguna vez Madame Westfall? No lo sé, pero algo tenía que escribir y así era el tipo de cosas que Madame Westfall solía repetir hasta el cansancio.

Se dejó caer en el catre y clavó la mirada en el cielo azul. Durante tres días había escuchado así como la cuarta voz de Madame, y ahora que volvió a escribirlo, nada.

Sentada en la silla roja, comenzó a cualquier cambio de postura

de la vieja, alerta, vigilante, acostumbrada por la anciana Madame. Analizándola, sacada y accidentada. Escuchando a medias los latidos, los susurros del aire inhalado y exhalado que sonaba como palabras sin sentido... Masé dijo acaloradamente sí, acaloradamente no se movió y Masé quería una ración para su campamento y cuando le dijo que debería ir a comprarle comida para él y él le dijo no me voy tengo que encontrar a Masé dijo acaloradamente sí no se movió y cuando él dijo acaloradamente sí no se movió y cuando él dijo acaloradamente sí no se movió...

Carla se incorporó y una vez más tomó el lápiz, pero al instante se detuvo. Mientras oía las palabras, eran tan claras, pero apenas acababan se le borraban por completo de la mente. Escribió "Volviendo las cosas bonitas... escribiendo nada... sólo nada". Masé fijamente lo que había escrito y lo tachó con una línea.

Cuando terminó, Madame Westfall le había llamado bonita, bonita.

El título de compañía que escuchaba la hora social se había repetido tres veces cuando Carla abrió por fin la puerta de su habitación y dio un paso hacia la antecámara, donde ya se habían reunido las otras protegidas. Era cinco. Carla no conocía a ninguna de ellas, pero las había visto a todas de tarde en tarde en los jardines de la escuela. Ma-

dame Traduca estaba sentada en una silla de respaldo alto tapizada de negro. Su figura se confundía con el tapizado, y sólo las manos y el rostro, de una blancura de marfil, parecían no formar parte de la silla. Cada le hizo una reverencia, y permaneció indecisa junto a su puerta.

—Adelante, Carla. Es la hora social. Descansa. Están con Wanda, Louisa, Stephanie, Mary, Dorothy.

Cada una de las niñas saludó con una ligera inclinación cuando la Maestra pronunció su nombre. Cada no pudo recordar qué nombre correspondía a cuál de las jóvenes. Dos de ellas vestían la sobrefalda a franjas negras, signo de que pertenecían ya a la Academia de Maestras. Las otras tres también llevaban, lo mismo que Carla, el uniforme de la escuela inferior, con la franja negra ostentando el grado.

—Carla no quiere ser Maestra —dijo fríamente Madame Traduca—. Prefiere la caja de pinturas de una Dama. —Sonrió sólo con los labios. Una de las jóvenes de la Academia se echó a reír.— Carla, estás en la primera en escribir la caja de pinturas y las ropas de colores vivos de las Damas. Tengo algo que mostrarte. Wanda, la peluda.

La joven que se había reído abrió un botón en una manga pequeña, y una imagen se proyectó en una de las paredes. Carla contrajo el aliento. Era una

Dama, tela de blanco y oro, pelo dorado, un blanco vestido transparente que no alcanzaba a cubrirle las rodillas. Con el velo y el velo y el velo, y extendió ambas manos haciendo considerarse los dedos esgrafiados, las largas uñas brillantes terminadas en punta. Alzó los brazos y se sacó el pelo.

Carla sintió que iba a desmayarse cuando la dorada cabellera quedó en las manos de la Dama, dejando al descubierto un cráneo cubierto de pelo corto, lacio y castaño. Depositó sobre una peleta la dorada peluca y luego se fue quitando, una a una, las largas uñas brillantes, y sus manos eran manos vulgares, sencillas y bonas. La Dama se arrojó las cejas y pestañas y luego, del rostro, una peluca de algo grueso y bronceado, dejando al descubierto una tez pálida con arrugas alrededor de los ojos, con narres gruesas y profundas y anchos labios de la nariz y la boca, que también había ensuciado, se había tornado pequeña y menzquina. Carla quitó como los ojos, dar media vuelta y encamarse otra vez en su cubículo, pero en su interior a moverse. Sentía clavada en ella la mirada de Madame Trudera, una mirada que parecía quemarla.

La Dama se quitó el vestido transparente y delajo de él brotó una persona que Carla nunca había visto hasta entonces, y que la cubría desde los pechos hasta las manos. Los dedos cortos y

tacos movieron los cines y quitaron finalmente la pantalla, y entonces apareció el vicario, más grande, abultado, con orejas caracas rojas allí donde la pantalla había pelucado y opacado la carne. Los pechos le colgaban casi hasta la cintura. Carla no pudo contener a sus ojos, no pudo hacerlos a su mirar, no pudo obligarse a no ver el resto de aquel cuerpo repulido.

Madame Trudera se levantó y fue hacia la puerta.

—Madame! a Carla las cosas son pelucadas. —Miró a Carla y dijo: — La orfina es, Carla. Le hará preguntas sobre el caso.

Madame Trudera abandonó la sala.

Las otras dos pelucas mostraban a la misma Dama en soñollos. Primero, con una protuberancia, luego con un chuchoso Varón. Cuando terminaron, Carla volvió tambaleándose a su cubículo y volvió varias veces, hasta quedar exhausta. En su noche tres pesadillas.

¿Cuántos días, se preguntó, ha estado aquí? Ya no tambalea, pero sí bien ocupada en pensar entre las dos altas ventanas, se abalaba. Ya no procuraba apurar un rufago de la lagaraja de las Damas al oír una espada fugaz a los Vavores. Hicida siempre un punto determinado del pie, en el cual se concentraba y no apartaba de allí los ojos.

Con ojos y entornos líneas de

ello, y dijeron, obligándose a suavizar los ojos y sermonear, y así lo hicieron.

Madame Trudera le echaba la despectiva. Viejo y leña de ella...

—¿Por qué no le obligaron para convencerlo en Madrid y venderle hijos?

—No soy apta, Madame. Soy débil y tímida.

—Mírese los caderas, estrechas como las de un Varón. Y los pechos, pequeños y duros. —Madame Trudera dio vuelta la cara con repugnancia. — ¿Por qué no le obligaron para ser una Profesional, una Doctora, una Tánica?

—No soy suficientemente inteligente, Madame. Necesito estudiar muchas horas para entender la matemática.

—Bueno. Débil, frágil, no muy inteligente. ¿Por qué hacer?

—No sé, Madame. Lo siento.

—Vuelva inmediatamente a su cubículo. Usted me respaga.

La mirada fija en una faja del pie, un punto donde una ligera depresión desviaba la luz, cuando una pequeñísima sombra oval, preguntándose cuándo terminaría aquella orfida, preguntándose por qué no podía llenar el cubículo con la multitud de cosas que había dicho Madame Westfall, una cosa que así podía recordar, pero que no recordaba cuando estaba en su cubículo con el lápiz posado sobre el escritorio.

Algunas veces Carla se abalaba de donde estaba, se encam-

traba en la alcoba de Madame Westfall, viendo cómo la anciana luchaba por seguir viviendo, cómo se esforzaba por aspirar e inspirar el aire, negándose a admitir la muerte. Viendo cómo descomulgaba los niveles de los incomprendibles cuadrantes y tubos y botellas de fluidos, cómo se hundían en la carne las agujas, cómo desaparecían los tubos bajo las manitas y a estas presiones crepitaba con una vida secreta, escuchando los balbuceos, los quejidos y suspiros, las palabras sin sentido.

Tres veces se alzaron contra los cines y tres veces los mataron hasta que no quedó ninguno absolutamente ninguno para el estudio se había propagado y todos los de más de diez entolaban conmovidos y flotaban sobre...

¿Qué? ¿Una enfermedad? ¿Contaminados por médico, una enfermedad que se propagaba entre los jóvenes?

Y cuando dijo sacóvalos entre movidos y se le encamó y por este en la cama también y no lo tocara.

Llegó su relieve y Carla sintió, entrecorrida, de la Gloriosa Intelectual. Miró el movimiento de la orla negra de su faja al andar, y le pareció que la negrura le tropieza por las piernas, se le anudaba en la cintura, le cubía por el pecho hasta el cuello y la estrangulaba. Apretando las mandíbulas, siguió su camino con pesada molestia.



Las jóvenes que habían asistido a Madame Westfall en vida estuvieron de guardia durante todas las ceremonias escolares consecutivas a la capilla ardiente. Se les ordenó que formaran una fila detrás del estrado. Habían lasa a la presencia y la firmeza de la princesa Maestra. Encaminó por su subditos al testarón los reglamentos de la escuela. Carla procuró prestar atención a lo que decía los maestros, pero estaba tan cansada y notoliente que sólo logró escuchar algunos fragmentos. Algo la despertó repentinamente de su ensimismamiento: estaba hablando Madame Trudoux.

—... un libro que servirá de guía a toda futura Maestra, señalándole el camino que, a través de tribulaciones y pruebas personales, la conducirá a la seriedad que fue prerrogativa de Madame Westfall. Me siento honrada por el privilegio de haber sido elegida ya, y más apocadina, para llevar a cabo esta tarea...

Carla pasó en los departamentos que había estado escribiendo en su cuaderno y preguntó para contener las lágrimas de vergüenza. Madame Trudoux debió decirles para qué quería la información. Tendría que releer la anotada y destruir todas las insensateces que había escrito.

Al salir de ese día se formó el cortejo que acompañaría a Madame Westfall hasta la perrona.

recorrió perrona en Soranto, su ciudad natal, donde se esperaba la descubierta el seno de su familia.

Madame Trudoux tuvo una entrevista con Carla antes de la partida.

—Uned estás a cargo de las otras niñas —le dijo—. Espero que sabrás mantener la disciplina. Comunicaré inmediatamente cualquier perturbación del orden o infidencia a los reglamentos, y si ello no te es posible, si yo estoy ocupada, acudir personalmente a imponer el orden en mi nombre.

—Sí, Madame.

—May bien. Durante la travesía, las niñas viajadas todas juntas en un compartimiento del tubo. Los otros permitirán hablar, pero no podrán retirarse, nada de misterio. Al llegar a la mansión de Soranto, las niñas asignadas marcan con cruces. Tenedlas allí debiendo comportarse con la dignidad que exige la posición que les ha sido encomendada.

Mientras las niñas formaban fila para ocupar sus sillas a ambos lados del fíbico, Carla vestía cruzes la excitación dentro de sí. Fueron con el hasta una brevesina cerrada, desde se sentaron redilla, como rodilla, abarcadas, acaloradas, para viajar durante una hora, por las carreteras elevadas, hasta el tubo. Madame Westfall se había negado a volver en sí y los minutos desahos le fueron concedidos en la mansión, de modo que en tiempo fue trans-

portado de Villalonga a Soranto por el ferrocarril.

Tus pocas como las jóvenes habieron asistido al fíbico hasta el momento, y fueron conducidos a su propio compartimiento, a donde se abarcan en un pariente. Era la primera vez que cualquiera de ellas salía de las aulas de la escuela, y las niñas se apresuraron en sí a la edad de cinco años.

Habían ido a trabajar en las aulas de la escuela, y se conocían y ligeramente cuando errocionalmente tema. Loretta, que hablaba del had temprana había desde una edad temprana para el gido demostando apocadina de sus no, era ya una se pararon y amanció que había sido elegida como un cubilero. Algunas Amante por ellas. Carla la recibía sería una edad, demostando se con cuatro artículos, preparadas por su otro se le habían acostumbrado a sí de las películas. Loretta, tenía de las películas, pero muy claro y una que amado, que se dirigiera a la estructura de las observas, de Carla. Me preguntaría atrevida Carla pudo bastante, la boca con vestidas de cubilero por otro pintado, el pelo repare y brillante... Mi en las películas de la adolescencia, involucradas se motivaron ante la involucrada se, y tipo que con idea de un had se prestaba. Loretta o sin la caja de pueras, una día de piel sedosa, de boca pare... se abarcan tan nueva,

—El velo de lana tan fragancia, la tern-

ra de las manos de la Dama, la forma en que la había le revoloteaba en tanto de los muslos enlindados en rojo.

Se mantuvo el labio. Pero ella no quería ver una Dama. Nunca más había podido volver a pensar en ella sin odio y repulsión. La había elegido para ser Maestra.

Se dijo que se debía de la sociedad preparar a sus no estudiantes para la involucrada, pero se sabía que existían aquellos incapaces de soportar los requisitos y que no sólo culpaban a la sociedad por esas condiciones, pero que se ponían a reír.

Sacó el cuaderno y anotó las palabras.

—Recordaba algo más de lo que te dijo? —le preguntó Loretta. En la más joven de las niñas, tenía apenas diez años y había asistido a Madame Westfall una sola vez. Parecía muy cansada.

Carla miró en silencio lo que acababa de escribir y luego lo leyó en voz alta.

—Es del libro de reglamentos de la escuela —dijo—. Quédate un parpado cambiada, pero el contenido en el mismo. Tú la estudiante dentro de un año o dos.

—Una niña?

—¿Sabes lo que me dijo a mí? Me dijo que había a recordarme en la casa y que nunca perdiese mi certificado de nacimiento. Me dijo que nunca debía decirle a nadie dónde estaba la madre. —Frunció el ceño, intrigada.— ¿Tú sabes lo que es una casa? ¿Una madre?

—Lo anotaste ¿verdad? ¿En el cuaderno?

—Lina agachó la cabeza.

—Me lo olvidé de nuevo. Lo recordé una vez y luego lo volví a olvidar hasta ahora.

Registró el bolso de viaje en busca del cuaderno, y al no hallarlo volvió todo su contenido en el suelo para buscar más minuciosamente. El cuaderno no estaba allí.

—Lina, cuándo lo viste por última vez?

—No sé. Hace unos días. No recuerdo.

—¿En todas la últimas vez que Madame Tradoux habló contigo?

—No, no lo pudo encontrar. Me dijo que si la próxima vez que me citara para una entrevista no lo tenía, me advertiría. Pero no lo encontró. —Rompió a llorar y se arrojó sobre un pequeño montón de pertenencias. Golpeaba los puños contra ellas y sollozaba. — Me va a matar y yo no puedo encontrarlo. No lo encuentro. Desapareció.

Carla lo miró, sacudió la cabeza.

—Lina, no llores más. No es posible que lo hayas perdido. ¿Dónde? No hay ningún lugar donde puedas haberlo perdido. No lo sacaste de tu cubículo ¿verdad?

La niña sollozó más alto.

—No. No. No. No sé dónde está.

Carla se arrodilló a su lado y levantó a la niña hasta hacerla sentar en sus brazos.

—Lina, ¿qué escribiste en el

cuaderno? ¿Algunas páginas con él?

La pequeña se puso blanca como la tiza, abrió los ojos muy grandes y luego los cerró. Ya no hablaba.

—¿Por qué lo usaste para otras cosas? ¿Es así? ¿Qué sirve de cosas?

—No sé. Como, nada más.

—¿Todo? ¿Todo el cuaderno?

—No lo puede estar. No sabía qué escribir. Madame Westfall dijo demasiadas cosas. No podía escribir las todas. Quise borrarlas y ya lo tenía hecho y me acordé debajo del sillón y ahí me olvidé.

—Vea, niña, vea, no te acordabas, yo no soy una de ellas. Vó a la cocina y lévela contigo. Y traté de acercarme con las manos. Yo... Eran como garras de gallina. Me habría despedazado con ellas. Me odiaba. Me dijo que me odiaba. Me dijo que habíamos tenido que matarnos junto con las otras, que por qué no se habían matado con las otras.

Carla, las manos firmes sobre los hombros de la niña, trató de alejar el miedo y la desesperación que vio en su rostro.

—Escribí la escapé al pasar y almoré a la niña.

—Sí, Lina, así. No llores más. Sí. A ver, a ver.

Carla se puso de pie y dio un paso atrás.

—Lina, ¿qué clase de cosas pusiste en el cuaderno?

—Cosas que me gustan. Copias de niños y libros y dibujos.

—Bueno. Recoge tus cosas y

olvidate. Me parece que estamos a punto de llegar. Parece que el tubo empieza a detenerse.

Necesariamente fueron conducidas de un compartimiento cerrado a una celda silenciosa y transportadas a través de una carpeta que permaneció invisible para ellas. Cada una llevaba sus cosas de llegar a destino y descendieron del coche.

La residencia de los Westfall era un edificio de madera acalifornianizada, y constaba de tres pisos, con balcones y aljibes y muchas chimeneas. Había andenes alrededor de la casa, y uno de los tres pórticos, que se había deteriorado, estaba siendo reconstruido a medida que progresaba la restauración de la casa, convertida ahora en monumento nacional. Las niñas acompañaron el fivento hasta una sala vasta y silenciosa donde el aire era glacial y húmedo y la luz débil proyectaba negras sombras. Una vez que el estado quedó instalado según el estado, que también lo había acompañado, las niñas eligieron a Madame Tradoux a través de estrechos pasillos y escaleras, hasta el tercer piso de la casa, donde habían preparado dos cuartos para ellas, cada uno de los cuales contenía siete camas.

Madame Tradoux les mostró el cuarto de baño que debían utilizar, les dio las buenas noches a las niñas y a Carla de que lo eligieron. Bajaron por la escalera a una habitación del segundo piso, amueblada con muebles ne-

gros y opulentos, un escritorio, dos sillas rectas, un tocador con un espejo flotante y un enorme lecho empalmado.

Por espacio de unos minutos Madame Tradoux recorrió en silencio la negra alcoba, sin hablar, de pronto, dio media vuelta y dijo:

—Carla, en todo cuanto dije esta tarde en esta celda, ¿Dijiste en su cuaderno? En la tercera vez que la palabra curra aparece en las citas de las frases de Madame Westfall. ¿Lo habías a usted de curra?

La mente de Carla era un torbellino. ¿Cómo pudo haber escuchado lo que dijo Lina? ¿Como la madama confería también palabras mágicas?

—Sí —dijo—. Madame Westfall hablaba de recordarse en una curra.

—¿Desde cuándo en curra, Carla? ¿Desde cuándo?

—No sé, Madame. Ella no lo dijo.

Una vez más Madame Tradoux empezó a pasearse de arriba abajo. Su rostro pálido estaba marcado por arroyos de concentración que penetraban profundamente en la carne, dos surcos verticales en el entrecejo, otros a ambos lados de la nariz que se prolongaban hasta la barbilla, toda la boca tensa y muda. De pronto se sentó y se inclinó en la silla.

—Carla, en los últimos cuatro o cinco años Madame Westfall se había estado así, silenciosamente así; ya no vivía en el presente

y la mayor parte del tiempo no hacía nada más que revivir episodios de su pasado. ¿Estaba lo que le quiero decir?

—Carla hizo un gesto afirmativo y luego se apresuró a decir:

—Sí, Madame.

—Sí, Madame, no importa. Usted sabe que me ha sido encomendada la tarea de escribir la biografía de Madame Westfall, de immortalizar sus escritos y sus actividades. Pero hay una laguna, Carla. Una gran laguna en nuestro conocimiento, y hasta hace poco parecía que no se llenaría jamás. Cuando Madame Westfall fue recogida de niña, sugando por las calles, en un estado de total confusión mental, desorientada, casi muerta de frío, no sabía quién era ni de dónde venía, nada, absolutamente nada acerca de su pasado. Alguien le había puesto un brazalete de identificación, un brazalete de acero que nadie le pudo quitar, y con fue la única clave que se tuvo acerca de su origen. Durante diez años recibí los cuidados médicos más sofisticados, la mejor educación y la luz de un intelecto brilló con todos sus destellos, pero jamás recobré la memoria.

Madame Tradoum cambió de posición para mirar de frente a Carla. Un juego de brazos había que sus ojos rastrearían como gusanos.

—Usted ha estudiado cómo inició su primera novela con ocho años y cómo en el correr del siglo siguiente desarrolló sus mé-

todos de confianza hasta un punto tal de perfección que hoy día los aplicamos en la nación entera, tanto en la escuela para Varones como en la escuela para Mujeres. Gracias a sus esfuerzos, los Maestros se han convertido en las más respetadas de las ciudadanas y las escuelas en las más poderosas de todas las instituciones. —Una vez más su alegría le anasosó el rostro y se desvaneció casi tan rápidamente como había aparecido, dejando las profundas arrugas, las arrugas, los ojos entristecidos. — Al haberla elegido como mi protegida, le estoy confiriendo un honor más alto que el que usted se imagina.

La atmósfera de la aldea era densa y húmeda, fría a medida que avanzaba y retrocedo. Carla seguía observando a Madame Tradoum, pero se sentía confusa y agitada y las palabras parecían no tener fin. Los ojos entristecidos seguían fijos en ella. No se le ocurrió nada que decir, pero pensó que quizá ahora Madame Tradoum ocuparía el lugar de Madame Westfall como directora de la escuela.

—Inicie a las niñas a hablar, Carla. Hágales emplear su talento natural a propósito de lo que dijo Madame Westfall, y si se olvidan, obliguelas a volver al tema. Los informes por escrito han resultado lamentablemente deficientes. —Se interrumpió y miró inquietantemente a la joven. —¿? ¿Qué hay?

—Y luego... ¿quiero decir, una

vez que hablo, ¿quiero que escriba? ¿O debo yo tratar de recordar y escribirlo todo?

—Eso no será necesario —dijo Madame Tradoum—. Límbrese a dejarlas hablar cuanto se les antoje.

—Sí, Madame.

—Bien. Aquí tiene un programa de actividades para los próximos días. Dos niños de guardia en la Capilla Ardiente a toda hora, desde el amanecer hasta la noche, girarían en el jardín cercano detrás del edificio al el tiempo lo permite, tareas en la cocina y así sucesivamente. Estétilo, y dirija a las niñas en sus tareas. El sábado por la tarde todas asistirán al sepelio, y el domingo regresarán a la escuela. Y ahora puede retirarse.

Carla hizo una reverencia y se volvió para marcharse. La voz de Madame Tradoum la detuvo una vez más.

—Espere, Carla. Venga aquí. Probó cepillarse el pelo antes de ir.

Carla tomó el cepillo con dedos entumecidos y se colocó obedientemente detrás de Madame Tradoum, quien ya se estaba quitando los zapatos que le tapaban el expuesto pelo negro. Desconfortada lentamente, el pelo le cayó sobre la espalda como una serpiente oscura. Carla suspiró a espaldas.

—Mía querida, niña. ¿Está tan débil que ni siquiera es capaz de cepillarse el pelo?

Carla abrió con fuerza el ce-

pillo hasta que el brazo se le entorteció a poner pasado, y entonces Madame Tradoum le dijo:

—Suficiente. Usted es una joven inútil, torpe y estúpida. ¿Trigo que cepillarse todo, incluso a cepillarse el pelo como un bebé?

Arrancó el cepillo de la mano de Carla y ahora le había aparecido dos marañas de color en los mejillas, y los ojos le relampagueaban.

—Mírchese de aquí adelante. Déjeme sola! El sábado, inmediatamente después del funeral, usted administrará un castigo a Lisa por haberse emborrachado tan temprano. Luego presentará ante mí. Y ahora pretive de mi presencia!

Carla corrió de prisa el programa y retrocedió a través del cuarto, atropetada por la Maestra que, de pronto, parecía haberse vuelto demencia. Tropezó con la silla y estuvo a punto de caer. Madame Tradoum dejó escapar una breve carcajada y giró.

—¡Inútil, torpe! ¿Usted una Dama? ¿Usted?

Carla lanzó a sus espaldas el grito, corrió al pasillo y se lanzó contra la pared, movida por un temblor dramático interno como para poder seguir continuando. Algo chocó adentro contra la puerta y Carla alzó un grito y echó a correr. El cepillo, Madame había arrojado el cepillo contra la puerta.

El espíritu de Madame Westfall quedó en la noche entera, persiguiendo a las sombras de cuarto en cuarto, haciendo cruzar los pisos en su paso, los ecos de su voz yacido y vibrando por el dormitorio donde Carla se revolvió, insonante. Dos veces se sentó de golpe, aterrorizada, el codo sobre el codo, sin saber por qué. Una vez Lisa gritó y ella acudió a su cama y le tomó la mano hasta que la niña volvió a calmarse. Cuando el asesino abandonó la habitación, Carla estaba despierta, de pie junto a la ventana, contemplando el sueño de las estrellas que rodeaba la ciudad. Sombras negras contra el negro atenuado del cielo, se conocían para aparecer de pronto incógnitas por el sol que les tocaba los pies. El fuego se dispersó hacia abajo, se apagó, transformado en las puntas sobre las hojas. Húndote de párpado y de oro. Carla dejó de mirar el paisaje, incapaz de explicarse el dolor que la embargaba. Despertó a los dos primeros minutos que debía tomar la guardia junto a Madame Westfall, y luego de su silenciosa partida volvió a la ventana. El sol estaba ahora en pleno ascenso, pero la luz de la mañana era tenue; no había contornos duros. Los árboles eran una amalgama de colores sin límites individuales, y las cosas y la tierra se confundían en una sola masa. Los pájaros gorfeaban con la desesperación del fin del día y la proximidad del invierno.

—¿Carla? —Lisa le tomó el bra-

zo y la miró con grandes ojos asustados. — ¿Me va a castigar?

—Sería castigada luego del banoal —le dijo Carla, muy tranquila—. Y tendría que desmoronarse por haberme tocado, sabes.

La niña dio un paso atrás y volvió la franja negra de la falda de Carla.

—Me olvidé. —Levantó la cabeza.— Estoy... estoy tan asustada.

—Es bueno que vayas a bañarte a desayunar y luego iras a dar un paseo por los jardines. Cuando hayas salido al sol y hayas aspirado al aire fresco te sentirás mejor.

—¿Cuántos días, mamá, calientes? No, las pequeñas, aquellas con las alas castañas... —Llamaba las voladoras las diferentes flores a las otras voladoras. Carla iba a laмага, escuchando apenas, tratando de no perder de vista a Lisa, quien también se había quedado atrás. Se sentía preocupada por la niña. Lisa no había dormido bien, no había querido desayunar y estaba tan pálida y demacrada que no parecía lo bastante fuerte como para acompañar a las otras en el breve paseo por el jardín.

Permaneció entristecida rodeada por la Murga maraton, se agitaba para hablar en voz baja. Carla le prestaba ociosa atención.

Podría cambiar las cosas cuando tenga cierta autoridad, le dijo a un ser interior silencioso que la escuchó sin responderla. ¿Qué

quiere hacer ahora? Soy psicóloga. Pertenezco al Estado, a Madame Truchon y a la escuela. ¿Qué ganas con desobedecer y ser castigada también por favorita de algún? No lo pagaré barato.

No yo interesó en lo dijo nada, pero le pareció oír una rúa barbara que partía de la escena objeto de todas las bromas.

Trucos trufos con escenas raras, kilómetros y kilómetros de andar que nadie prueba, papaver donde no se amaba ningún castaño, ahora que estás ahora emboscado, y pasabas en ellas a los niños y pasabas por inmediatamente quédate con los zapatos, las que no podían aprender las nuevas formas, y se deshicieron de ellas. Wáñ. Wáñ de parte de ellas. Eran heladas y tenían las alas y el alvoro y el color. Eran más, colaban. Era el que trufaba, el que más allá. Y el que más tarde, Carla ven.

Carla aligó a los brazos a no temblar, a las manos a permanecer calmadas sobre el vientre, a la cabeza a mantenerse baja. La voz seguía ahora, ininterrumpida, y no podía dejar de escucharla.

...Fueron todos los días, una flecha fría y glacial y papá se volvió y mamá dijo, escuchando más, escuchando en la escena donde hace calorita y se te mueren que lo que para, no te mueren. Después te lo ponga en el brazo, no te lo quite nunca, nunca te lo quite a quitar, escuchando a ella si te encuentran escuchando que que lo mueren... —

Llegó el relieve y Carla se marchó. Era el ancho cuando que escuchaba a los escaleros trazar una mano torpe la tocad del brazo y la retro.

—¿Cuántos días, mamá? Aquí hay una que parece buena. Ven aquí, escuchando. —La hicieron girar sobre el mismo y la mano la así por la barbilla y le levantó la cabeza. — ¿No te dije? La descubrí de lejos, ¿lo dije cuando, desde el fondo del ventañal. ¿Como para no descubrirlo? —Lanzó una corajada, giró hacia un lado la cabeza de Carla, le miró de perfil y así más intranquilamente.

Carla sólo alzóse a decir una cara roja, ojos empujados y una espesa pechadora gris. La mano que le sujetaba la barbilla le hacía dolor, se le clavaba en las mandíbulas a ambos lados del cuello.

—Vístete, vístete. —dijo entonces la voz fría de una mujer—. Ya he sido elegida. Aprendida de Maestra.

El hombre apartó a Carla de sí, apretando más la barbilla, miró hacia abajo la falda con la ancha franja negra en el ruedo. De un empujón empujó a Carla a la pared opuesta. Carla se aferró en la pared, buscando apoyo.

—¿Favorita de quién? —preguntó el hombre, incesantemente. —De Truchon.

El hombre dio media vuelta y siguió su camino, sin volver a mirar a Carla. Llevaba el ropaje azul y blanco de un Doctor en

Lepus. La mujer era una Diana en roca y negro.

—Carla. Saba inmediatamente. —Madame Traduca acababa de entrar por una puerta abierta y estaba plantada frente a Carla. Miró a la anudada joven de arriba abajo. — ¿Comprado ahora por qué la tenés como apresada antes de este viaje? Por su propia protección.

Fueron a pie hasta el cementerio al alba, un día luminoso, templado, con las donada y olor a hojas. Se dijeron discursos, se ejerció la máxima profecía de Madame Worthall, y los sermónes terminaron. Carla tenía volver al dormitorio. No podía de vista a Lisa, que parecía una sombra de sí misma. Tres veces durante la noche había tenido que absear a la niña hasta que oledaban las paredes, y cada vez le había acariciado el fino pelo y las narices mojadas y la había murmurado palabras de consuelo y sabía que ella se propia cobardía le había impedido decirle que era ella quien debía administrarle el castigo. Habían arrojado la primera piedra de tierra sobre el altar y todo el mundo se dispuso a emprender el regreso cuando el aire se volvió de pronto de bruenca carcajada, canciones obscenas y una música salvaje. Todo era terminal en forma tal tan repentina como había empezado, pero el grupo quedó paralizado hasta que una calma accidental aquietó el aire. Hasta los mismos pájaros habían cesado de ha-

go de aquel estallido maldito.

Carla no había podido respirar una entrada involuntaria en disculpa a los hombres que circundaban el cementerio. ¿Quién? ¿Quién se había atrevido? Sólo algunas hojas se agitaban, flotando sin embargo en la suave brisa. En la lejísima un pájaro empezó a trinar una vez más, como si los malos espíritus que acababan de pasar se hubieran marchado por siempre.

—Madame Traduca mandó esto para ti —dijo Lucilla nerviosamente, tendiéndole la vara a Carla. Era de plático, de reciente construcción de largo, fino y flexible. Carla la miró y se volvió con lentitud hacia Lisa. La niña se tambaleó.

—Say yo quien debe administrarte los azotes —le dijo Carla—. Ahora tendrás que desahucarte.

Lisa le clavó una mirada travésada y luego, de sorpresa, cruzó la habitación y se coló en brazos de Carla, estrechándose con fuerza, sollozando.

—Gracias, Carla. Muchas gracias gracias. Tenía tanto miedo, no te imaginas el miedo que tenía. Gracias. ¿Cómo conseguiste que te dejara hacerlo? ¿También a ti te castigaron? Te quiero tanto, Carla.

En su silencio, con involuntario se avanzó el vestido y la copa interior y se puso de espaldas.

Tendió la piel pálida y suave, boyando en las redondas nalgas.

No tenía cintura ni seno ni vello en su cuerpo de bebé. Como un bebé había llorado la noche anterior apretándose a Carla, hundiendo la cabeza en la curva de los pechos de Carla.

Carla alzó la vara y la bajó, con tanta suavidad como le fue posible. Todo era demasiado suave. Dejó una mancha roja. La niña incluyó la cabeza un poco más, pero no se quejó. Se apoyaba en el respaldo de una silla y la niña vibró con el golpe de la vara.

Si le hubiera Madame Traduca visto poco, pensó Carla. Ella trataría de herirla, de hacerla sangrar. ¿Por qué? ¿Por qué? La vara cayó fuertemente y Carla supo que sería mucho más difícil para ambas si se comenzaba rápidamente con el castigo. La levantó y una vez más notó que la vara resonaba en la carne, y la vibración se representó en el brazo, en todo el cuerpo.

Otra vez. La niña dejó escapar un grito y una mancha de sangre le apareció en la espalda. Carla la miró con fascinación, con descomponida. No podía resistir. No leanzo blandía la vara con acciones fuertes, y ella se podía sentir. Cerró un instante los ojos, sintió la vara y volvió a golpear. Mejor. Pero la vibración que había comenzado con el primer azote iba en aumento, y ahora vibraba y ya no pudo aguantar la mirada del filo de aunque que corría por la espalda de la niña.

Ahora Lisa flotaba, los dedos le acariciaban el cuerpo. Carla sintió que nacía en su interior un idéntico temblor reflejo.

Ocho, nueve. La excitación que la aguijoneaba era involuntario, inconsciente, nunca se había sentido así. Pensó súbitamente en la Diana que una vez la eligiera y evocó de la memoria que la habían obligado a ver la desfilada en corrillos por la noche... reflexionó a nuestros inseguros y atrevidos. En ese momento descendió en el tiempo miró alrededor y vio en algunos rostros excitación, en otros miedo, uno y repulsa. Su mirada se detuvo en Hilga, que tenía las ojos cerradas, y cuyo cuerpo se movía rítmicamente. Alzó la vara y la dejó caer con todas sus fuerzas, anotando la carne con un chaparrón que arrojó a cada una de su trazo personal. Un sustillo después, exclamó, que marcó un final.

—¡Dios! —gritó, y arrojó la vara al otro lado del cuarto.

Lisa se volvió y a través de ojos asustados, rojos, hinchados, mirados por el flauto, le dijo:

—Gracias, Carla. No fue tan malo.

Al mirarla, Carla supo lo que era el odio. La niña adolorida, deformada le miraba de toda cuanto veía. La excitación se había salido en su cuerpo y la conciencia el rostro, le adoloraba los mirros y la columna de odio. Una mancha rosada y volvió a correr.

Frente a la puerta de Madame Traduca, se detuvo un instante, inspiró fondo y golpeó. Al ruido

de varios minutos la puerta se abrió y Madame Trudeaux salió. Los ojos le brillaban más que nunca y tenía dos manchaos de color en las mejillas pastosas.

—¿Causado? Déjame mirarla.—  
—Los dedos que abren la herradura de Carlá estaban fríos y húmedos.— Sí, ya veo. Ya veo. Ahora estoy espada. Vuélvete dentro de media hora. Entonces me contarás cómo fue. Media hora.

—Carlá nunca había visto en la casa de la Maestra una sonrisa genuina, y ahora, cuando apenas, era más aterradora que su inventada sonrisa boba. Carlá no se movió, pero tuvo la sensación de que cada una de las células de su cuerpo había tratado de retroceder.

Hizo una reverencia y dio media vuelta para marcharse. Madame Trudeaux la siguió un paso y le dijo con una voz baja y veloz.

—Lo estás viendo? Ahora lo entenderás?

—Madame Trudeaux ¿usted ve?!

La puerta se abrió a sus espaldas y por ella salió una de las Doctoras en Leyes.

—Sí, por supuesto.

Madame Trudeaux dio media vuelta y entró.

Carlá se encontró al pequeño sillón cruzado entre el segundo y el tercer piso y se detuvo. Oyó las voces de las niñas en la planta baja, atenuadas en la cocina o en el jardín, realizando los ejercicios vespertinos. Decidió espe-

rar allí hasta que volvieran y se recostó, fatigada, contra la pared. Aquel recibio tenía un poco más de un metro cuadrado de superficie. La atmósfera era muy húmeda y caliente. Oyó el bulleto de las niñas que subían las escaleras. Era debía de ser la madre por la cual habían agregado una segunda puerta, para amortiguar los ruidos de las que subían y bajaban. Las niñas se habían detenido en la escalera y comentaban las cosas y observaciones que habían oído en el comedor.

Carlá sabía que se debía en enfrentarla, ordenarla que cumpliera con sus deberes, imponerle silencio absoluto en los lugares públicos, pero cerró los ojos y, buscando apoyo, apoyó la mano contra la madera a sus espaldas, así como por que temblaran de una vez con aquella obediencia pasiva y resignada en silencio. Detrás de ella la madera empezó a temblar.

Se apartó de un salto. ¿Una puerta secreta? La tanteó, recorrió con el dedo el muro pared hasta tocar el borde, dando abono se abrió una rendija de quince centímetros, alta hasta donde ella podía alcanzar, y que descendía hasta el piso. Volvió a empujar y la puerta se deslizó hacia, silenciosa, entre las dos paredes. Cuando la abertura fue lo suficientemente grande, Carlá entró.

¡La casual! Supo al instante que aquella era la curva de que hablaba sin cesar Madame Westfall.

El pasadizo no tenía más de

unos cuarenta metros de ancho y estaba muy oscura. Tanteó la puerta por dentro y tocó un picaporte lo bastante bajo como para estar al alcance de un niño. La puerta se deslizó por dentro con la misma suavidad con que se había deslizado por fuera. Le corrió hasta encontrar casi por completo y las voces de las niñas cesaron, pero pudo oír otras voces, de la habitación del otro lado del pasadizo. No eran chicas. Avanzó a tientas y estuvo a punto de caer sobre una caja. Contuvo el aliento cuando reconoció en la que estaba oyando la voz de Madame Trudeaux.

—... que estáis. Aparece con demasiada frecuencia en los informes sobre los hallazgos de la vieja loca para que no haya algo de verdad. Ustedes, los hombres, son unos incapaces.

—Trudeaux, cierre el piso. Usted podrá adelantarse a las niñas, pero a mí me deja impávido. Cierre el piso y acepte el informe. Hemos explorado pulso a pulso las colinas en varios kilómetros a la redonda y le aseguro que no existe ninguna cueva. Eso ocurrió hace diez años. Tal vez había una, donde jugaban los niños, pero ahora no existe. Lo más probable es que se haya hundido.

—Tenemos que estar seguros, absolutamente seguros.

—Y si tú y el niño que está en tan importante? Quizá si usted hace más explícita podría hacer mayores progresos.

—Los niños dicen que cuando

de la malicia vino a esta casa, sólo encontró a Martha Westfall. La ejecutaron en el acto, sin siquiera interrogarla. ¡Imbéciles! Cuando registraron la casa, descubrieron que estaba vacía. Ni joyas, ni pintura, ni diarios personales, ni papeles. Nada. Steve Westfall había muerto. El doctor Westfall, muerto. Martha. Nadie encontró jamás los artículos que habían escondido y la niña, cuando reapareció, tenía una amnesia verdadera, que jamás volvió a los esfuerzos por penetrarla.

—Entonces, una pobre grabación, diarios personales. ¿Qué significan para usted?—  
—Tiene un silencio prolongado, el hombre tenía una cucaracha.— ¡El diablo! El había retirado del banco todo su dinero ¿no es así?

—No sea ridícula. Quiero las grabaciones, nada más. Hábleme un equipo completo de radiocarbono. El doctor Westfall, además de maestro, era ingeniero electrónico. Nadie llegó a sospechar jamás cuánto material escondió antes de que lo mataran.

Carlá pasó la mano sobre la caja, tanteó por dentro. Había más cajas.

—Si sí. También yo he los informes. Mayor razón para perseguir la búsqueda en los alrededores. Durante todo un año, antes del final, se mantuvo una estrecha vigilancia sobre la casa. Cualquiera que haya sido el lugar donde ocultaban las cosas, habría tenido que caminar hacia él. Y sólo puedo decirle una vez más



do y las dos se acostaron muy juntas, los brazos de Carla cubren de los hombros de la pequeña.— Trata de dormir —le susurró al cielo—. No creo que nos descubran aquí. Y cuando se hayan marchado, subiremos y viviremos en los bosques. Y comeremos nueces y bayas...

El primer día estaban cobazando de jilillo y se reían y apagaban los cuartos con las lámpas. Oyeron las órdenes que impartió Madame Tradema, continúan en todos los vestíbulos, en las escaleras, en la planta del dormitorio para impedir que otras niñas tratan de escapar. Escucharon todos los interrogatorios, a las niñas, a las guardias que no habían visto a las fugitivas. Oyeron la voz barona del Doctor en Lopez, melindras de Madame Tradema, de sus alaridos de perfecta control.

El segundo día Carla intentó salir a robar comida y, más importante, agua. Por todas partes había Vascones vestidos de azul, fregaron con las manos viejas. Durante el día Lisa giró en silencio y Carla tuvo que permanecer despierta para cuidar a la niña, que tenía un poco de fiebre.

—No vas a dejar que ella me strupe ¿verdad? —le suplicaba una y otra vez.

El tercer día Lisa estuvo muy

quieta y callada. No quería que Carla se apartase en solo instante de su lado. Apretaba la mano de Carla en su mano derecha y no ca, y de cuando en cuando trataba de alzarla hasta su rostro, pero estaba demasiado débil. Carla le sostenía la frente.

Cuando la niña se despertó Carla escribió en los cuadernos, en la oscuridad, sin saber si escribía sobre otras palabras o en páginas en blanco. Escribió la historia de su vida y luego inventó otras cosas. Escribió una y otra vez en silencio, y llegó por no tener agotado. Escribió palabras sin sentido y las mezcló con otras palabras sin sentido. Escribió acerca de los selvojos que habían vivido durante el invierno, y deseó que no todos parecieran durante los meses del invierno. Pensó que probablemente se marcharía. Escribió sobre la arena, las entre los pinos veintidós y ahora los trinos de los pájaros y el trazo que cubría el suelo. Escribió sobre Lisa, que ahora podía apañarse en el fondo de la cueva, entre rocas que ninguna de las dos habría podido concebir juntas. Y cuando ya no pudo escribir más, volvió a andar por la débil luz de la noche, escuchando los gorjeos de los pájaros, las raras carcajadas que las hermanas le escuchan ahora en los cuartos.

Un día anterior a través de todos los lugares y todas las épocas, que suceda un poco al Hacedor de estrellas de Stephen.

## EJERCICIOS ARQUEOLÓGICOS

José Pedro Díaz

HAY ALGUNAS DE SUELOS QUE CASO sobre los hombres y los brujos hasta el lugar de su desaparición. El hombre sin sentido no despierta. Para hoy muchas cosas que dar para encontrar ese sitio. Yo había tenido una luz y quería volver a encontrarla; y para encontrarla tenía que hacerla, porque la luz se hace quedando el cuerpo, ella está más allá de la vida, en la oscura noche silenciosa sólo allí puede atravesar su existencia. El camino de los sueños me lleva por galerías de negras paredes cristalinas hasta el lugar donde la sencilla arte y el fuego hace luminosas y transparentes las paredes de la vida.

Espero, como dije, sentir la vida George. El mundo se había puesto gris y yo no sabía siquiera que llevaba una luz que podría volverme, había dejado

apagar simplemente la que tenía, no sabía que era dueño de ella, o ya no lo era, y estaba entre los seres y las cosas como muerto. Hacía tiempo que había caído en el diablo, que venía cayendo. Hombres, líneas y paisajes tenían todos el mismo color: gris, gris azul, gris amarillento, el color de las nieblas de las grandes ciudades, de las lagas calas grises y desiertas del amanecer.

Había visto mareas y ríos,

Había visto montañas;

Había tropezado hasta lo alto de la chana sobre de las tierras;

Había contemplado y fotografiado —para mostrarlos a quién?— las estructuras condelentes y pomas con que el hombre cubre, desde hace millones, la arrugada superficie del planeta;

No sabía nada;

Había visto arder de noche las

Título del original en inglés: The Fossil  
Traducción de María Irene



subconsciente mero en el mercado de una ciudad, y había caminado por la plaza impregnada de estruallas y de flores distintas que sobresalían en su propio mundo artificial.

Según brasileños demudados cargados como en una cascada atlántica de nombres griegos, y yo veía sus brazos brillando al sol y moviéndose como un mar de grandes serpientes; el olor del mar y del campo florece sobre el mar y fermentaba como una nube de pétalos azules; el barco se balanceaba como un cachalote; pero yo no sabía;

Había acompañado de la mano a un hombre que moría y luchamos conversado junto a su cama como en un sueño o como en un sueño. Era un cuento alemán y socialista de maravilla, pero los dos sentíamos que nos volaba un anhelo profundo y transparente como el de las sirenas de los barcos fantasma, y había motivos sobrenaturales que sucedían;

No era sueño había sido rebatir la voz de golpe del cuco en una quehonda del bosque y había visto subir la alondra, atascada por unauerta sonora, consumida en el azul sobre los trigales.

(por momentos aquel cuento estuvo suspendido en el aire como las plataformas de los aeropuertos, y allí arriba hablabamos de a donde iba el cielo se encontraba con per-

sonas que yo sólo conocía de nombre porque habían vivido hacia mucho tiempo. En la insinuación de la partida dramática todavía más amigos y una gran alegría me inundaba);

Había caminado por grandes calles silenciosas donde los pensamientos de un hombre re-velaban una idea con poca conciencia de maravillas y lecciones de abstracción al otro invisible. Y allí arriba todavía la polera de una reina con verdaderos esplendor real junto a la cara de blanca de un hombre vestido de rey;

El Susto había bajado en la oscuridad y los fieros galopaban y plañaban al viento en sus jorras las espaldas de San Jago. Nos volaba el hueso del tabaco, el santo litúrgico y el poder de los fieros; las negras viejas acogían la boca en tierra del charro y chapaban ritmicamente;

Pero yo no sabía;

(según siendo sueños ajeros en los que había relampagos blancos y dorados que cruzaban al aire fino de alfileres de cuervos y de chircos cristales, y un hombre era nuevamente herido en medio de una noche negra y amarilla);

En la pared, un documento firmado por el gobernador del Estado certificado que aquello era una institución legal y autorizada. En el centro de la parte de talles resonaban, un parloteo pálido y sudoroso

que quería hablar, era sostenido casi vertical por los empujones simultáneos de varios fieles, hasta que al fin cayó, duro y balanceado;

No sabía;

Había asistido a una rifa de gallos; el campo y los señores echados no conocían, y en la barraca de madera los señores de la mano calan sobre la ropa de los agostados; una almofida de angostia y de esperanza me volaba como la que hacía las veces de la historia: (Cinco al toro-mal) (Toma) (Día al negro) (Toma) (Cuatro al toro-mal) (Toma) (No) (No toma)

Había vivido el amor como una esparcida voluntad de destino y como un desamparado conocimiento de la carne, mientras el beso de un río cuenta a nuestra lado tan aljido como el curso de nuestra propia sangre; pero eso era en Avellan;

(en un rincón de la barraca los gallos preparaban el próximo encuentro y limpiaban con alcohol la cresta y los abundos mentes prontamente pintados de rojo de aquellos animales recordados en una consabida fiesta de muerte pura);

Sobre expediciones árabes africanas había visto volados reptiles enloquecidos que estaban a la espera del fin de nuestra especie;

Había arrojado una caja de cigarrillos vacía en un cesto para despendidos en la sito de una

luzca montada y desde allí había visto correr por el valle un tren silencioso de juguete entre estruendos de jugoso y como iluminado por flores en oscuridad;

Había leído manuscritos de hombres muertos;

Había pasado por un puerto junto a endorrapados procedimientos mientras ellos balanceaban sus pantalones de cuantos de años y sus narices brillantes como cigarreros de lujo, y yo miraba los agudos galardones de sus barcos;

Había visto extenderse la maritimidad al fondo de los toros y me había sentido caer en el ritual de su agonía;

En la esquina de una calle estrecha había sido a un contador de cosas cuantos ámbros y lo había confundido con un político revolucionario que arrojaba a las masas;

(la plaza giraba en torno y chirriaba como una cartón al fuego, mientras yo daba manotazos de abogado en la espina negra del toro de lidia);

El mundo ardía, temblaba, reverberaba; ardía, temblaba, reverberaba como un animal recordado por el sol; pero esa misma temblor se me hacía costoso y ambiguo y me mismo replacer me lo enseñaba. Tenía ojos de topo; no sabía, y por eso lo veía se me hacía costoso. La cabeza estaba llena de recuerdos, los ojos chorreaban lágrimas, los oídos repetían gritos y latidos,

pero todo quedaba suavizado como en un paño de algodón gris, amortiguado todo, todo dulzón y tierno. Debía haber buido sobre un solo pie sobre lo no más alto de la torre de la Giraldá, y me caudó la fotografía, empordaba como un alemán, escribía libros que decía que lo que veía no era cierto y contaba historias en las que yo mismo me distraía de la historia.

Sabía que el mundo es esplendoroso, pero me había dejado de él, sabía que arriba estaba la superluz, estaba en sus espaldas el compás de las raíces de la tierra, esa tierra sobre la que cada los días luminosos estallaban como granadas de un Ejército, pero yo buscaba entre refectorios, hacia estrechas galerías en las que respiraba un propio aliento y no el viento largo que acarrea las granadas, sólo el polvo ave laminado y cargado de tistes acrociones luminosas, y, a veces, sólo a veces, en el extremo de cada, con indicación, arañaba la tierra que estaba encima, pero evitando que fuera allí donde estuviera floja y abierta, como de tumba reciente: cada entonces uno pocos terrones y entraba, el aire con olor a cielo, con metélicos olor a cenizas y a espuma de mar, malabragador y vertiginoso, y yo quedaba absorto en todo sereno, hundido debajo de la incandescente luz, con el redondeo del cielo para encima, con las patas delanteras alzadas, como si

se defendiera o como si usara. Y pronto había desaparecido de tanta oscuridad de claridad, había el leveo fuertemente y arañaba de nuevo la tierra delante, la tierra totalmente flocada para oscuridad, y levantaba y buscaba nervos curvados, hacia dónde, hacia qué entraba más desahucadamente oscura, dolidos de mundo, los ojos, hacia qué otro mundo de oscura silenciosa, de luzes, de rica posibilidad y nada más que posibilidad, como si sólo importara conocer los secretos propiamente invisibles y que no se entegran más que en el malagueño humilde de su despliegue, pero no lo sabía.

Me importaban los terrones, las terrones, los pedruzcos de limo en densos, las arañas de destino, grada, y a todo le imponía un destino flogio: romataba corraduras e inventaba sistemas de calefacción, trabajaba con las manos muías de bello y de gusa; hacía proyectos que nadie compartía y desplegaba con empensamiento una imaginación oscura de cosa, labrada de materia, de una materia de la que no me podía desprender y que me colgaba como un viento asustado, como un hecho de ventraz fino de balones y de trapos viejos. Tres maderas y cinco terrones con el principio de una máquina para hacer un terrible tipo de arte. Los días se mataban de objetos, de polvo, de impudencias. El tiempo estaba como un río de arena, y resonaba en

como un lugar de hecho. Me hundía hacia el terciario. Habituado a oscuridad y flogio a la más alta de mí cuando dominaba el flogio en un hecho y estaba en los muros de rosa con dedos impudidos en tierra y un terremoto grueso animal. Encontraba el fondo de los tiempos y quería recorrer sólo el mundo que va de la piedra arañada a los lentos compuestos. Precipitaba una vida virtual y dejaba que la sangre se me encuchera en ligeros. Sólo me sentía triste, pero no sabía que me había en un subcodo de hierro y de madera, que me desgajaba en arena y que me cubría el ojo y la tierra quemada de los viejos hechos horribles.

Lo ignoraba, pero tenía miedo de todo. Me encubría en un galpón con pedruzcos de terrones abandonados y abandonada respiración que habían pertenecido a hechos oscuras. Cultivaba mi cordón y la flama profunda. Sentía circular como a más antigua y los hacía, porque eran maderas como limo y tenía que me diera la mano y me hicieran entrar en la desahucadora y agobiante claridad del mundo.

Sabía que cualquier momento que hubiera podía andar aquella oscuridad y confundible animal, por eso me movía cuidadosamente, procurando que nada se agitara en torno de mí al escribir, porque algunas de esas galerías terminaban en un agua líquida que yo no veía, pero

que sabía que estaba: respiraba en humedad, con el levísimo chapoteo de un cristal, sí, como había agua oscura y profunda que se agitaba y podía cambiar su superficie oleaginosa en un repentino espejo trizado, de reflejos partidos, fragmentarios y violentos, chiscones de colores y de significado, por lo sabía, tenía memoria de eso, como si alguna vez, antes, el levitaba se hubiera acercado a la superficie, hubiera resoplado un momento, hubiera agitado con su cola poderosa con agua negra y se hubiera dejado caer de nuevo en lo profunda, nunca había encontrado hacia en una cámara del terciario entregada otra vez a un mundo de milenio. Y sólo sentía en vida escondida, en peso crecía en vida escondida, en peso como un terror, se movía lento y con leve balonceo, en lento periodo desahucado en un tiempo gris de larga lluvia, un tiempo de pastores interminables, de tiempos oscuros oleaginosos y de chapoteos en cámara oscuras, resacas a veces por una arena oscura como árboles a como colinas, de dura piel oscura, y cuyos lentos gemidos de trompetas agónicas, de oscuras clarines de piedra pómez o de corcho, repercutían bajo los besos hundidos por la tierra, las bombas y los tramos oscuras, pero ninguna vez.

Mis ojos se habían hecho hábiles para la oscuridad, escribía libros sobre otros libros y sobre

había por playas solitarias consolidándose en arena. Pero sobre todo habitaba debajo de la tierra y mientras andaba las paredes de las galerías, aguzaba también el oído para interpretar los ruidos que venían de arriba y que resonaban débil e intimamente en las paredes de tierra; y con sus filamentos de noticias se conectaba con esas luminosas y fantásticas, un tanto en el que los hombres representaban papales de dioses; había retornado el Olimpo; pero según recordaba correctamente historias o vivía en una gran galería sepultada donde llegaba un caso de formas sencillas en el que se balanceaban harapos. Apenas tocaba bajo tierra la raíz de algunas vegetales que arriba (yo lo sabía) estaban empíricas corales; apenas las tocaba: los ruidos de mi respiración daban vueltas y vueltas con que no me encontraba de frente con ninguna raíz verdolosa; a veces yo misma, como si fuera un hacha, vegetaba largamente como un vicio y estentado como salada. Estaba cálido entre las cosas.

Fuiste que una tarde de un poco antes las flamas; estáb deshe de un gran sueño que había sido sobre el día como un maturo total; días y noches se hicieron para mí recintos de tendilones pasados de fuego, de cristal transparente.

Lleaba como dije cuando había tiempo. Pero una vez desde se encendió cerca de mí: era una

bola de tela que impulsaba al alza y que una redilla movida al andar. (Esto es una historia de amor, con harapos y cuantos amañados, turbados y sencillos; una sencilla historia de animales heridos y salvados de castrores resplandecientes que se dedican perseguidos y desahucados por califones secundarios y por rinas de salchicha de pedrus y viejos continuados rojos en los que se proyecta incantadamente, y sólo para ellos, una única película filtrada por diapas.) El viento andaba entonces por la ciudad moviendo las hojas de los árboles y desplegando por los calles calabazas invisibles y alerones. Y marchaba un mar profundo que giraba, emboscado, proyectando su carga de alfileres rugientes sobre la flor consistente y que había y llegaba al horizonte haciendo bramar en su pantalla heladas de nieve; a golpes de cables, a flor de compásulas, modelaba la luz, tallaba el aire, recordaba jirones de alfombra, mucha nada para cumplir en ellos; esculpía, tallaba, finaba; ajustaba una arca, ordenaba líneas volátiles y expandía imágenes de Ulco de forma, toda una rejilla de nabo, engulaba brazos estratos, sacaba los ojos en marcos, hilaba la calabera, contenía la muerte de una flama; la ciudad increíblemente todas las ventanas con fuego que sólo yo veía, y yo estaba sólo en el mundo con un vaso de fuego en las manos. Alrededor había

tramos de hombres muertos que se movían como si tuviera ocupaciones y que dormaban sobre su propio planeta muerto. El campo temblaba; la presión entre quintos cambiaba un jaggo ligero, creaba sus cargas eléctricas, atría su sistema de sueños y fotos energías, estallaba y se desmenuaba como un escrito helado. El sueño circulaba sobre al través de las ventillas como el viento por una casa accionada de puertas y ventanas abiertas.

El tiempo se había roto; yo estaba de pie sobre el ojo del arco de los relojes que expandían en torno síncrono de tiempo que no me tocaban: una barbaja transparente me protegía. Fuiste que un día supo que estaba solo tenía en la mano un vaso de fuego y la barbaja reflejaba su brillo. Y un poco que él la recibí. La mirada prescinda las formas, quemó el sueño, consumió los contornos, chocó con un cuerpo: todo se derrumbó en medio del olor a sudor mientras los cuerpos se empajaba, se entrelazaba, se penetraba, se molían; cables dando nubes y silbasas arrugadas y hiladas rodaban descontroladas cada una hacia su propia fosa y se hundían. Arriba hilados de se-

ñales caca sobre la tierra pastanosa; rana cometas y las colas encendidas se volaban en el espacio, rana cuerpos deseados volteando en el aire; los molinos de Sismos pivotean en color y girando se molían en pedruzcos, rana los cuerpos volteando, abriendo las piernas, desquadrando al ser, blancos la luz intertemporal, quemados, apagados los brillos. Una luz de mirada de ciego envuelto todavía, como una nube de ácido carbónico, el mundo palpable, gelido y volando como el hazo de un prohibitorio animal de la galaxia; y de pronto al la que toco, siento la dura superficie del planeta, un concreto mapa de destinos, la tierra de dar para, la vieja tierra mineral y marina. Cálido de espaldas sobre ella, una mano me sostiene que no era, y voy reintentando el verdadero mapa de los cables de nuevo delinear la débil estructura de la lana, detengo la aceleración de Marte, el lugar declinante de la Cruz del Sur. Cuando termino de reintentar el cielo y el perro líbio corre ya junto al cazador; Yemas acciendo alfileres; tiéndole al Sol; ya amarrado: doy un paso, pisa la hierba, toco el tronco de un árbol, y el cielo en de nuevo azul sobre las raras.

El arco iris, desde la antigüedad hasta Newton.

## EL PUENTE DE LOS DIOS

Issac Asimov

En él se juegan en 1674 un arroyo y yo arribamos en el Bosque de Dean, al suroeste de Inglaterra, cerca de la frontera galésa. Era uno de esos días de chaparrones intermitentes con sol, y al avanzar Janet y yo salimos a caminar entre las bayas invernacionales.

Una brizna nos obligó a buscar refugio debajo de una de las bayas, pero el sol no se había movido y en el cielo apareció un arco iris. No uno, en verdad, sino dos. Fue la única vez en mi vida que vi simultáneamente a ambos arcos, el primario y el secundario, separados, como fotografías de estela, por una distancia equivalente a unas veinte veces el diámetro de la luna llena. Entre ambos arcos, el cielo estaba oscuro y lo que veíamos era, en realidad, una ancha franja de oscuridad que atravesaba el cielo oriental en un arco perfectamente circular, rodeada a cada lado por un arco iris. El rojo de cada arco

luchaba con la franja de oscuridad y el violeta se diluía en el azul.

Duró varios minutos, y lo contemplamos en perfecto silencio. No soy una persona de gran sensibilidad visual, pero aquello me perturbó, y hondamente.

Nueve días más tarde, el 15 de junio de 1674, visité la Abadía de Westminster, en Londres, y me dirigí al pie de la tumba de Isaac Newton (no quite pensarla). Desde donde estaba veía también las tumbas de Michael Faraday, Ernest Rutherford, James Clerk Maxwell y Charles Darwin, en conjunto, cinco de los diez hombres que alguna vez describí como los científicos más importantes de todos los tiempos. Aquella visión me penetró tan hondamente como el doble arco iris.

No puedo menos que pensar en la relación entre el arco iris y Newton, y en ese mismo momento decidí escribir un artículo so-

bre el tema cuando se presentase la ocasión propicia. Heh aquí.

Comencemos con la luz blanca. En la antigüedad, los pueblos que, por lo que sabemos, especularon acerca del problema, consideraban a la luz como una propiedad primitiva de los cuerpos colorados, y en particular del Sol. Esta luz celestial no debía confundirse con las imitaciones terrenales tales como la llama que produce la calidez al asar o la flama de una fogata. La luz terrenal era imperfecta. Variaba y se extinguía, aunque podía ser alimentada y mantenida. La luz celestial del Sol era eterna e impenetrable.

En El Pasado Perdido de Milton uno recibe una impresión clara de que el Sol no es otra cosa que una vasija en la cual Dios ha depositado la luz. La luz contenida en el Sol tiene eternamente la misma intensidad, y a la luz de esa luz (si se permite lo que quiere decir), vemos. Desde un punto de vista, no tiene por qué extrañar el hecho de que Dios creara la luz el primer día y el Sol, la luna y las estrellas el cuarto día. La luz es la cosa en sí, los cuerpos colorados son meras vasijas.

Puesto que la Luz del Sol era de origen celestial, tenía por naturaleza que ser divinamente pura, y nada ejemplifica mejor esa pureza que su perfecta blancura. La "luz" terrenal, por ser imperfecta, podía traer color. Las flamas de los fuegos terrenales eran

amarillentas, a veces rojizas. Y si se les agregaban ciertas sustancias químicas, podían adquirir cualquier color.

En realidad, el color parecía ser un atributo primitivo de la materia terrenal, y su intensidad en la luz era necesariamente considerada como signo de impureza. La luz reflejada desde un objeto opaco coloreado, o transmitida a través de un objeto coloreado transparente, adquiría el color y la imperfección de la materia, del mismo modo que el agua clara que se diluye por un hecho de fuego se torna barrosa.

Habría un único aspecto del color que, a los ojos de los antiguos, no parecía estar en la clase de materia que les era familiar, y ese aspecto era el arco iris. Aparecía en el cielo como un arco luminoso de diversos colores: rojo, naranja, amarillo, verde, azul y violeta, en este orden, con el rojo en la curva exterior del arco y el violeta en la curva interior.<sup>1</sup>

El arco iris, en lo alto del firmamento, trascendía, evasivamente, divinizado de toda relación óbvia con la materia, parecía ser tan el paradigma de la luz divina como lo era la del Sol... y sin

<sup>1</sup> Solo parecían un simple color, el "indigo". A más ojos, el indigo se ve violeta azulado, y no parece la dignidad de color independiente. Sin embargo, la presencia de un compuesto de coloración indigo en la luz emitida por ciertos minerales coloreados hace la identificación precisa de este color como elemento, el que se le dio el nombre de "indian".

embargo era colosal. No había pues sido hecho ninguna explicación científica, salvo el supuesto que era otra creación de Dios o de los dioses, y que el coloso tenía una finalidad determinada.

En la Biblia, por ejemplo, el arco iris es creado después del Diluvio. Dios explica a Noé su propósito: "Y sucederá que cuando haga venir nubes sobre la tierra, se dejará ver entonces mi arco en las nubes. Y así acordaré del pacto mío, que hay entre mí y vosotros y todo ser viviente de toda carne; y no habrá más diluvio de aguas para destruir toda carne". (Génesis 14-15.)

Cabe recordar, aunque la Biblia no lo dice, que el arco iris es colosal para que se lo pueda ver más fácilmente contra el cielo, y se propalaba en el día a los hombres que vivían ante Dios una prueba más clara de que la Ira del Señor se ha apaciguado.

Los griegos tenían una concepción menos dramática del arco iris. Por llegar a la alta del cielo y acercarse a la vez a la Tierra en sus dos extremos, parecía ser un coloso que conectaba el Cielo y la Tierra. Era el puente de los dioses (relacionado incluso por ser un objeto material, aunque de origen divino) por el cual las divinidades podían descender a la Tierra y retornar al Cielo.

En la Biblia de Hebreo, la Iris es la memoria de los dioses y distante de todo es tanto del Olimpo para cumplir una u

otra diligencia. Pero "Iris" es la voz griega para "arco iris" (y como la posición del ojo que rodea inmediatamente la pupila es de diferentes colores, se le ha dado, también, el nombre de iris). La forma griega del vocablo es "irídē", y cuando era sustantivo señalaba una luminosidad coloreada referente a la del arco iris, como por ejemplo una pompa de jabón, se dice que es "iridizante". Y como los componentes de cierto elemento nuevo presentaban una sorprendente gama de colores, se dio a ese elemento el nombre de "irídium".

En los mitos clásicos, el arco iris era "Iris", y era el puente por el cual los dioses viajaban a la Tierra. Antes de la última batalla, Sagaros, uno de los gigantes de la famosa destrucción universal fue que, bajo el peso de los héroes que atacaban desde Valhalla, se cayó el puente arco iris.

Pero ¿qué sabemos acerca de las explicaciones racionales? También en ese sentido, hubo intentos. En la antigüedad, el filósofo griego Aristóteles, alrededor del año 350 a.C., observó un efecto de arco iris visto a través de un vaso de agua: los mismos colores en el mismo orden y la misma inmaterialidad. Quédate el arco iris mismo, al aparecer después de la lluvia, fue producido en forma similar por las gotas de agua que permanecían en las capas altas del aire.

Tampoco era el agua la única sustancia transparente visualizada con el arco iris. Alrededor del año 30 d.C., el filósofo romano Séneca describió el efecto de arco iris que observó en el borde norte de un trazo de vidrio.

Pero ¿qué es lo que ocurre con la luz y con las sustancias transparentes para que produzcan un arco iris? Es obvio que la luz, al pasar en la forma común a través de tales sustancias no produce efectos de color. Sin embargo, hay un comportamiento peculiar de la luz cuando pasa de un tipo de sustancia transparente a otra: del aire al agua, por ejemplo; esta podría ser una clave.

Este comportamiento peculiar ingresó por primera vez en la historia de la ciencia cuando Aristóteles llamó la atención sobre un fenómeno que una multitud de personas debió de notar sin establecerlo mayor significación: una varilla colocada en un recipiente con agua parece doblarse bruscamente contra la superficie del agua, así como si se continuara en un ángulo en sus partes. Aristóteles utilizó este efecto a la cobertura de la luz al pasar del aire al agua, o del agua al aire. Al fin y al cabo, la varilla misma no se había doblado para ser la podía usar del agua y comprobar que según donde nos sentamos como siempre, o sea la podía palpar sin tocarla del agua y notar que según estubo recta. La desviación de la luz al pasar de un medio a otro se llama "re-

fracción" (del latín refractio, "volver a quebrar").

Sería posible que el fenómeno bastante invisible de la desviación de colores por el agua y el vidrio implicase el fenómeno también bastante invisible del cambio de dirección de un rayo de luz?

El primero en sugerir esta hipótesis fue un erudito polaco llamado Erasmus Cioli, en un tratado de óptica que escribió en 1599 bajo el nombre parcialmente latinizado de Erasmus Vitiello.

Decir sencillamente que el arco iris es un efecto del fenómeno de refracción es fácil. Mucho más difícil es determinar con exactitud cómo puede producirse la refracción en un arco que tenga la curvatura y la posición precisas en el cielo, y sólo al cabo de tres siglos y medio de aquella primera hipótesis alguien logró elaborarla matemáticamente.

En 1611, Marco Antonio de Dominis, Arzobispo de Spalato (conocido por la inscripción al final de su vida a causa de su conversión al anglicanismo) y de un rollo de la imprenta papal, fue el primero en intentar, pero los resultados que obtuvo fueron muy imperfectos. Lamentablemente, desde los tiempos de los griegos, se tenía una idea incorrecta de la manera precisa en que se refractaba la luz, y era misma idea la tenía el Arzobispo.

El fenómeno de la refracción no fue claramente establecido hasta el año 1601, cuando un matemático holandés, Wilhebrord Snell, esta-

dad el ángulo que formaba un rayo de luz al incidir en la superficie del agua, en que penetraba y el ángulo diferente que formaba con la perpendicular una vez dentro del agua. Durante muchos siglos se había pensado que el seno de los ángulos variaba, el otro disminuía en proporción. Snell demostró que los senos<sup>1</sup> de los ángulos mantenían una razón siempre constante, y a esta constante se le ha dado el nombre de "índice de refracción".

Una vez que se conoció la acción de índices de refracción, los científicos pudieron mostrar con considerable precisión la trayectoria de la luz a través de las esféricas gotitas de agua que provocaban las fenómenos de reflexión y refracción.

Fue la realidad el filósofo francés René Descartes en el año 1637. Utilizó la ley de Snell para determinar la posición y la curvatura exactas del arco iris. No obstante, en lugar de reconocer a Snell el mérito de haber establecido la ley, trató de dar la impresión, sin decirlo completamente, de que él mismo la había descubierto.

Sin embargo, la ley de Snell no bastaba por sí misma para explicar los colores del arco iris.

Aparentemente sólo había dos alternativas. La primera, que era posible que el color surgiera, de algún modo, en virtud del paso de la luz por agua o vidrio incoloros. La segunda, que era posible que el color surgiera, de algún modo, en virtud del paso de la luz invisible a través del agua o el vidrio.

Ambas alternativas parecían igualmente insuperables ya que, en uno y otro caso, el color tenía que nacer del no-color, se tenía que obtener a partir de la primera alternativa, pues era preferible tener que verlos con el agua y el vidrio que con la sagrada luz del Sol.

Durante tanto tiempo el Sol y su Luz fueron concebidos como símbolos de la Divinidad (no sólo en la era cristiana sino también en la precristiana, remontándose a los tiempos del faraón egipcio Akhenaton en el año 1360 a.C., y quizás más hasta que remota y oscura especulaciones en épocas prehistóricas), que se había llegado a creer, absurdamente, que el sutil imperfección al Sol y su Luz era negar la perfección de Dios.

Recordemos, por ejemplo, lo que le sucedió a Galileo. Había caído en desgracia con la Inquisición por sus tesis de movimiento de las cuales la principal era el hecho de que jamás pudo ocurrir un desprecio por qué cosa crea

inferiores a él en inteligencia, aun cuando, por las posiciones que ocupaba, pedían ser juzgado considerablemente. Pero contribuyó a esta hostilidad el hecho de que él los diera a conocer con que asomarlo, y tal vez la principal fue su descubrimiento de las manchas oscuras del Sol.

Galileo, que había observado por primera vez las manchas del Sol a fines de 1610, no anunció oficialmente su descubrimiento hasta 1613, año en que presentó una copia de su libro sobre el tema al cardenal Maffeo Barberini, quien en ese entonces era amigo suyo pero que a partir de ese momento (por diversas razones) empezó a mostrarse cada vez más frío. El cardenal no había convertido en el Papa Urbano VIII y en su declaración enemigo cuando, veinte años más tarde, las dificultades de Galileo con la Inquisición llegaron a su punto culminante.

El descubrimiento de las manchas del sol (y la realidad de ese descubrimiento era irrefutable) evidenció a aquellos místicos que veían en el Sol a una mente de Dios, y algunos de otros consensaron sus prédicas en contra de Galileo.

Uno de ellos fue un fraile dominicano quien, con gran astucia, recurrió a un texto bíblico extraordinariamente pertinente. Al comienzo de los Hechos de los Apóstoles, Jesús resucitado ordena de par en el cielo y sus apóstoles galileos alguna con la misma feja

en el punto por el cual ha desaparecido hasta que dos ángeles le recordaran sus deberes terrenales con un reproche que empieza así: "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo?"

En latín, los dos primeros galileos de la cita son "Viri Galilaei" y el apellido de Galileo es "Galilei". En 1613, cuando el dominicano agudizó violentamente esa frase y la utilizó como una demanda bíblica de las tentativas de Galileo por penetrar en los misterios de los cielos, muchos han de haberse apartado atremetidos del astrónomo asustadísimo por los ángeles. En 1615, el caso de Galileo estaba en manos de la Inquisición y comenzó su larga odisea.

Y sin embargo, las manchas solares son perfectamente explicables. Su presencia no necesita ser aceptada como una negación definitiva de la perfección del Cielo. Si el Sol no es más que la fuente de la luz, puede ser una simple imperfección y tiranía. El contrario, en cambio, la luz celestial, la primera creación de Dios en el Primer Día, era algo totalmente distinto. ¿Quién se atrevería a negar su perfección?

En Inglaterra se pronunció en Inglaterra en 1680, un lugar y una época mucho más oscura que la Italia de 1632. Y el hombre que pronunció la blasfemia fue un joven de veintinueve años profundamente religioso, llamado Isaac Newton.

El joven Newton estaba inte-

<sup>1</sup> En todos estos artículos traté de explicar cada uno de los conceptos o métodos que van aparejados, pero aquí debo hacer una lista. Los senos, y los funciones trigonométricas en general, son conceptos capciosos, y algunas veces resultan un artículo al respecto. Muestro, pues, si el lector ignora lo que son los senos, no importa. No de conceptos ningún papel importante en la presente discusión.

resultado es el efecto de arco iris no por el arco iris en sí mismo sino en relación con un problema más práctico que a él le interesaba pero que no nos concierne a nosotros por el momento.

Newton podía haber comenzado por sostener que si el arco iris se formaba por la refracción de la luz en las gotas de agua, también podría formarse en el laboratorio, si la refracción se realizaba en forma adecuada. La refracción se produce cuando la luz pasa del aire al vidrio en un ángulo oblicuo, pero si la superficie del vidrio está limitada por dos planos paralelos (como lo está, por ejemplo, el vidrio de ventanas comunes) entonces, al emerger en la otra superficie, se produce la misma refracción pero a la inversa. Los dos refracciones se anulan y el rayo de luz pasa a través del vidrio sin desviarse.

Es preciso señalar, por lo tanto, un objeto de vidrio con superficies que no sean paralelas y que reflejara la luz que entra en el vidrio y la luz que emerge del vidrio, en la misma dirección, de manera tal que los dos efectos se cancelen en lugar de anularse.

Para este propósito, Newton utilizó un prisma triangular de vidrio que símba, por la ley de Snell, que refractaría la luz en la misma dirección al entrar que al salir, como si donada que la hicieron. Ocurrió luego una habitación cubriendo las ventanas con postigos o hizo un pequeño an-

luz en uno de los postigos para permitir que un tenue haz de luz circular entrara y saliera sobre la pared opuesta. Naturalmente, un círculo brillante de luz blanca apareció en la pared.

Newton colóó entonces el prisma en el camino de la luz y el haz se desvió bruscamente. Si supuestamente se incluyó el círculo de luz blanca no apareció ya donde estaba sino que se formaba en un sitio muy diferente de la pared.

Más aún, ya no era un círculo sino un rectángulo unas cinco veces más largo y más ancho. Y lo que es más, habían aparecido colores, los colores del arco iris y en el mismo orden.

¿Era posible que este arco iris fuera un mero espejo de la parte opuesta del tamaño del artículo o de la posición del prisma? Probó con cristales de diferentes tamaños y descubrió que el arco iris artificial podía ser más brillante o más apagado, pero que los colores subsistían, y en el mismo orden. También sabía que si hacía pasar la luz por la parte más gruesa o más fina del prisma. Hizo probó con el prisma hacia de la ventana para que la luz del sol pasara a través de él antes de entrar por el orificio del postigo, y también apareció el arco iris.

Harta entonces, estos experimentos, si bien es cierto que nunca fueron llevados a cabo con algún cuidado sistemático, no aportaron nada verdaderamente

nuevo. Después de toda, los efectos de arco iris habían sido observados durante muchos siglos en los bordes oblicuos de vidrios rotos o limados, y eso era en esencia lo que Newton estaba observando ahora.

Antes, siempre se había pensado, sin embargo, que los efectos eran producidos por el vidrio, y ahora Newton se preguntaba si en realidad era así. El hecho de que al cambiar la posición del vidrio o el espesor del vidrio a través del cual pasaba la luz no modificase de una manera fundamental al arco iris, lechada a pensar que quizá el vidrio no estuviera involucrado en el fenómeno, y que tal vez habría que atribuirlo a la luz misma.

Newton pensó que si colocaba el prisma con la punta para abajo y hacía luego pasar la luz que había pasado a través de él por un segundo prisma orientado en dirección opuesta, es decir, con la punta para arriba, podría ocurrir una de dos cosas:

1) Si era el vidrio el que producía los colores al refractar la luz a través de él, al pasar por el vidrio del segundo prisma, tendría que producirse más color y el rectángulo coloreado de luz se alargaría aún más, y sus colores serían más intensos.

2) Si era solamente la refracción lo que producía los colores y si el vidrio no tenía nada que ver con ella, entonces la segunda refracción, al ser opuesta en dirección a la primera, la anularía,

el rectángulo volvería a ser un círculo y los colores desaparecerían.

Newton realizó la experiencia y la segunda alternativa pareció ser la acertada. La luz, al pasar por los dos prismas que eran idénticos, salvo el hecho de estar orientados en direcciones opuestas, apareció en el mismo punto de la pared en que había aparecido si no hubiera habido en su camino prisma alguno, y formó un brillante círculo de pura luz blanca. (Si Newton hubiera interpuesto una lámina de vidrio blanco entre los prismas habría podido observar que también aparecía en ella el rectángulo de colores.)

Newton llegó entonces a la conclusión de que el vidrio no tenía nada que ver con el color, y que servía simplemente como vehículo para la refracción. Los colores eran producidos por la luz del sol.

Por vez primera en la historia de la humanidad, Newton había demostrado claramente la existencia del color añadido de la materia. Los colores que había producido con su prisma no eran tal o cual sustancia coloreada; tampoco eran aire coloreado. Eran los colores, tan instantánea e inmaterial como la misma luz del sol. Comparados con la gruesa y palpable materia coloreada que la gente había conocido hasta entonces, los colores que Newton había producido eran una especie de fantasmas de color. No se

suspendiendo por lo tanto que la película que adoptó para designar la franja de colores fuera el vocablo latino "spectrum".<sup>1</sup>

Newton continuó sus experimentos haciendo que un haz de luz refractada pasara en un cuartón con un orificio que permitía al paso de sólo una pequeña porción "unicolor" del espectro. A esta posición "unicolor" de la luz del sol le hizo pasar por un segundo prisma y descubrió que aunque se amplaba un tanto, no aparecían colores nuevos. Midió además el grado en el que cada color individual era refractado por el segundo prisma, y descubrió que el rojo era siempre menos refractado que el morado, que a su vez era menos refractado que el amarillo y así sucesivamente.

En conclusión final fue, entonces, que la Luz del Sol (y la luz blanca en general) no era pura sino una mezcla de colores, cada uno de los cuales era mucho más puro que la luz blanca. Ningún color por sí mismo podía aparecer blanco, pero todos juntos, adecuadamente mezclados, darían blanco.

Newton sugirió además que cada color difunde una di-

ferente índole de refracción en el vidrio o en el agua. Al pasar a través de un prisma o de gotitas de agua, los diferentes colores de la luz blanca se refractan en los diferentes componentes coloridos de la luz blanca se desvían en proporciones diferentes y empujados del vidrio o del agua individualmente.

Este fue el golpe de gracia para las concepciones antiguas y medieval de la perturbación de los cielos. El arco iris, un símbolo de la misericordia divina, era puesto de las diosas, que había reducido a un gigantesco espectro producido en el arco iris el efecto simultáneo de incontables prismas distintos (las gotitas de agua).

Para aquellos que, valiendo la visión de la mente humana organizando sus observaciones en leyes naturales y aplicando luego esas leyes naturales para comprender lo que hasta entonces fuera misterioso, el arco iris ha ganado en significación y belleza gracias al descubrimiento de Newton, ya que ahora es posible comprenderlo y apreciarlo realmente en una medida mucho mayor que antes. Pero para los de imaginación más elevada, aquellos que prefieren la simple contemplación a la comprensión, la cualidad de los colores de luz, de los colores que cruzan puentes, a los danzantes cambiantes de dirección de la luz de acuerdo con su sistema natural de ser expresado en una "luz" de un

color matemática, para aquellos, asimismo, será una pérdida.

El anuncio de Newton de sus descubrimientos no fasciné al mundo inmediatamente. Era tan revolucionaria, tan opuesta a todo cuanto se había dado por sentado durante tantos siglos, que muchos dudaron.

Newton enfrentó, por ejemplo, la oposición de Robert Hooke, siete años mayor que él, y con una posición destacada en la Royal Society, que era en aquel entonces el árbitro de la ciencia. Hooke había sido un joven genialísimo. La ciencia había dejado cicatrices en su piel, pero en Oxford tuvo que ganarse la vida sirviendo mesas como camarero, y la explotación y las humillaciones de que fuera víctima en manos de jóvenes aristócratas instantáneamente inferiores a él en inteligencia dejó en su espíritu huellas mucho más profundas que las de la viraje.

A raíz de tales experiencias, al mundo se convirtió en su enemigo. Fue uno de los pensadores científicos más brillantes de su época, y al no haberse dedicado tanto tiempo a regocijarse en una orgía de desfachateada competencia, bien hubiera podido ocupar el segundo lugar después del propio Newton.

Por todo el único hombre de la época cuya altura intelectual no podía igualar, había elegido a Newton como su presa. Hooke aprovechó su posición influyente en la Royal Society para presu-

adir a Newton en todas las oportunidades y en todas las formas posibles. Le acusó de haberse robado sus ideas y con esa acusación casi logró impedir que se publicara la obra magna de Newton, *Principia Mathematica*, en la cual expone las leyes del movimiento y de la gravitación universal. Cuando el libro se publicó finalmente, no fue bajo los auspicios de la Royal Society, sino que fue costado por un amigo personal de Newton, Edmund Halley.

Newton, que desde el punto de vista moral era un coloso, incapaz de ceder abiertamente la oposición (pero a estar dispuesto a usar a sus amigos para ello) y previsor a la autoconservación, fue intimidado y ahogado por el fariseo y envilecido Hooke. De tanto en tanto, Newton (aunque no colaborara en nuevas investigaciones científicas, y con el tiempo fue víctima de perturbaciones mentales).

Sólo luego de la muerte de Hooke, Newton se dispuso a publicar su libro *Optics* en el que organizaba en forma definitiva todos sus descubrimientos en el campo de la óptica. Este libro fue publicado en 1704 en inglés, y en latín, como lo fuera *Principia Mathematica*. Algunos han sugerido que esta fue deliberada, a fin de limitar la difusión de la obra fuera de Inglaterra y reducir así en lo posible las controversias que habría de suscitar, pues Newton, por diversas razo-

<sup>1</sup> También se habla de "espectro" y de "partículas espectrales", pero el nuevo significado de la palabra, el de toda una gama de colores diferentes, fue preservado y se hoy día una palabra usual. Halley, por ejemplo, del "espectro de manchas solares".



nos, se era una figura muy popular en el continente europeo.

La oposición a la sección de la luz blanca como una mezcla de colores se disipó por completo luego de la publicación de Opuscula. Todavía en 1810 una obra alemana titulada Farbenlehre (Ciencia de los colores) declaraba la causa de la luz blanca como luz pura y sin mezcla. Su autor era nada menos que el más grande de todos los poetas alemanes, Johann Wolfgang von Goethe quien, dicho sea de paso, había realizado trabajos científicos dignos de respeto.

Sin embargo, Goethe estaba equivocado, y su libro cayó en el olvido que merece. Sólo se lo recuerda ahora como el último geniale agüero contra la revolución óptica newtoniana.

Sin embargo, queda todavía por señalar un aspecto curioso. Los experimentos ópticos de Newton, como dije antes, no fueron realizados con el exclusivo propósito de explicar el fenómeno del arco iris. Newton estaba mucho más interesado en basar la ma-

nera de corregir un defecto histórico de los telescopios, que desde los tiempos de Galileo, como siglo atrás, habían sido utilizados para estudiar el cielo.

Hacia entonces, todos los telescopios habían utilizado lentes que refractaban la luz y producían imágenes colorea- das. Los experimentos de Newton parecían demostrar que el color era producido inevitablemente por el proceso de formación de espejos de la refracción, y que ningún "telescopio refractante" podría evitar esas colas de color.

Newton concibió entonces la idea de un telescopio que utilizara espejos y reflexión inventando así el "telescopio reflector", que es el que actualmente se utiliza en el campo de la astronómica óptica.

Sin embargo, Newton estaba en un error al pensar que los telescopios refractantes nunca podrían evitar las colas coloradas. En estos maravillosos experimentos ópticos, había descubierto un sorprendente detalle. Pero esa es otra historia.

Título del original en inglés: The Bridge of the Gods.  
Traducción de Estelita Torres

"Desea, tal vez saber..."

## TAL VEZ SABER

Ray Bradbury

Tú no quieres la muerte ni siquiera la muerte, algo más mal, la muerte se lleva en el espacio de pronto saltó un planeta; negro, movimiento, manos sobre los ojos, un silencio espigado hacia atrás de la fuerza que aún queda en los constructores delatoros, la culpa.

La oscuridad. En la oscuridad, el dolor incesante. En el dolor, la pesadilla.

No estaba inconsciente.

"Tu nombre", preguntaron voces ocultas. Sólo, respondió al un resaca de almas. Levantó la cabeza, ¿Arrepentido? gritaron las voces. ¿Arrepentido? gritó él, a solas en la noche. Desconocido, dijeron las voces. Desconocido, bívoro. Las voces se extinguieron poco a poco.

Estaba de pie sobre las despojos de la tierra, que para al recordar como un arrojado montón de hampas.

Saltó el sol y fue la mañana.

Saltó se liberó de la pequeña cámara de aire y respiró lentamente. Seguro. Para saber. El tiempo estaba intacto; el oxígeno respirable. Fucos minutos le bastaron para comprobar que toda oxígeno y vibrar satisfactorios para sus cosas. (Magnífico! Y así... largó entre las despojos, (Milagro de integridad! La noche estaba intacta.

Tendió el mensaje en la mano izquierda. ME ENTERRARÉ PLANTANDO 780. MÁS SURELY. MÁS SURELY.

Pasaron unos minutos; llegó la respuesta: NO!A. MÁS. AGRADECIERON EN FORTUITAMENTE. ENVIARON OTRA MENSAJE LONGITUDINAL. ALGORÁ PLANTARON 181 MÁS OTRAS PLANTACIONES.

Solo ejecutó unos pasos de baile.

Qué sencillo era todo. Uno se escondía. Uno tenía visiones. Uno telegrafaba palabras sencillas. El mundo venía. Volvió gris.

El sol volvió y llegó el calor. No



montañas. No dijeras nada, dijo el cielo. No dijeras nada, dijo el diablo de la nave.

—¡Está bien, entonces! —dijo Sale, vacilante—. ¡A ver si caben!

Todo era normal.

Los galparras empezaban a volar. El cielo era luminoso y sonaba. Sale se miró los dedos y vio la forma en que el sol le ardía en cada uno de los vellos negros. Se miró las manos y el pelo que las cubría. Sobritamente se sentó muy alta porque acababa de tomar una decisión. No voy a decir, pensó. Si tengo pesadillas, ¿para qué dormir? Esta es la solución.

Se fijó una rutina. Desde las manos de la mañana, que eran en ese instante, hasta las diez, en un momento y exploró el plano-tubo. Escarbó en un agujero, con lápiz azulito, todo cuanto vio. Después se sentaría a descansar y abriría una lista de medidas en aceite, y un poco de perfume embudo con buena manzana, y lo pasaría por las ollas de aseo del caso. Desde las diez y treinta hasta las cuatro sería nueve capítulos de La guerra y la paz. Hasta el libro entre los ramos de la mano y lo dejó en un sitio donde más tarde podría encontrarlo. Había además un libro de poemas de T. S. Eliot. Podía ser agradable.

La cosa vendría a las cinco y media y luego, desde las seis hasta las diez, escuchaba programas

de radio transmitidos desde la Tierra. Había una pareja de ratos comediantes que contaban chistes y un pájaro cantor cantando canciones, y las últimas noticias, finalizando todo a la medianoche con el himno de las Naciones Unidas.

Y después?

Se sentó mareado.

Habría soltado hasta el amanecer, pensó. Me quedaré despierto y tomaré más negro caliente y haré solitarios, sin transpirarme, hasta la salida del sol.

¡o, ¡o, ¡o!

—¿Qué dijiste? —se preguntó a sí mismo en voz alta.

—Dijo: "¡o, ¡o!" —respondió—.

En algún momento tendría que dormir.

—Estoy bien despierto —dijo.

—¡Mentiroso! —replicó, distraído de la conversación.

—Me siento perfectamente bien —dijo.

—Hipócrita —replicó.

—No le temo a la noche ni al sueño ni a nada —dijo.

—¡Muy gracioso —le respondió.

Se sentía mal. Necesitaba dormir. Y el hecho de que le tenía el sueño le hacía sentir aún más deseos de acostarse y de cerrar los ojos y de acurrucarse.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó un invisible cercano.

—¡Es a dar un paseo y a observar las rocas y las formaciones geológicas y a probar la buena que es estar vivo —dijo.

—¡Uy Dios! —gritó un vecino—. ¡William Shakespeare!

Agustaría, pensó, tal vez un día, tal vez una noche, pero ¿y la noche siguiente, y la siguiente y la siguiente? ¿Podría mantenerse despierto todo el tiempo, durante seis meses? ¿Hasta que llegase la nave de rescate? ¿Tan bien le iba, tan fuerte?

La respuesta era no.

¿De qué tiempo me quedo? No lo sé. Una vez. Eres maldito. Poco me quedan distintos ¿verdad?

Fuertes. En algún momento tendría que hacerlos fuertes. ¿Debo hacerlos? Tendría que arremeterte, viejo. Así es un italiano.

Se sentó sobre el duro suelo. Sentía un tamaño desde de Boreo. Tenía la sensación de que su vida había terminado y que estaba penetrando en un territorio nuevo, desconocido. Era un día tan angustioso, con esa luz fría, silenciosa, se sentía apuro y bien, uno podría pensar en un día como este, o quizás flores o besar a una mujer o hacer cualquier cosa. Pero en medio de un día tan hermoso se le olvidó las cosas?

A la muerte.

Bueno, no tanto como a eso.

A la muerte, inútil.

Se acordó y cerró los ojos. Estaba cansado de perder el tiempo en sobriedades.

Está bien, pensó, si eso le importa, ven y líbrame. Quiero saber qué es toda esta tortura.

La muerte llegó.

¡¡¡¡¡¡¡, dijo una voz.

¡¡, ¡o, ¡o, dijo Leonard Sale, siempre traidor. Pero qué más?

¡¡¡¡¡¡¡, dijo una voz.

También así lo sé, dijo Leonard Sale con ironía. ¡¡¡¡¡¡¡. ¡¡¡¡¡. La boca le volvió abierta, en una oscura sonrisa.

—¡¡oy Tyll de Babelar, Matador de Hombres!

—¡¡oy Iur de Wendillo, Destructor de Indios!

¿Qué lugar es este?, preguntó Leonard Sale, hablando contra el horror.

—Antiguamente, un planeta poderoso —dijo Tyll de Babelar.

—Antiguamente un lugar de batalla —dijo Iur de Wendillo.

—¡¡¡¡¡ momento —dijo Tyll.

—¡¡¡¡¡ atención —dijo Iur.

—Hasta que tú viniste —dijo Tyll.

—A darme vida otra vez —dijo Iur.

Vosotros estáis muertos, ¡¡¡¡¡¡ Leonard Sale, recordándose de dolor. No solo más que un viento leve.

—¡¡¡¡¡¡ a través de él —

—¡¡ polvorosa a través de él —

De eso se trata entonces, pensó Leonard Sale. Voy a ser un campo de batalla, ¿no es así? ¿Solo amigos?

—¡¡¡¡¡¡¡ —gritó Iur.

—¡¡¡¡¡¡¡¡¡ ¡¡¡¡¡¡¡ —gritó Tyll.

La muerte de Leonard se quedó en una mancha. Se sentía horriblemente mal. ¿Cuánto tiempo había pasado? preguntó.

—¿Cuánto tiempo es el tiempo?

¿Dios maldito!

—Tal vez.  
 ¿Dices millones de años?

—Tal vez.

¿Qué más vosotros? ¿Pensamientos, espíritus, fantasmas?

—Todo eso y más.

¿Inteligencia?

—Precisamente.

¿Cómo habéis sobrevivido?

—Resistiendo, combatiendo el calor, a la falta.

Ahhhhhhhh, sobrevivido otro ejército, lista para la lucha.

—Una vez, en tiempos lejanos, esto fue una comarca fértil, un planeta opulento. Y habéis dos naciones, dos poderosas naciones, gobernadas por dos hombres poderosos ya, hoy. Y él, el que dice llamado Tylo. Y el planeta declinó y se hundió en la nada. Los pueblos y los ejércitos languidecían en el hogar de una gran guerra que había durado ya cinco mil años. Vivíamos vidas largas y sufríamos largos amores, bebíamos copiosamente, dormíamos mucho, peleábamos mucho. Y cuando el planeta murió, nuestros cuerpos se marchitaron, y, sólo en el tiempo, gracias a nuestra sencilla ciencia, logramos sobrevivir.

Sobrevivir, se preguntó Leonard Sale. ¿Pero si no queda nada de vosotros?

—Nuestras mentes, todas, nuestras mentes! ¿Qué es un cuerpo sin una mente?

¿Qué es una mente sin un cuerpo, dijo Leonard Sale. O lo he agarrado en eso, recordadla. ¿Os he agarrado?

—En verdad —dijo la voz

cuad—. La una es inútil sin el otro. Pero supervivencia es supervivencia aunque sea inconscientemente. Las mentes de nuestras naciones, gracias a la ciencia, gracias al alga, sobrevivieron.

¿Pero sin las mentes, sin ojos ni oídos, sin tacto, sin olfato, sin el resto?

—Sí, sin todo eso. Fuimos vapores, meras vapores. Durante largo tiempo. Hasta hoy.

Y ahora ya estoy aquí, pensó Leonard Sale.

—Tú estás aquí —dijo la voz—. Paso día entera en mentes solas. Para daros el cuerpo que nos es necesario.

Yo soy solo uno, pensó Sale.

—Aun así, nos eres útil.

Soy un individuo, pensó Sale. Me olvidé vuestra instrucción.

—La olvidé nuestra instrucción ¿Oíste eso, así? ¡A él le olvidé!

—Como si tuviera algún derecho!

Tened cuidado, los advertió Sale. ¿Parpadearé y desapareceré, fantasma! ¡Me despartaré y os haré!

—¿Pero tendrías que volver a daros, en algún momento? —gritó uno—. Y cuando te hayas dado, nosotros estaremos aquí, esperando, esperando, esperando. Esperando por ti.

¿Qué es lo que queréis?

—Échese. Man. ¿Seamos una voz!

No podréis tener ambas cosas.

—Eso lo decidieron en la pelea.

Una traza ardiente le ataron

al cuello. Como si le hubieran martillado un clavo entre los hemisferios del cerebro.

Ahora estaba terriblemente débil. Huelblemente, magulladamente hecho. El Leonard Sale era el universo de ellos. El mundo de los pensamientos de ellos, el cerebro, el corazón, dividido en dos campos, el de hoy y el de Tylo. ¡Lo estaban usando!

Una gallardeta fuerte entablada en el mundo cielo mental. Escaldas de bronce reflejaron el sol. Aviones de plástico gris surgieron de pronto y se abalaron en crepas masas de espaldas, penachos y trampas.

¡¡¡¡¡¡¡¡ El ataque.

¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡ El momento.

¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡.

Des mil hombres se precipitaron en el pequeño teatro invisible. Des mil hombres lo flotaron en el suavizado globo interno del ojo. Des mil palabras se chocaron entre las pequeñas vitales cosas de la cubera. Des mil palabras enjorrocadas se dispararon. Des mil voces lo silenciaron en las oídas. Ahora ya cuerpo era desgranado y estirado, mordido y empajado grisbe, se notaba, las palabras del mismo arrastraban volando. La algarabía, el griterío a través de cosas planicies de mente y continentes de metafísica, a través de gargantas de venas, desvolviendo montañas de atmósfera, navegando por ríos de inteligencia, legados espíritus y espíritus, un espíritu, dos espíritus, los

espíritus crestedaban al sol, entreduchándose, atacando mil mentes arrobándose, bregando, descomulgándose, reclamándose, usándose. Un momento después, el choque brutal, un ejército contra otro, la embestida, la sangre, el ruido, la furia, la muerte, ¡a la guerra!

Los espíritus sonaban como cascadas.

Desarmado, Sale se levantó de un salto. Estó a caer a través del desierto. Corrió y corrió. Sin detenerse.

Se usó y usó. Sofocó hasta que lo dolieron los pulmones. ¡Después largo y descomulgadamente. Las lágrimas lo corrían por las mejillas.

—¡Dios, Dios, ayúdame, oh, Dios, ayúdame! —dijo.

Todo era otra vez normal.

—Eran las cosas de la tarde. Las cosas estaban calientes por el sol. Sale logró, el sol de un tiempo, hacerse unos hilos de calor, que corrió con normalidad de las uñas.

—Al menos sé contra qué lucha —se dijo—. ¡Oh, Dios, qué mundo! Un mundo en apariencia tan inocente y qué monstruos en su realidad. Es una mente que nadie lo haya explorado antes. ¿O acaso lo exploraron?

Manó la dolorida cubera. Si alguien había caído allí alguna vez, preguntara que fue, lo comprendería. Sol sólo, cosas duras, ni un sólo indicio de hostilidad.

Hasta que uno cerraba los ojos y dejaba la mente en blanco.

Y la noche y las voces y la lluvia y la muerte se acercaban con quietos solapados.

—Sin embargo, ahora estoy muy bien —dijo, con orgullo—. Mira esto. —Extendió la mano. Mediante un supremo esfuerzo de voluntad, ya no temblaba. —Te haré ver qué cosa demonio se me pasó —anunció al cielo incostante—. ¡Eh!

Se golpeó el pecho.

¡Pensar que el pensamiento podía vivir tanto tiempo! Un millón de años, quizá, todas aquellas pensamientos de muerte y tamaño y complejidad, sobrevividos en la insonante pero pensativa atmósfera del planeta, aguardando a un hombre de carne y hueso que los diera un cuerpo a través del cual pudieran manifestarse otra vez en toda su salvaje vitalidad.

Ahora que se sentía mejor, todo era tan absurdo. Lo que tengo que hacer, pensó, es mantenerme despierto durante seis meses. De ese modo ellos no me molestarán. Cuando estoy despierto, soy yo quien duermo. Soy más fuerte que esos monstruos locos y sus ridículas tribas de espaldas blancas y escuderos y trompeteros. Permaneceré despierto.

Pero ¿cómo? se preguntó. ¿Sin drogas intoxicantes? ¿Despierto?

Hay café y medicamentos y libros y mapas.

Pero estoy cansado ahora, tan

cansado, pensó. ¿Podré aguantar?

Porque, si no... siempre me quedo el despierto.

¡A dónde irán a parar esos ridículos monstruos si los disparara una bala al teatro? El mundo entero es un teatro. No, Té, Leonard Salt, eres el pequeño teatro. Y ellos los cómicos. ¿Y qué pensar si disparara una bala entre las bombillas, destruyéndolas sucesivamente, destruyendo telones, estropeando los teatros? Destruir el escenario, los actores, todo si no es prudente.

—Ante todo, debía recibir un nuevo mensaje a Fuertemente. Si había alguna forma de apagar la llegada de la nave de salvamento, quizá podría asistir. De todos modos, debía advertirle qué clase de planeta era este, este lugar de delirio y pesadilla, que parecía tan interesante...

Tantó la barra de la radio durante un minuto. La boca se le endureció. La radio estaba muerta.

Había recibido el mensaje de socorro, recibido la respuesta, y luego se había extinguído.

El infatigable toque de trueno, pensó. Sólo la quechua usa una cosa por hacer. Trueno un día.

Eso fue lo que hizo. Tomó un lápiz amarillo y dibujó un plan de vuelo para seis días.

Esa noche, escribió, leer seis capítulos más de La guerra y la paz. A las cuatro de la mañana, tomar café negro caliente. A las cuatro y cuatro sacar los mapas

de la caja y pagar seis solitarios. Eso lo mantendría ocupado hasta las seis y media cuando... más café. A las siete, escuchar las primeras programaciones matutinas de la Tierra, si el equipo receptor de la radio funcionaba. ¿Funcionará?

Probó el receptor. Estaba muerto.

Bueno, escribió, de las siete a las ocho, cantar todas las canciones que recuerdo, te ofrecían te propio-entretimiento. De las siete a las nueve pensar en Helen King. Recordar a Helen. Recapitulando, pensar en Helen ahora mismo.

Tendió ese punto con el lápiz. Los días restantes fueron dedicados con minucioso detalle.

Revisó el botiquín. Había varios paquetes de tabletas que le ayudaban a mantenerse despierto. Una tableta por hora durante seis días, se sintió muy confiado.

—¡Un paquete de barra en nuestro malvado ojo, lee, Tyllé! Tángi una de las tabletas para no dormir con un herviente café de café negro.

Bueno, entre una cosa y otra, una Toltroy o Balmo, manopla-camata, café, tabletas, cantata, más Toltroy, más Balmo, más manopla-camata, más solitarios. El primer día pasó, y también el segundo y el tercero.

El cuarto día estaba tranquilo, muy quieto, a la sombra de una roca, contando hasta mil de die-

co en cinco, de diez en diez, para mantener la mente ocupada y despierta. Tenía los ojos tan fatigados que debía masajearlos fuertemente con agua fresca. No podía leer, un dolor locamente le punta la cabeza. Estaba tan exhausto que no podía moverse. Las drogas le habían obnubilado la mente. Se parecía a un maniquí de cera rígido de cosas destinadas a mantenerlo en un estado de aterrificada vigilia. Tenía los ojos vidriosos, la lengua en una hermandad pica, sentía los dedos como apriados en apriados guantes de agujas.

Segala con la mirada la carcasa de la manecilla del reloj. Un segundo menos de espera, pensó. Dos segundos, tres segundos, cuatro, cinco, diez, treinta segundos. Un minuto. Una hora menos de tiempo para esperar. ¡Date prisa, oh nervio, en tu solitaria tarea!

Se echó a reír suavemente. ¿Y si se dejaba estar, si se entregaba al sueño, qué pasaría?

Dormir, ah, dormir, tal vez sería. El mundo entero un teatro... ¿Qué, si renunciaba a aquella barra designal, si se rendía?

Durante, el agudo, estirado susur del viento llamando a la batalla.

Se estremeció. La lengua se le agitó dentro de la boca seca, pastosa.

Iorr y Tyllé se preparaban para liberar su inextinguible batalla.





Un relato largo desde el autor de "La danza del sol" y "Damas noticias del Vaticano" encuentran un curioso empleo para los ojos en el tiempo el de ver el pasado como la más reciente de las cosas.

## LA ESTACION HAWKSBILL

Robert Silverberg

### I

BARRETT ERA EL HOMBRE MÁS COMODA de la Estación Hawkbill. Era quien más tiempo había estado allí; quien más había sufrido; quien podía recordar historias más profundas.

Antes del accidente, habría podido vencer a cualquier hombre del lugar. Ahora era un leónido, pero aún conservaba ese aura de poder. Cuando había problemas en la Estación Hawkbill, los llevaban a Barrett. Eso era automático. Barrett era el rey.

Gobernaba todo un reino. En realidad ese reino era el mundo entero, de uno a otro polo, de uno a otro meridiano. Por lo que valere. No valía mucho.

Ahora había de nuevo. Barrett

se incorporó alzando los hombros en un movimiento rápido y ágil que le costaba un instante dolor cuidadosamente ocultado, y caminó hasta la puerta de la cabina arrastrando las pies. La lluvia lo impedimentaba; el golpeo de sus gotas grandes y gruesas contra el techo de estatio corrugado bastaba para volver loco incluso a un Jim Barrett. Abrió la puerta con el codo.

De pie en la entrada, contempló su reino.

Boca abierta, así hasta el horizonte. Un mundo de dolencias que cubría todo. Sobre esa pizarra los crecientemente bailaban y volaban las gotas de lluvia. Nada de árboles. Nada de tierra. Detrás de la chapa de Barrett se extendía el mar, gris e inmenso. Tan-

taba el cielo con gris, una cascada sin lluvia.

Barrett salió corriendo a la lluvia. Ya no le resultaba difícil manejar la motora. Se movió cómodamente, dejando colgar el pie apretado. Había quedado atrapado en una avalancha un año atrás, durante un viaje a la orilla del Mar Interior. Allí en su tierra le habían puesto una prótesis: un tobillo nuevo, un esqueleto nuevo, ligamentos y tendones reparados. Pero su tierra estaba a mil millas de años de distancia, y no podía volver.

La lluvia lo azotaba con fuerza. Barrett era un hombre corpulento, de un metro noventa de alto, con ojos oscuros y hundidos, una nariz prominentemente, un mentón que era un monarca entre mentones. Había pasado ciento veinte kilos en su mejor época, en sus buenos y viejos tiempos de agitador, cuando llevaba estudiantes y preparaba manifestantes. Poco ahora tenía más de sesenta años y empezaba a contraerse un poco, y la piel se le aflojaba alrededor de los ojos donde antes estaban los potentes músculos. Era difícil no adelgazar en la Estación Hawkbill. La comida era nutritiva, pero carecía de intensidad. Frente se aflojaba la carne. Cuarenta kilos de lampiñopelo y picadillo de tritónidos no era lo mismo. Sin embargo, Barrett ya no sentía angustia. Era su otro motivo por el cual los hombres le consideraban el líder. No podía más cura. No se quejaba. Es-

taba resignado a su destino, telecaba el cielo eterno, y por eso podía apelar a los demás a superar ese difícil período de transición que degeneraba el alma.

Apareció una figura corriendo bajo la lluvia. Norte. El jeudo-vista doctrinario con inclinaciones totalitarias. Un hombre pequeño y esbulto que con frecuencia se autodenominaba mensajero cuando había novedades en la Estación. Corría velozmente hacia la chapa de Barrett, resbalando y deslizándose sobre las rocas desmenuadas.

Barrett alzó una mano carnea:

—Con cuidado, Charley. ¡Detápalo o te resguarda el personal!

Norte se detuvo frente a la chapa. La lluvia le había pegado al cráneo las cejas como helado de pelo castaño. Sus ojos tenían la opacidad típica y solitaria del fanatismo. . . o quizá sólo del antigmatismo. Respirando, tambaleándose y moviéndose como un macho enojado, entró en la cabina. Era obvio que había corrido desde el edificio principal de la Estación, atravesando trescientos metros de allí.

—¿Qué había ahí quieto bajo la lluvia? —preguntó Norte.

—Me mojaba —repuso Barrett, entrando dentro—. ¿Qué novedades hay?

—El Martillo está hollando. Recién-cinco vitas.

—¿Cómo sabes que es un cargamento vital?

—Hace media hora que heila. Eso quiere decir que están tomando precauciones. Envían un



nuevo prisionero. De todas maneras, no hay ninguna amenaza de castigos penales.

—Está bien, así —añadió Barrett—. Si es una marea, lo perdemos con Latimer.

Norton consiguió salir una rúa rápida.

—Qué! sea un materialista. Latimer lo enloquecerá con todos esos discursos místicos. Podría ser parecido con Altman.

—¿En media hora estará vestido.

—Altman ya anda en otra cosa —repuso Norton—. Ahora trata de hacer una sujeción de verdad, ya no busca sustitutos de segunda categoría.

—A lo mejor el nuevo no tiene ninguna costilla de más.

—Muy gracioso, Jim —Norton no parecía nada divertido—. ¿Sabes qué quiero que sea el nuevo? Un conservador. Un reaccionario de esas cosas, salido directamente de Adam Smith. Eso es lo que quiero, Dios mío.

—¿No te contentarías con un compañero bolchevique?

—Eso está repleto de bolcheviques —replicó Norton—. De todos los matices, desde rasado claro hasta escarlata intenso. ¿No te parece que ya estoy harto de ellos, de pasar el tiempo por ahí sentado, haciendo tróvicos y discutiendo los méritos relativos de Kerevski y Malandov? Necesito alguien con quien hablar, Jim. Alguien con quien pueda pelear.

—Está bien —dijo Barrett, mientras se ponía su equipo para

Barra—. Veré qué puedo hacer para convencer al Martillo de que te envíe un conservador. Un oportunista discutidor, por ejemplo.

—Barrett se rio—. ¿Quieres que te diga una cosa? Tal vez haya habido una revolución allí desde que recibiste al último prisionero. Tal vez la izquierda está arriba y la derecha abajo, y empiezan a cambiarlos de manera revolucionaria. ¿Qué te parecería eso? ¿Cinco o seis guardias de más, Charley. Material de sobra para debatir sobre economía. Y esto se irá romando de ellos, hasta que sean más que nosotros, y entonces quizá sea un golpe de Estado y se desahaga de todos los aperturas izquierdistas que el antiguo régimen creó aquí, y...

Barrett se interrumpió. Norton lo miró recordando, los ojos detallados muy dilatados, alabandose compulsivamente con la mano el pelo rubio para disimular la turbación.

Barrett se dio cuenta de que acababa de cometer uno de los delitos más atroces posibles en la Estación Hawkehill: se le había ido la lengua. Su armazón no tenía ninguna justificación. Se suponía que él era allí el hombre fuerte, el estabilizador, la persona de integridad, principios y cordón absoluto en quien los demás podían apoyarse. Y de pronto había perdido el control. Era una mala señal. El pie muerto le palpitaba de nuevo, tal vez fuera esa la razón.

—¿Con vos tenía dije?

—Vivamos. ¿Cuál va a ser aquí el nuevo?

Saltaron. La lluvia comenzaba a caer, la tormenta iba hacia el este. En el este, sobre lo que algún día sería el Atlántico, había todavía algunos de nieve gris, pero hacia el oeste aparecía un gris diferente, la tonalidad normal que significaba tiempo seco. Antes de llegar a la Estación, Barrett esperaba encontrar un cielo prácticamente negro, porque habría nevos particulares de polvo donde pudieran volar la luz y volver sobre las cosas. Pero el cielo parecía ser de un beige nebuloso. En fin, las teorías...

Camaronas hacia el edificio principal, entre la lluvia cada vez más torra. Norton se adaptó al paso cojeante de Barrett, y deto, cogiéndolo fuertemente la maneta, hacia cuanto podía por evitar que la respuesta los retrasara. Casi perdió pie dos veces, y se esforzó por confundirse a Norton.

La Estación Hawkehill se encontraba ante ellos.

Cabría tres hectáreas. En el centro de todo estaba el edificio principal, una vasta aljaba que contenía la mayor parte de los cuartos y previsiones. A intervalos muy espaciados, alineados sobre el canal surco como grandes y enormes hongos verdes, se veían las pequeñas plétiomas de las viviendas individualizadas. Algunas, como la de Barrett, estaban protegidas con planes de estado muchas de los cuartos que lega-

ban de allí. Otras no tenían protección, y se encontraban tal como habían salido de la boca del expulser.

Erán unas colosales viviendas. En ese momento había allí ciento cuarenta personas, muy cerca del máximo de toda la historia de la Estación Hawkehill. Hasta donde que desde allí se recibían materiales para construir casas, por eso todos los cuartos legales tenían que compartir las que había. Barrett y todos aquellos cuyo edificio había comenzado antes de 2014 tenían el privilegio de viviendas privadas, si querían. (Algunos no desearían estar solos; Barrett lo consideraba necesario para preservar su autoridad.) A medida que llegaban nuevos destruidos, se instalaban con los que hasta entonces vivían solos, en orden inverso de antigüedad. Ya la mayoría de los destruidos de 2013 habían tenido que aceptar reducciones. Una decena más de deportados, y el grupo anterior al año 2014 empezaría a recibir también. Claro está que había muertos por todas partes, y muchos más iban tener compañía en sus viviendas.

Barrett pensaba, sin embargo, que un hombre sentenciado a prisión perpetua debe tener derecho a la libertad, si lo desea. Uno de sus mayores problemas era creer que la gente se descomponía por falta de intimidad. La privacidad podía ser intolerable en un lugar como ese.

Norton señaló hacia la gran

béveda verde y brillante del edificio principal.

—¡Allí entra Akman. Y Fredgo. Y Harcbott. ¡Algo pasó!

Barrett apremió el paso. Algunos de los hombres que entraban en el edificio vieron aparecer un corpulenta figura sobre las escalas y lo saludaron con ademanes. Barrett levantó una mano oscura en respuesta. Era una creaciona creciente. Cada vez que llegaba una nueva, era un gran acontecimiento en la Estación. Ya había seis nuevas que no venían nada. Era la interrupción más prolongada que recordaba. Había creyendo a parcos que no llegaría nadie más, nunca.

Eso sería una verdadera catástrofe. Las nuevas prisioneros eran lo único que separaba a los antiguos reclusos de la desmembrada trama oscura del futuro, noticias del mundo que habían dejado para siempre. Contribuían con nuevas personalidades a un grupo siempre en peligro de extinción.

Y Barrett sabía que algunos hombres —él no era uno de ellos— vivían en la oscura esperanza de que la próxima persona en llegar resultara ser una mujer.

Por eso acordó todo el edificio principal cuando el Martillo comenzaba a brillar. Barrett bajó corriendo por el sendero. La lluvia cayó en el preciso momento en que llegaba a la entrada.

Adentro, cientos o cientos residentes de la Estación colaban la sala del Martillo; así todos los que estaban vivos y mentalmente

sanos y talada la bastante despiertos como para mostrar curiosidad respecto de un recién llegado. Salubaron con gritos a Barrett, quien movió la cabeza, sonrió, y empezó las preguntas con débiles asistencias.

—¿Quién está esta vez, Jim?

—¿Quién una muchacha, ¿eh? De unos diecisiete años, rubia, y con formas de...

—Por lo menos espero que sepa jugar al ajedrez aristocrático.

—¡Miser! ¡El bello aumento! Barrett, como los demás, miró fijamente al Martillo. El complejo e intrincado conjunto de insensibles instrumentos llenaba un viva resplandor rojo oscura, que simbolizaba la interrupción de quién sabe cuántos kilómetros involucrados en la otra punta de la línea. El resplandor ya comenzaba a extenderse al Yunque, una ancha línea de aluminio sobre la cual caía todo lo que ocurría desde el futuro. Un instante más...

—¿Condiciones Carroel! —exclamó alguien de pronto.— ¡Ahí viene!

## II

Mil millones de años más adelante, en la Era temporal, la energía transmitida el verdadero Martillo, del cual se no era sino una réplica parcial. En el centro del verdadero Yunque, un hombre —o tal vez otra cosa, tal vez una revesa de sus ideas— en-

peraba a que el Campo Magnético Harcbott lo creciera y lo lanzara al Paleozoico. El efecto del viaje temporal se parecía mucho al de ser golpeado con un martillo gigantesco y clavado a través de las paredes del continente: de aquí las metáforas predominantemente sobre las partes de la máquina.

Instalar la Estación Harcbott había sido una larga y lenta labor. Primero, el Martillo había abierto una senda y enviado al núcleo de la estación receptora. Como no había a mano ninguna estación receptora para recibir la estación receptora, algo se había desperdiciado. No era necesario tener un Martillo y un Yunque en el extremo receptor, salvo como control fino para impedir la dispersión temporal; sin ese equipo, el campo magnético se desfilaba un poco, y era posible discernir eventos consecutivos sobre un lapso de veinte o treinta años. Alrededor de la Estación Harcbott abundaban esos desechos temporales, cosas destinadas a la destrucción original, pero que debido a imperfecciones de sistema en época anterior al Martillo, habían aterrizado a un par de décadas (y a sim o docenas kilómetros) del sitio propuesto.

Por a tales dificultades, finalmente habían enviado al sitio temporal central elementos suficientes como para construir una estación receptora. Entonces habían llegado los primeros prisioneros, éstos eran técnicos que

salían desde el Martillo y el Yunque. Ellos habían cumplido la tarea. Después de eso, equipar la Estación Harcbott fue fácil.

Ahora el Martillo brillaba, lo cual quería decir que había activado el Campo Magnético Harcbott en el extremo receptor, cerca del 2020 o 2030 A.C. Todas las transmisiones se efectuaban desde allí. Todas las recepciones se hacían aquí. No funcionaba en el otro sentido. Nadie sabía realmente por qué, aunque había abstrusas especulaciones superficialmente profundas acerca de las reglas de la entropía.

Habría un mundo quejumbroso y estúpido cuando los hombres del Campo Magnético Harcbott comenzaron a tomar la atmósfera de la habitación. Después vino el separado trazo de la explosión causada por una imperfecta recomposición de la cantidad de aire que se retiraba de esa era y la cantidad que se introducía en ella. Y entonces, bruscamente, un hombre cayó del Martillo y quedó tendido, aturdido e inerte, sobre el resplandor Yunque.

El hombre era aparentemente joven, lo cual sorprendió considerablemente a Barrett. Parecía tener bastante menos de treinta años. Por lo general, sólo enviaban a la Estación Harcbott hombres maduros. Inconspicuo a quienes había que separar de la humanidad por el bien de todos. El más joven de los que allí vivían había tenido casi cincuenta años al llegar. Ver a ese muchach-



—Doc, este es Lew Hahn—dijo Barrett—. Sufrir convulsiones temporales... Avéglalo.

Quemada sacó al recién llegado a un lecho de telegrafina y le bajó el cierre del jersey azul. Después cobijó mano al estuche medicinal. Ahora la Estación Haskett está bien equipada para casi todas las emergencias médicas. La gente de All se queda en habitaciones, y habla cuando toda clase de cosas están, tales como anestésicos, píldoras quirúrgicas, medicinas y muchas curaciones. Barrett recordaba una época, al comienzo, cuando allí había poco más que las cañerías viejas, y si alguien se lastimaba, se veía en graves dificultades.

—Ya había un trago—dijo Barrett.

—Me doy cuenta—murmuró Quemada, recordándose el líquido recordado y amargo.

El pequeño diagnóstico del lecho había empezado a funcionar rápidamente, proyectando información acerca de la posición sanguínea de Hahn, su recuento de potasio, índice de dilatación y mucho más. Quemada parecía comprender la ordenada de datos. Al cabo de un momento le dijo a Hahn:

—No está realmente enfermo, ¿verdad? Un poco trastornado, nada más. No le culpo la culpa. Mire... le pondré una simple inyección para calmarme los nervios, y quedará bien. Tan bien como cualquier de nosotros.

Aplicó un tubo a la carótida

de Hahn y apretó la punta con el pulgar. Chirrió el instrumento, y un compuesto transglutínico penetró en la corriente sanguínea de Hahn, que se entorpeció.

—Que descanse cinco minutos—dijo Quemada—. Entonces ya habrá pasado el mal rato.

Dejólo a Hahn en la cama, adonde de la enfermería. En el pasillo, Barrett miró al pequeño enfermero y preguntó:

—¿Qué informes hay sobre Valdeto?

Valdeto había estado en colapso psicótico varias semanas atrás. Quemada lo mantenía despierto y pasaba la retrovisión lentamente a la realidad de la Estación Haskett.

Enojadosos de hombres, replicó:

—La situación es la misma. Esta mañana lo dejé salir del sofá hipotético, y estaba igual que antes.

—¿Crees que reaccionará?

—Lo dudo. Se ha desmoronado definitivamente. Podría reconvertirse All, pero...

—Si—dijo Barrett. Si pudieras hacer All, Valdeto no se habría desmoronado—. Mantévalo contento entonces. Si no puede estar cuerdo, por lo menos puede estar cómodo. ¿Y Álvarez? ¿Sigue al tanto?

—Está armando una crisis.

—Eso me dijo Charley Norton. ¿Qué utilidad? Trápanlo, hombre...

—Le di probables palcoscosos. Elegidos principalmente por el color. Tiene unos helios

dos compuestos de color verde, un poquito de alcohol etílico y así o siete cosas más, y junté un poco de tierra y agregé muchas sustancias nuevas, y está oscilando todo eso, según dice, con fuerza de mujer, y expresando a que un tuyo le calga así.

—En otras palabras, se ha vuelto loco—dijo Barrett.

—Cree que se puede prepa-  
rar un río riesgo de experimentar... Pero por lo menos ya no molestó a sus amigos. Según recuerdo, tú no creíste que se hace demasiado dura mucho más.

—Na, pero tampoco creí que perdiera la claveta. Si un hombre necesita eso y puede encontrar aquí algunos compañeros complacientes, no tengo inconveniente. Pero cuando empieza a controlar una mujer con un poco de tierra y carne de braxilipodo pedida, significa que lo hemos perdido.

Los sucesos que de Quemada empezaron.

—Todos pasaremos por ese tipo o temprano, Jim.

—Ya no he pasado. Tú tampoco.

—Duras tiempo. Haré sólo uno más que estoy aquí.

—Algunos ha estado aquí antes que Valdeto, como tú.

—Algunos reparaciones se agitan más rápido que otros—dijo Quemada—. Aquí viene nuestro nuevo amigo...

Hahn había sido de la enfermería para reunirse con ella. Tenía se lo estaba pillado, pero

sus ojos ya no expresaban terror. Esperaba a adaptarse a la intangibilidad.

—No puede dejar de oír la conversación—dijo—. ¿Hay mucho trastorno mental aquí?

—Algunos no han podido encontrar nada para hacer aquí que tenga sentido—expuso Barrett—. En los cuartos... Quemada tiene su trabajo médico. Yo tengo tareas administrativas. Hay dos o tres que estudian la vida marítima. Tenemos un periódico para mantener ocupados a algunos. Pero siempre están los que se dejan caer en la descomposición, y se desmorona. Cuando que truchas aquí truchas o cuando mantos aquí truchas, sobra decirlo nosotros residentes.

—No está tan mal—dijo Hahn—. Teniendo en cuenta la inestabilidad inherente de los hombres que hacen crímenes aquí, y las poco habituales condiciones de vida.

—Oiga, qué bien se expresa usted de pronto, ¿eh? ¿Qué habla en esa inercia que le pone Doc Quemada?

—No quite parecer arrogante—se apresuró a decir Hahn—. Tal vez me haya amado un poco demasiado. Quise decir...

—No haga caso. ¿Qué hacía All, de todos modos?

—Era una especie de economista.

—Justo lo que nos hace falta—dijo Quemada—. Puede ayudarnos a resolver nuestros problemas de balanza de pagos.

—Si era economista, aquí tendrías ocasiones de salir para discutir —dijo Barrett—. Esto está lleno de técnicos de la economía que querían exponer sus ideas... Y algunos de ellos están casi ciegos. Veniga conmigo, le mostraré el sitio donde se a alojara.

## III

La noche desde el edificio principal hasta la casa de Donald Latimer era principalmente oscura abajo, cosa que Barrett agradeció aunque sabía que poco después tendría que subir el trípode de regreso a esta altura. La casa de Latimer estaba situada en el lado este de la Estación, dando al cofre. Caminaron hacia ella lentamente. Hales estaba preocupado por la pluma roja de Barrett, y a éste le irritaba el empujón cuidadoso de Hales por mantenerse al paso suyo.

Era Hales lo desconcertaba. Estaba lleno de aparatos contradictorios se presentaba allí con el peor caso de conexión de lengua que Barrett había visto jamás, y luego se mezclaba con notable seguridad: potencia débil y tirada, pero escuchaba sólo los sucesos debajo de la ropa, ofrecía una apariencia exterior de incompetencia, pero hablaba con perfecto control. Barrett se preguntaba qué habría hecho aquel joven para ganarse el viaje a la

Estación Havelock, pero más tarde habría tiempo para una clase de investigaciones. Todo el tiempo del mundo.

—¿No todo así? ¿Dios y cómo? —preguntó Hales.

—Nada más. La vida terrestre no ha surgido todavía. Todo es maravillosamente simple ¿verdad? No hay desarrollo ni expansión arriba... Hay un poco de magma que sube a la tierra, pero no mucho.

—¿Y en el mar? ¿Dispersión que nadan?

Barrett asió con la cabeza.

—No habrá vertebrados hasta dentro de millones de años... Todavía no tenemos pescado, mucho menos reptiles. No podemos ofrecer más que lo que vept. Algunos crustáceos, unos unos grandes que parecen calamares, y trilobitos, seleccionados mil millones de especies distintas de trilobitos. Tenemos a un hombre llamado Radiger [el que le dio el trabajo] que los colecciona. Está escribiendo el texto definitivo en el mundo sobre trilobitos.

—Pero nadie lo leerá nunca... en el futuro.

—Ah, decimos nosotros.

—Ah.

—Es una pena —dijo Barrett—. La película a Radiger que escribiera su libro sobre las vidas de sus imperadores, para que existiera la esperanza de que lo encontrarán los paleontólogos. Pero dice que las probabilidades son desfavorables... Mi millón de años de geología concier-

nía sus líneas antes de que alguien las pueda encontrar.

Hales objetó.

—¿Por qué el aire tiene un olor tan sucio?

—Es una mezcla diferente —expuso Barrett—. La hemos analizada... Más oxígeno, un poco menos de oxígeno, casi nada de CO<sub>2</sub>. Pero no es por eso que se olo el polvo extraño. Resulta que es sólo polvo, incontestado por las exhalaciones de la vida. Nadie ha estado respirando en él, salvo nosotros, y en unos tantos como para que importe.

Suspirando, Hales dijo:

—Me siento un poco estafado; esta está tan desierta. Esperaba encontrar maravillosas junglas de plantas exóticas y piróclitas sacando el aire, y quizá en tres semanas arremetiendo contra una roca de la Estación.

—No hay junglas. Ni piróclitas. Ni cosas. No hizo usted sus deberes.

—Disculpe.

—Esto es fuera del período climático. Vela marítima exactamente.

—Puedo muy amablemente elegir una ma tan pacífica como viajémos para praxo políticos —dijo Hales—. Tenía que hacer poros dientes y garra.

—¿Amables en cambio? Bueno, una era donde no pudimos causar ningún daño. Eso significa lanzarnos antes de la solución de la mancha, por el sono nos apodivaríamos neci-

damente del antepasado de toda la humanidad y la civilización. Y ya que estaban, decidieron deportarnos en un pasado tan lejano que estaríamos más allá de toda vida terrestre, basándose en la teoría de que quizá incluso el dióxido de carbono es capaz de disociarse, eso podía afectar todo el curso del futuro.

—¿No les importa que atrapemos unos cuantos trilobitos?

—Evidentemente no lo consideramos peligroso —dijo Barrett—. Y parece que tenía razón.

La Estación Havelock está aquí desde hace veintinueve años, y se parece que son lugares inalterados en la historia futura de ninguna manera memorable. Claro que no vivían algunos sujetos.

—¿Por qué?

—Para que no empezemos a reproducirnos y a perpetuar. Eso es lo que considero las líneas temporales. ¿Una cruzada humana en el año milésimo antes de Cristo que haya tenido todo su tiempo para evolucionar, morir y crecer? Cuando llegas al siglo veintiuno, nuestros descendientes morirían el mundo, y el otro tipo de ser humano estaría probablemente un nivelándose personal, y se habría creado una paradoja de las que uno podría concebir. Así que no vivían sujetos aquí. Hay también un cumplimiento circular para nosotros, pero queda a unos cuantos cientos de millones de años más adelante, a fines del Período Silúrico, y nunca nos encontraríamos

con ellas. Por eso Ned Altman está tratando de armar una mujer con tierra y huesos.

—Con menos líos Dios a Adán.

—Altman no es Dios —repuso Barrett—. Eso es la raíz de todo su problema. Miso, era en la cama sola, donde vivió usted. Le pegó con Don Latimer. Es una persona muy sensible, interesante, agradable. Antes de dedicarse a la política fue físico; hace unos doce años que está aquí, y conviene que lo prevenga de qué eficientemente ha elaborado una fuente y un gaso disparada ve a la máquina. El tipo con quien compartió la vivacidad se murió el año pasado, y desde entonces viene tratando de encontrar algún modo de salir de aquí mediante poderes extraterrestres.

—¿Lo hace en serio?

—Me temo que sí... Y procuran tenerlo en cuenta. Todos nos llamamos la corriente aquí en la Estación Hawkehill, es el único modo de evitar una patencia general. Probablemente Latimer trate de hacerlo colaborar en un proyecto. Si no le gusta vivir con él, puede arreglarlo un traslado. Pero quiero ver cómo reaccionara hacia algunos nuevos en la Estación. Me agradaría que le dé una oportunidad.

—Puede que hasta le ayude a encontrar su perfil patético.

—Si lo encuentran, Mivense

—dijo Barrett, y ambos rieron. Después llamó a la puerta de Latimer. No había respuesta; al cabo de un momento, Barrett abrió.

No había correjes en la Estación Hawkehill.

Sentado en medio del desayuno de pan de piedra, Latimer se distrajo, con las piernas cruzadas. Era un hombre delgado, de rostro anaco, que recibía siempre a su primer viejo. En ese momento daba la impresión de encontrarse a un millón de kilómetros de distancia. Había un encogido de hombros; Barrett se levantó un día de a las libras. Aguardaron en silencio unos minutos; después Latimer dio señales de estar al nivel del mar.

Se puso de pie con un solo movimiento fluido, sin emplear la mano. Con voz baja y cortés, le dijo a Hicks:

—¿Acaba de llegar?

—Hace abededor de una hora. Soy Lew Hahn.

—Demid Latimer. Lanzará temas que conozco en este momento. Pero quieto no trabajará; que tal vez esta legal detención mucho tiempo más.

—Don. Lew compartió la vivacidad contigo —dijo Barrett—. Como que se levanta bien. En recordación en el 2020, hasta que le dieron con el Martillo.

—¿Desde cuándo? —preguntó

Latimer, cuyos ojos se cerraron.

—En San Francisco.

El esquilador se extinguió. Le hizo decir:

—¿Estuvo alguna vez en Toronto? Yo soy de allá. Tenga un hijo. Ahora debe tener voluntad a los. Nella Latimer. Me preguntaba si la conocía.

—No, lo siento.

—No era muy probable. Pero me encantaría saber qué tipo de mujer llegó a ser. La última vez que la vi era una niña... Ahora supongo que estará casada. ¿Opina la haya conocido a la otra Estación. Nella Latimer... ¿Juro que no la conocía?

Barrett los dejó juntos. Al parecer, se llevarían bien. Faltó a Latimer que llevara a Hicks al edificio principal a la hora de comer, para presentarlo, y más. Había recomendado una helada de fresas. Barrett subió la colina lenta y pesadamente. Le había restringido ser cómo se apoyaba la luz en los ojos de Latimer cuando Hahn dijo no conocer a su hijo. Los más de las veces, los hombres de la Estación Hawkehill procuraban no hablar de sus familias, prefiriendo mantener bien controlados sus recuerdos torturados. Pero la llegada de nuevos prisioneros solía conocer los antiguos vínculos. Nunca había notado de los pacientes, al modo de obtenerlos, porque desde la Estación era imposible comunicarse con alguien de allá. No había modo de pedir la foto de un ser querido, ni de solicitar medicinas específicas, ni de obtener determinados líos ni una grabación deseada. De una manera indolente, impersonal, recibían desde allá a la Estación cosas periódicas de cosas que se consideraban útiles, material de lectura, periódicos medicinales, opio puro, alimentos. A veces

asombaban con su generosidad, como cuando enviaron un cajón de Bergatta, o una caja de carretas sonaristas, o un resurgidor energético. Habitualmente esos regalos indicaban una breve distensión en la situación mensual, lo cual podía producir un fugaz deseo de ser bendecidos con los muchachos de la Estación Hawkehill. Pero tenía un método en cuanto a enviar información a las pacientes. O estos periódicos contemporáneos. Bajo una, si una multidimensional de una hija a quien jamás se volvería a ver, no.

Por cuanto allá se sabía, se quedaba más vivo en la Estación Hawkehill. Una plaga podía haberla eliminado a todos diez años atrás, pero no había modo de establecerlo. Por eso seguían llegando las venetas. El gobierno funcionaba con proficiente continuidad. El gobierno podía ser cualquier otra cosa, pero no maliciosa. Había otras tipos de totalitarismo, aparte de la tiranía represiva y sangrienta.

Determinados en lo alto de la colina, Barrett recibió el llamado. Naturalmente, ya no encontraba ningún otro caso en el aire extraño. Se levantó con el los pulmones. De nuevo creó la lluvia. Atravesando el gris llegó la luz solar, que hizo chispear las rocas desmenuadas. Barrett cerró un momento los ojos, se apoyó en la manilla y vio, como en una pantalla interior, las cosas con muchos más que tropaban fuera del mar, y las alfombras de margo que se

extensas, y las plantas sin flores que se desmenuzaban y desdoblaban sus escamas raras, y la opaca piel de anfibios extraños colgando en las costas, y el calor tropical de la era carbonífera descendiendo sobre el mundo como un genio.

Todo eso estaba en el futuro lejano. Dinamoceras. Pequeñas mamíferas que chababan. Pterosaurios en las selvas de Java. Sargos y Anfibios y Añus y Ovídis Wright y Thomas Edison y Edmond Hawkehill. Finalmente, un gobierno benigno que considerara tan intolerables las ideas de algunos hombres que al único lugar seguro a donde desenterrarlos era en pedruzcos en las montañas del tiempo. El gobierno era demasiado civilizado para eliminar hombres por actividades subversivas, y demasiado rebelde para dejarlos vivos. Truanta dancista la muerte en vida de la Estación Hawkehill. Dos mil millones de años de tiempo intolerable era un aislamiento adecuado hasta para la idea más diabólica.

Barrett recorrió con esfuerzo el resto del camino hacia su celda. Hacía tiempo que había aprendido a aceptar su suerte, pero aceptar se le antojaba una totalitaria otra cuestión. Ya no lo deturba el talidí deseo de encontrar un modo de recobrar la libertad de su propia época, pero aceptaba con toda su alma que los ingenuos administradores de Añus creaban un equipo que le permitiera reconstruir su piel.

Estando en su celda, atrajo a un lado la manta y se dejó caer instantáneamente en el catre. Cuando llegó a la Estación Hawkehill, no había jergones. Había llegado allí durante el cuarto año de vida de la Estación, cuando aún había una decena de edificios y pocas cosas en cuanto a comodidades humanas. Era un lugar miserable entonces, pero la constante acumulación de crímenes desde Añus lo había hecho relativamente tolerable. De los más o menos cincuenta prisioneros que habían precedido a Barrett en Hawkehill, ninguno quedaba vivo. Hacía casi diez años que él era el más antiguo. Aquí al tiempo vivaban en condiciones miserables con el tiempo de Añus, el Martillo estaba labando en su punto del tiempo, de modo que Habo, llegado a Hawkehill más de veinte años después de Barrett, había partido desde un año de Añus cuando más de veinte años después del momento en que fue expulso Barrett. Esto no había tenido tiempo para preparar tan pronto a respuesta a Habo noticias del 2029. Ya se enteraría de cuanto necesitaba saber, y bien poca satisfacción le traería, de todos modos.

Echó mano a un libro, pero la fatiga de andar cojeando por la Estación había sido mayor de lo que pensaba. Miró un momento la página, después dejó el libro, cerró los ojos y dormió.

## IV

Una noche, como todas las noches, los habitantes de la Estación Hawkehill se reunieron en el edificio principal para comer y entretenerse. No era obligatoria, y algunos optaban por comer solos. Pero esa noche casi todos los que estaban en plena posición de sus facultades se encontraban allí, porque era una de las poco frecuentes ocasiones en que llegaba alguien que podía contestar preguntas acerca del mundo de los hombres.

Habo parecía un poco incómodo ante esa tenue reticencia. Debía la impresión de que era básicamente tímido, y que le costaba aceptar toda la asociación que ahora se le daba. Allí estaba sentado en medio del grupo, cientos de hombres vivos y treinta años mayores que él se le abalanzaban con sus preguntas, un objeto que no gozaba con la vida.

Sentado a un lado, Barrett participaba poco en la discusión. Su curiosidad respecto de los cambios ideológicos Añus había desaparecido mucho tiempo atrás. Le resultaba difícil comprender que alguna vez se hubiera interesado tan apasionadamente en conceptos tales como socialismo, dictadura del proletariado y salario anual garantizado, hasta el punto de estar dispuesto a arrojarse a muerte por ellos. Su preocupación por la humanidad no había desaparecido solamente el grado

de su interés por los problemas políticos del siglo veintiuno. Después de veinte años en la Estación Hawkehill, Añus no había vuelto igual para Jim Barrett, cuyos energías se centraban ahora en los crímenes y problemas de lo que ya consideraba como "su" época: fines del período carbonífero.

Por eso escuchaba, pero atendiendo más a lo que la conversación revelaba acerca de Lew Habo que a lo que revelaba sobre lo que en ese momento sucedía Añus. Y lo que revelaba sobre Lew Habo era cuestión principalmente de lo que no era sucedido.

Habo no decía gran cosa. Parecía chabir y aquejado.

Charlie Norton quiso saber: —¿No hay todavía noticias de que se debata el consociacionismo farruco? Me refiero a que hace treinta años que proponen el fin del gobierno fuerte, y el gobierno se hace cada vez más fuerte.

Habo se movió inquieto en la silla.

—Siguen prometiéndolo. En cuanto se establezcan las condiciones...

—¿O sea católico?

—No sé. Supongo que es para chabir.

—¿Y qué hay de la Comuna Marsiana? —preguntó Sid Bitchell—. ¿Han infiltrado agentes en la Tierra?

—Eso mismo no sé decirlo.

—¿Qué pasa con el Producto Global Bruto? —preguntó Mel Radgate—. ¿Qué curva tiene?

¿Todavía está involucrada o ha empezado a bajar?

—Habría que decirlo.

—¿Cero que está descendiendo lentamente?

—¿Cuál es el índice? —preguntó Radiger—. Según las últimas cifras que tenemos, para el 25, estaba en 606. Pero en cuatro años...

—Ahora podría ser alrededor de 575 —dijo Hahn.

A Barrett le pareció un poco raro, que un economista fuera tan vago en cuanto a la estadística económica básica. Claro que no sabía cuánto tiempo había estado preso Hahn antes de recibir el Marfil. Quizá simplemente no conociera las cifras recientes.

Charlie Norton quiso averiguar algunas cosas sobre los desechos jurídicos de los ciudadanos. Hahn no pudo decir nada. Radiger preguntó antes el impacto del control selectivo —si el gobierno seguramente conservador de los liberales seguiría obligando a los ciudadanos a manejar el clima programado— y Hahn se estuvo seguro. Tampoco pudo decir mucho, con exactitud, sobre las funciones del poder judicial, si es que había recibido algo de la fuerza que le arrebataron la Ley Habitante del 18. No tuvo comentario alguno que ofrecer en cuanto al aspecto tema del control de población. A decir verdad, su desempeño fue notable por su falta de información sólida.

—No dice gran cosa de nada

—recogió Charlie Norton al silencioso Barrett—. Está poniendo una cortina de humo... Pero o no dice lo que sabe, o no sabe.

—¿Qué es esa muy despierto —sugirió Barrett.

—¿Qué hizo para estar aquí? Debe haber estado comprometido a fondo en algo, de alguna forma... Pero no es la nota, ¡just! Es un chico inteligente, pero no parece conectado con nada de lo que alguna vez nos importó a cualquiera de nosotros.

Don Quasada ofreció una idea:

—Supongamos que no es político... Supongamos que ahora está enviando otro tipo de prisioneros. Un asesino con hacha, o algo así. Un muchacho travieso que trasquilamente hizo quindillo a dieciséis personas un domingo por la mañana. Es natural que no le interesen la política.

Barrett meneó la cabeza.

—Eso lo dudo. Cero que está porque es fraude o está haciendo. Recorrería que es su primer noche aquí. Ambos de hecho a patadas de su propio mundo, y ya no puede regresar. No sé cómo que quisí dejar allí una esposa y un hijo. Es posible que esta noche le importe un bledo estar allí sentada, largando la última novedad en filosofía política abstracta, cuando le único que desea es ir a dormir hasta hartarse. Ojalá que debiéramos dejarlo en paz.

Quasada y Norton parecían convencidos, y asintieron con movimientos de cabeza, pero Ba-

rrett no expresó lo que pensaba a los ocupantes de la sala. Dejó que el interrogatorio de Hahn continuara hasta que se agotó el té solo. Los prisioneros comenzaron a alejarse. Dos o tres fueron al fondo de la sala para convertir las sogas gruesas de Hahn en el artículo principal de la próxima edición mensual del Times de la Enciclopedia Hawkbill. Radiger se rebulló a una mesa para asociar que esa noche saldría a present, y cuatro hombres pidieron acompañamiento.

Charlie Norton fue en busca de su interlocutor habitual para debates, el sibilista Ken Boland, y rebulló, como una herida infectada, en discusión sobre plasmáticamente a caso, que los albría a los dos casi hasta el punto de hacerlos gritar. Comenzaron las partidas nocturnas de ajedrez selectivo. Los sibilistas que habían hecho sus intrincadas visitas al edificio principal simplemente para ver al asistente legal, volvieron a sus cuanchar para hacer lo que hacían en ellas casi todas las noches.

Hahn se quedó apartado, nervioso e insobrio. Barrett se lo acordó.

—¿Porque que en realidad no quería que lo interrogaran esta noche —le dijo.

—Lamento no haber podido ser más informativo. Es que hay un tiempo que estoy fuera de circulación.

—Pero fue políticamente activo, ¿no es así?

—Oh, claro. Fue bastante —repuso Hahn, pastándose la lengua por los labios—. ¿Y qué ocurre ahora?

—Nada en particular. Aquí no tenemos actividades organizadas. Dos o tres vamos a ver a los enfermos. ¿Quieres acompañarnos?

—¿Qué incluye eso? —preguntó Hahn.

—Visitar a algunos de los presos casos... Puede ser triste, pero se obtiene una vista panorámica de la Estación Hawkbill.

—Me gustaría ir.

Barrett hizo una nota a Quasada y los tres salieron del edificio. Hahn se retiró de todas las noches para Barrett, aunque le resultaba difícil desde que se lastimara el pie. Antes de acostarse visitaba a los locos, a los psiquiátricos y los catatónicos, los arropados, los desvencados que pasaban horas solas y tristes en la mente pero por la mañana. Algunos tenía que demostrarles que los quería. Barrett lo hacía.

Ahora, Hahn miró Haneson a la luz. Esa noche estaba casi llena, y brillaba como una moneda herida, la cara de color rubicundo claro y casi sin marcas.

—¿Qué diferente parece usted —dijo Hahn—. Los críticos... ¿cómo está los críticos?

—En su mayor parte no se han formado todavía —repuso Barrett—. Mil millones de años es mucho tiempo hasta para la luna. La mayoría de sus conexiones no han tenido lugar todavía. Además, creemos posible que sin



sempa atrevera. Por con sus pare-  
ce rosada. Claro que de Allá no  
se han movido en cuestiones  
que cosa de equipo astronómico.  
Podemos apostar, nada más.

Hahn empezó a decir algo, pe-  
ro se interrumpió después de  
barbotar una sílaba.

—No se distraiga... ¿Qué ha  
a decir? —preguntó Casado.

Hahn sólo balbuceó de al-  
mitir.

—Que deberían volar hasta allí  
y ver... Me pareció raro que se  
pasaran tantas cosas aquí tenien-  
doles sobre sí la luna tiene at-  
ractiva o no, sin haber ido a  
contárselo al más allá. Pero  
se dividió.

—Sería útil recibir una nave  
desde Allá —dijo Barrett—. Pe-  
ro no se les ha ocurrido... Le  
íntico que podemos hacer es en-  
trar. La luna es un sitio popular  
en el 20°

—El más grande lugar de ve-  
raneo en el sistema —respondió  
Hahn—. Fue allí de luna de miel.  
Lark y yo...

Valdés a interrumpió. Barrett  
se apresuró a decir:

—Esta es la casa de Bruce  
Valdés. Se demorará hace  
mucho tiempo. Casado estremece,  
quién sabe de dónde para  
que no la vea. Podría ser violento  
con un desconocido. Es impo-  
sible.

Valdés era un hombre robusto,  
de unos cuarenta y ocho años,  
con piel morena, pelo negro ri-  
zudo y los brazos más anchos  
que podía haber tenido un hom-

bre. Sentado, parecía aún más for-  
tido que Jim Barrett, lo cual era  
mucho decir. Para Valdés  
todas piedras cortas y gruesas,  
las piedras de un hombre de es-  
tatura como él vivían al tranco  
de un gigante, cosa que arrebató  
completamente el efecto. En  
sus años Allá, había trabajado  
trabajando cualquier profesión. Con-  
faba en vivir con los defensas-  
dones.

Por ahora estaba sujeto con  
cuerdas a un hecho de telegrafía.  
Su frente abovedada estaba ad-  
picada de gotas de sudor, los ojos  
le relucían en la oscuridad como  
abalorios. Estaba muy caliente.  
Alguna vez había tenido la lucen-  
cia suficiente para hacer una  
bomba durante una reunión del  
Comité de Síndicos, cuando se  
dica a doce de ellos un grave en-  
comendamiento de rayos gamma,  
pero ahora apenas él distinguía  
arriba de abajo, derecho de in-  
quierdo.

Inclinándose sobre él, Barrett  
preguntó:

—¿Cómo está, Bruce?

—¿Quién es?

—Jim. La noche está hermosa,  
Bruce. ¿No te gustaría salir a  
respirar un poco de aire puro?  
Hay una luna here.

—Tengo que descansar. La  
movida del comité mañana...

—Ha sido postergada.

—Pero ¿cómo es posible? La  
Revolución...

—Ese también ha sido poster-  
gado. Indefinidamente.

—¿Están discutiendo las oje-

las? —preguntó Valdés con as-  
peros.

—Totalmente subjetiva. Repara-  
mos deducen. Van afuera, Bruce.  
El aire te hará bien.

Mascullando, Bruce se dejó de-  
jar. Casado y Barrett le pas-  
toran de pie y lo condujeron a  
la puerta de la casa. Barrett  
dirigió a Hahn entre las escalas,  
con el rostro ensombrecido por la  
impresión.

Se detuvieron fuera de la cha-  
ca, y Barrett señaló la luna.

—¿Qué hermoso color tiene  
aquí... No como esa cosa muerta  
de Allá. Y mira, mira allí, Bruce.  
El mar que rompe sobre la  
roca rocosa. Realizaré más a pen-  
sar... Veo un bote a la luz de la  
luna.

—Poco luna —dijo Valdés—.  
¿Qué pesan algunas pocas  
lunas.

—Aquí no hay pocas lunas. To-  
davía no han evolucionado.

Barrett buscó en el bolsillo y  
sacó algo arrojado y brillante,  
de unos cinco centímetros de lar-  
go. Era el dermatosquelito de  
un pequeño trilobites. Lo ofreció  
a Valdés, quien miró la  
cabeza diciendo:

—No quiero ese congejo tor-  
cido.

—Es un trilobites, Bruce. Está  
arraigado, pero nosotros tam-  
bién. Estamos mil millones de  
años atrás, en nuestro propio  
pasado.

—Debes estar loco —dijo Val-  
dés— con esa voz baja y serena  
que desentona en cualquier

apartado. Le quitó el trilobites  
a Barrett y lo arrojó contra las  
rocas—. Congejo torcido —anun-  
ció.

Quando miró tristemente la  
cabeza. Junto con Barrett, llevó el  
centro de vuelta a la cima.  
Valdés no presentó cuando el  
centro le administró el sedar-  
te. Su mente fatigada, que se  
rebelaba totalmente contra el  
reconstruido concepto de que  
había sido destruido en un pasado  
inconcebiblemente lejano, recibió  
el sueño con alivio.

Quando salieron, Barrett vio  
que Hahn tenía en la mano el  
trilobites y lo observaba atenta-  
do. Hahn se lo ofreció, pero Bar-  
rett lo rechazó diciendo:

—Cámbalo, si quiere... Hay  
más.

Seguieron caminando. Encoun-  
traron a Ned Alban junto a su  
casita, en cuclillas y pulsan-  
do con ambas manos la forma  
trisa y asimétrica de algo que, a  
juicio por los peces y cadenas  
suspendidas, parecía ser la imagen  
de una mujer. Al apacarse ellos,  
se puso de pie. Alban era un  
hombre alto, de pelo azu-  
cillo y ojos blancos, casi inusua-  
les. A diferencia de todos los  
demás en la Estación, una vez  
había sido confusamente fuertísimo  
gubernamental, quince años an-  
tes, hasta que comprendió el mé-  
rito del capitalismo socialista e  
ingresó en una de las fracciones  
clandestinas. Ocho años de Estación  
Hawkswell lo habían altera-  
do.

Señalándole un golpe, dijo:—Tendrá la esperanza de que la Hacha de los Siete Sapos... Con esa hacheta, ¿quién? Pero no hay muchos sapos en esta época del año. Ella cobrará vida, y entonces no necesitaré, Don, para que le apliquen hipocresías y lo alimenen algunas de las imperfecciones.

—Cuando se obligó a sonreír.  
—Le hará un gusto, Ned... Pero ya sé lo que me conviene.  
—Claro. Cuando ya termino con ella, le señalo él. ¿Me tomas por un incompetente cualquiera? La compararé. Habrá una lista de aparatos. Pero no deben olvidar que ya la hice. Seguiré siendo más, cada vez que la vea. ¿Quién es usted? —agregó al ver a Hahn.

—Ea nuevo —dijo Barrett—. Love Hahn. Llegó con tarde.

—Nad Afonso —dijo Afonso con una corbata revocada—. Es fascinante gubernamental. Usted es bastante joven, ¿verdad? ¿Cuál es su orientación sexual? ¿Hetero?

—Me gusta que sí —se aclaró Hahn.

—Ente bien... No voy a tocarlo. Tráje un proyecto en marcha aquí... Sélo cómo que sepa que lo pondrá en su lista. Es joven y probablemente sus necesidades sean más íntimas que en algunas de nosotros. No me olvidé de traer aunque sea un zapato.

—Cuando volvió.  
—Ahora debería descansar un

poco. Ned. Qué tal haya relimpagun mañana.

Afonso no se resistió. El médico lo llevó adentro y lo acostó, mientras Hahn y Barrett contemplaban la obra de Afonso. Hahn señaló el centro de la figura:

—Ha notado algo especial —dijo—. Si piensa hacer el amor con esta muchacha una vez que haya terminado de crearla, lo conviene...

—Ayur lo tenía —dijo Barrett—. Debe de estar cambiando de orientación otra vez.

—Cuando Quenda salió de la cama, los tres examinaron la marca por el sentido nuevo.

Barrett no hizo el recorrido completo en noche. Fue lo común haberlo llegado hasta la vivienda de Larimar, que daba al mar, ya que éste se hallaba en su lista de enfermos. Pero ya había visitado una vez a Larimar ese día, y se creía que la delgada pierna para le permitiera caminar tanta. Fue eso, después que él, Quenda y Hahn estuvieron en todas las cosas sucesivas y estuvieron al hombre que estaba para que le recortaran seras de otros plásticos, y al hombre que trató de penetrar en un antrojo paralelo donde toda era como debía ser en el mundo, y al hombre que se pasaba todas sus horas de vigilia tendido en su catre y silencioso. Barrett se despidió de sus compañeros y dejó que Quenda acompañara a Hahn hasta su cama, sin él.

Después de haber observado a

Hahn durante medio día, Barrett admitió que no sabía mucho más sobre él que cuando acababa de despertar en el Yunque. Pero tal vez Hahn se frustrara un poco más después de haber estado allí un tiempo. Barrett contempló la luna color salado y llevó la mano al bolsillo para tocar el pequeño trófito, antes de recordar que se lo había dado a Hahn. Entró en la cama mostrando los pies y preguntándose cuánto haría que Hahn había hecho ese viaje de luna de miel.

## V

La pena de Radiger se exhibía frente al edificio principal a la mañana siguiente, cuando Barrett llegó a despertarse. Evidentemente la pena había sido buena, como siempre. Radiger salió tras o cuatro meses por semana, en el pequeño bote que había armado unos años antes con materiales recuperados, y se llevaba consigo un equipo de amigos a quienes había entrenado en el doble uso de las redes.

Era una ironía que Radiger, el anarquista, el hombre que creía en el individualismo y en la abolición de todas las instituciones políticas, fuera tan hábil para dirigir un equipo de pescadores. A Radiger no le gustaba el trabajo en equipo en abstracto. Pero había descubierto que era difícil mantener las redes solo. En la estación Havelöf había tra-

cido pequeñas ironías de esa clase. Los teóricos de la política tienden a tragar sus teorías cuando se ven obligados a actuar políticamente para sobrevivir.

La mejor pena era un refilápulo de unas cuarenta metros de largo, un tubo cónico rígido del cual pendían unos blandos tentáculos parecidos a los de un calamar. Tenía muchas cosas, pensó Barrett. Abridor de el metal, coladeras finas de trófitos, cuyo tamaño variaba desde los de dos centímetros y medio de largo hasta los de un metro, con sus dermatosqueletos de barrocas circunvoluciones. Radiger pensaba tanto como como por motivos científicos; evidentemente era trófitos una decoración, especies que ya había estudiado. De lo contrario no las habría dejado allí para que fueran a pasar a los abismos. Se china estaba abarrotada hasta el techo de trófitos. Coleccionados y analizados lo mantuvo cuando.

Cerca del momento de trófitos había algunos molinos de bruquípodos articulados, como frascos mal hechos y una pila de recuerdos. En las aguas cálidas y poco profundas, bien cerca de la costa, hervían la vida, en el mismo contraste con la tierra permea. Radiger había traído además un montón de volantes que algunos negros. Barrett esperaba que alguien recogiera todo aquello y lo llevara al refrigerador antes de que se echara a perder. Las bacterias de la profesión actual

ban mucho más despacio en la Estación que Allá, pero casi cuantas horas al aire templado no hacían ningún bien a la redada de Radiger.

En día Barrett planeaba reclutar algunos hombres para la expedición anual al Mar Interior. Tradicionalmente una embarcación era expedición en persona, pero la bendita le impedían pensar siquiera en volver a it. Cada año, unas doce hombres fuertes partían en una vasta expedición que los llevaba en un gran círculo, devolviéndose hacia el noroeste hasta que llegaban al mar, para luego regresar hacia el sur y de vuelta a la Estación. Una finalidad de ese viaje era recoger todo desecho temporal que pudiera haberse materializado en las cercanías de la Estación durante el año anterior. No había modo de saber cuál había sido el margen de error además durante los intentos inciertos de instalar la Estación, y la técnica de los momentos dispersos con que se había arrojado material al pasado había sido bastante insegura. A cada año aparecían más cosas que habían sido enviadas al Mares Mil Millones, Dos Mil Cinco después de Cristo, pero que no llegaban allí hasta unas décadas más tarde. La Estación Harknell necesitaba todos los recursos que pudiera conseguir, y Barrett no podía ninguna ocasión de recolectar cualquier despojo.

Sin embargo, las expediciones

al Mar Interior tenían otro motivo. Servían de centro para el año, un ritual anual, algo donde establecer una costumbre. En la Estación era un rito profesional.

En los docenas de hombres más fuertes que iban a pie a las distancias y recorren costas del mar tibia que tocaban el centro de América del Norte era lo más parecido a una función religiosa que había en la Estación Harknell. Además, el viaje significaba para Barrett más de lo que el mismo había llegado a sospechar. Se daba cuenta ahora, cuando no podía it. Había embarcado todos sus expediciones durante veinte años.

Para el año anterior había andado trepando a peñascos aflojados por los años, asentándose en territorio peligroso por ningún motivo racional, y los sucesos inesperados le habían traicionado. De noche solía despertarse mirando para escapar del sueño donde se vivía aquel mal momento: resbalando y desmoronándose, manteniendo las cosas, una mano de piedra se soló en alguna parte y le cayó sobre el pie con dolorosa intensidad, apretándole, aplastándole. No podía olvidar el ruido de hachas tirándose. Tampoco era probable que dejara de recordar la visita a una cruzada cientos de kilómetros de zona desolada, con un voluminoso cuerpo colgado entre las formas agobiadas de sus compañeros.

Había creído que podría el

pie, pero Quenda le había salvado de la amputación. Sólo que no podría tocar el suelo con el pie, ni apoyar su peso en él. Tal vez habría sido más sencillo hacer contar el apéndice suelto, pero Quenda se opuso diciendo:

—¿Quién sabe, algún día quizás envíen un equipo para transplantar... Te no puedo reconstruir una pierna amputada.

Así que Barrett había consentido el pie aplastado. Pero desde entonces ya no era el mismo, y ahora sólo tendría que amarrar la marcha.

¿Quién sería?, se preguntó.

El candidato más probable era Quenda. Después de Barrett era el más fuerte, en todos los aspectos importantes. Pero Quenda era imprescindible en la Estación. Quizá fuera del llevar un paracaídas en el viaje, pero también era vital tenerlo allí. Después de reflexionar un poco, Barrett anotó a Charley Norton como líder. Agregó a Ken Belardi, para que Norton tuviera a alguien con quien hablar. ¿Radiger? Un hombre de fortaleza el año anterior, después que Barrett quedó herido, sin embargo, Barrett no desaba particularmente que Radiger se mantuviera de la Estación por tanto tiempo. Era cierto que necesitaba hombres capaces para la expedición, pero no quería dejar la Estación en manos de novatos, novatitos y psicóticos.

Radiger se quedaría. Dos de sus compañeros de pesca fueran a la lista, junto con Sid Hatchett y Arny Jean-Claude. Barrett pensó incluir a Don Latimer en el grupo. Latimer se estaba convirtiendo en un caso anual frustrante, pero era bastante racional, salvo cuando reata en sus modificaciones petroleras, y tendría influencia en la expedición. Por otro lado, Latimer era compañero de vivanda de Lew Hahn, y Barrett quería tenerlo cerca para que observara bien a Hahn. Jugó con la idea de enviarlo a los diez, pero desistió. Hahn era todavía un desconocido. Sin demasiado riesgo de perderlo se fue sólo con el grupo que iba al Mar Interior. Quizá lo reclutarán en el grupo de la primavera siguiente.

Finalmente, Barrett hizo elegido a sus doce hombres. Escribió los nombres con tinta en la primera tablada frente al consuelo, y durante el desayuno fue a buscar a Charley Norton para decirle que él sería el jefe.

Se sentía raro al saber que tendría que quedarse en casa mientras los demás iban. En una adaptación de que empezaba a aburrirse, después de haber estado tanto tiempo en aquel sitio. Era un viejo leónido, lo ganaba o no admitido, y pronto tendría que aceptar una idea.

Por la tarde se reunieron los hombres de la expedición para elegir protectores y planear la ruta. Barrett se mantuvo al lado de la reunión. Ahora era Charley Norton quien dirigía. Había per-

do sus compañeros de pesca fue-

tiempo en ocho o diez viajes, y sabía lo que tenía que hacer.

Pero alguna compulsión maníaca impulsó a Barrett a emprender una caminata propia. Si se podía ver las aguas occidentales ese año, lo menos que podía hacer era visitar el Adriático, en su propio patio trasero. Barrett pasó por la enfermería y al comprobar que Quatada no estaba allí, se apresuró de un tubo de salmónes nasal. Tropezó por el sendero del río hasta encontrarse a unos cientos de metros del edificio petroquímico, se bajó los pantalones y se lanzó rápidamente la droga en ambos orificios; primero la primera rama, después la segunda. En la consecuencia los músculos lo reflejaron como para poder recorrer un largo trayecto sin sentir el fardo del cansancio en las articulaciones. Sabía bien que pagaría todo eso algún día, pero así fue, cuando se fuera el efecto de la droga y todo el impacto del esfuerzo resultante le golpeará como un millón de puñales. Pero estaba dispuesto a aceptar el precio.

El camino al mar era largo y solitario. La Estación Huelvibill se encontraba en el borde oriental de la cadena montañosa, a más de doscientos cincuenta metros por sobre el nivel del mar. Durante las primeras cinco o seis millas, los hombres de la Estación habían llegado al océano por una ruta sencilla, avanzando empinadas laderas cónicas, para Barrett había impulsado un proyecto para

abrir una senda. Ahora, unos anchos senderos bajaban al mar. Tallarlos en la zona había mantenido a muchos hombres ocupados por mucho tiempo, demasiado ocupados para preocuparse o para caer en la deserción. Barrett lamentaba no poder conocer algún proyecto laboral comparable que los mantuviera atareados en ese momento.

Las escaleras formaban una serie de plataformas bajas que iban en pendiente de oeste a este hasta la cresta del agua. Hasta para un hombre sano era una caminata ardua. Para Barrett, en su estado actual, era una tortura. Dos horas tardó en descender una distancia que normalmente se podía transitar en la cuarta parte de ese tiempo. Cuando llegó al fondo se desplazó adelante en una zona plana, húmeda por las olas, y dejó caer la maleta. Tenía los dedos de la mano izquierda acalambreados y atascados de abarrotar la maleta, y todo el cuerpo cansado.

El agua parecía gris y, qué más sabe por qué, azoforosa. Barrett no podía explicar la sensación de color que predominaba en el mundo de fines del período climático, con ese cielo oscuro, una tierra oscura y ese mar oscuro, pero su corazón aleteaba en silencio volver a ver hojas verdes. Echaba de menos la claridad. Los negros altos chapoteaban contra la roca, empujados de atrás para adelantarse una zana de alguna tormenta. El mar se extendía hasta el infinito. Barrett no tenía la

mejor idea de la cantidad de superficie de Europa que estaba sobre el nivel del agua en esa época, si es que había algo.

En los mejores momentos, la mayor parte del planeta estaba sumergida; así, apenas unos cientos de millones de años después de haber ocurrido a la vista las zonas azules de tierra firme, era probable que en la Tierra no hubiera más que unas pocas fajas de territorio por sobre el agua. ¿Habían nacido ya los Huelvianos? ¿Los Roccosos? ¿Los Andros? Barrett conocía los continentes aproximados de América del Norte a fines del período climático, pero lo demás era un misterio.

Mientras miraba, un trilobito grande saltó rípidamente e inesperadamente del agua. Era del tipo de cola cuadrada, de un metro de largo, con espaldas planas horizontales y líneas planas azules, alternando sobre los bordes. Dejó de lado la impresión de que tenía muchas patas. El trilobito cayó hasta la costa —si acaso el playa, sólo una repisa de piedra— y avanzó hasta llegar a dos metros y medio o tres metros de las olas.

Barra, pensó Barrett. Qué tal uno el primero que salió a tierra para ver cómo era. El precursor. El que abrió la senda.

Se le ocurrió que ese trilobito impido bien podía ser el antepasado de todos los seres terrestres de los siglos venideros. Era un diásporo biológico, pero la

mente fatigada de Barrett inventó el cuadro de una posesión oculta, con peces, arañas, reptiles, mamíferos y el hombre, todos derivando en sucesión ininterrompida de esa gestación con anatomía que se movía en círculos indeseados cerca de sus pies.

¿Y si se pisara?, pensó.

Un movimiento rápido... ruido de zapatos que se quiebran... el desconocido movimiento de una realidad de patitas...

Y toda la cadena de la vida se cortaba en su primer eslabón. La evolución frustrada. Al bajar ese pequeño pie, todo el futuro cambiaba, y nunca habría habido una Estación Huelvibill, ni caso Lattner, ni James Edward Barrett. En un instante se habría borrado de quienes lo habían condenado a vivir sus días en ese sitio y, al mismo tiempo, se habría borrado de la existencia.

No hizo nada. El trilobito completó su lento paseo de inspección por las rocas de la costa, y volvió al mar indolente.

La suave voz de Don Lattner dijo:

—Te vi andando aquí, Jim. ¿Te importa que te haga compañía?

Momentáneamente sorprendido, Barrett se volvió con rapidez. Lattner había venido de su cabaña en la cima tan silenciosamente que Barrett no había oído nada. Recordándolo, sonrió e hizo señas a Lattner de que se sentara en una roca cercana.

—¿Preocupas? —preguntó Lattner.

—Estaba aquí sentado, nada más. Un viejo conocido mío.

—¿Cuánto tiempo nada más que para tenerlo? —dijo Latimer—. No me voyas por cuento... Estás tratando de alijarte de todo, y ¿qué deseas que te te meta.

—No es así... ¿Quédate. ¿Cómo está tu nuevo compañero de habitación?

—Ha sido raro —repuso Latimer—. Ese es uno de los motivos por los cuales vine a hablar contigo. —Agachándose, miró inquietamente a Barrett a los ojos. —Dime, ¿qué crees hacer?

—¿Por qué iba a creer eso?

—Por lo de la persecución estacional... Mi tentativa de penetrar en otro ámbito de la conciencia. Te creo tenaz y acéptico. Probablemente pierdes que sea poro disipante.

Barrett se encogió de hombros y dijo:

—Si quieres una respuesta franca, así es. No creo ni remotamente que sea Bover a ninguna parte. Pero, fíjate que es una total pérdida de tiempo que te pierdes buena cantidad tratando de dudar las palabras políticas, o lo que sea. Pero no creo que sea loco. Creo que tienes derecho a tu obsesión, y que haces algo básicamente íntel de un modo remarcablemente sensato. ¿Estás conforme?

—Más que conforme. No te pido que des crédito alguno a mis investigaciones, pero no quiero que me creas un lunático por

intentar estas cosas. Es importante que me consideres cuerdo; si no, lo que quiero decirte sobre Haba no tendrá validez para ti.

—No veo la relación...

—Es esta —dijo Latimer—. Exatamente en palabras conocidas durante una tarde, me he formado una opinión sobre Haba. Es el tipo de opinión que podría formarse un pensativo vulgar, y si me erres chillado, es probable que desartes mi idea.

—No te creo chillado... ¿Cuál es tu idea?

—Que nos está espiando.

Barrett hizo que hacer un esfuerzo para no soltar la risotada que destruyera la íntel autoritaria de Latimer.

—¿Espíandome? —dijo con naturalidad—. No lo dices en serio... ¿Cómo es posible espiar aquí? ¿Quién debe, cómo puede informar sobre lo que decidas?

—No sé —repuso Latimer—. Pero a veces me hago un millón de preguntas... Acerca de ti, de Quenda, de algunos de los enfermos. Querría saberlo todo.

—La curiosidad normal de un recién venido.

—Tómala nota, Jen. Lo vi cuando pensaba que yo ya estaba dormido... Pasó dos horas sentado escuchándote todo en un Haba.

—¿Qué vas a escribir una novela sobre nosotros.

—Hablo en serio. Preguntas... apuntes —insistió Latimer—. Y es hédico. Trata de hacerlo hablar sobre el tema!

—Lo hice, y no me enteré de nada.

—¿Sabes por qué lo escribas aquí?

—No.

—Yo tampoco —repuso Latimer—. Deltos políticos, dije, pero fue muy vaga. Apenas parecía saber en qué andaba el gobierno actual, no digamos ya sus propias opiniones al respecto. No detecto ninguna convicción filosófica apasionada en el señor Haba. Y sabes tan bien como yo que la Estación Havelock es el cuartelero para revolucionarios, agitadores, subversivos y toda clase de basura similar, pero que nunca hemos tenido aquí a ningún otro tipo de prisionero.

—Admito que Haba es un espión —dijo Barrett con calma—. Pero ¿para qué podrías estar espiando? No tiene cómo presentar un informe, si es agente gubernamental. Está varado aquí para siempre, como nosotros.

—Tal vez lo hayan enviado para vigilar... para asegurarse de que no estamos ordenando algún modo de escapar. Tal vez sea un voluntario que renunció a su vida en el siglo veintiuno para venir a nosotros entre nosotros y frustrar cualquier cosa que estuviera tramando. Quizá temas que hayamos inventado un modo de viajar en el tiempo hacia adelante. O que hayamos llegado a ser una amenaza para la seguridad de Haba temporal. Cualquier cosa. Por eso viene Haba, a espionar y bloquear cualquier

peligro antes de que sea demasiado tarde.

Barrett sintió una sensación de alarma. Ahora veía qué cosa de la paranoia estaba Latimer. En mucha forma de frases había ido de la impresión racional de algunas sospechas justificadas al demagoguismo truco de que Allí estuviera a punto de tomar medidas para correr la ruta de escape que él tenía casi perfeccionada.

Controlando el tono de voz, le dijo a Latimer:

—No creo que tengas motivo para inquietarte. Don. Haba es un tipo raro, pero no ha venido a nosotros por malicia. Los de Allí ya nos han causado todos los problemas posibles.

—¿Lo vigilaría, de todos modos?

—Sabes que lo hará. Y no quieres en hablarse si Haba hace cualquier otra cosa fuera de lo común. Está mejor situado para advertirte que cualquier otro.

—Lo vigilaré —dijo Latimer—. No podemos tolerar copias de Allí entre nosotros. —Se puso de pie y miró a Barrett con una agachada sonrisa. —Ahora te dejaré para que sigas pensando en, Jen.

Latimer echó a andar resaca arriba. Barrett lo miró hasta que no fue más que un débil resaca contra las cosas. Al cabo de un largo rato tomó la revista y se incorporó. Se quedó contemplando la mancha, y bostizó en el agua la parte de la maleta para es-



ocurría en alguien que se decía comunista. No tenía la menor idea sobre la posición de su propio partido político. Tenía un poca preparación revolucionaria que desmoronaba incluso el nombre cuando lo oía por Barrett en esos años atrás.

— Parecía falso de arriba abajo. De cualquier modo, ¿cómo era posible que hubiesen considerado a ese joven digno del destino a la Estación Hawkehill? Únicamente los principales han a pasar allí. ¿Sentías a un hombre a Hawkehill en una contención a naufragio, y no lo hacían con ligereza. Barrett no quería imaginar por qué estaba Hahn allí. Parecía instintivamente asustado por su destino, y evidentemente había dejado a una esposa a quien amaba, pero eso era lo único que parecía verdadero en aquel hombre.

— ¿Sería algún tipo de espía, como nuestra Latimer?

— Barrett desvió en seguida esa idea. No quería que la presencia de Latimer le contagiara. No era muy creíble que el gobierno enviara a un hombre al período Cláudio, en un viaje tan remoto, nada más que para espías a una posibilidad de revolucionarias erecciones que nunca podrían volver a causar problemas. Pero entonces, ¿qué hacía Hahn allí? Vale la pena seguir vigilándolo, pensó Barrett.

Barrett se ocupó personalmente de una parte de esa vigilancia, pero tuvo ayuda de sobra. Latimer, Abram. Seis o siete más.

Latimer había volado a la estación de los mares paleolíticos ambulantes, los que funcionaban superficialmente pero estaban llenos de tesoros y credulidades.

Ellos vigilaban al naveo.

El quinto día después de su llegada, Hahn salió a pescar con la tripulación de Radigue. Este caso se asejaba mucho de la orilla —ochocientos o mil metros de distancia—, pero las aguas azules agitadas incluso en ese sitio. Las olas llegaban rotando con quietud sobre cuántos miles de kilómetros de impacto acumulados. El destino del rebasado continental formaba un ángulo amplio, de modo que incluso a una considerable distancia de la costa, el agua no era muy profunda. Radigue, que había escuchado el agua hasta un kilómetro de la orilla, informó que la profundidad no excedía los cincuenta metros. Nadie había ido más allá de ese kilómetro.

No porque temiera mucho de la orilla del mundo si se averiguaba demasiado hacia el este. Se trataba sencillamente de que un kilómetro era mucha distancia para pensar en una embarcación abierta, especialmente cuando corrió y gruesos hechos con tablas de cajas viejas. A las de allá no se les había ocurrido convertir a motor fuera de bordo.

Mirando hacia el horizonte, Barrett tuvo una idea extraña. Le habían dicho que el aparato lento ferozmente de la Estación Hawkehill estaba bien apartado

y seguro fuera del alcance de ellos, unos docientos kilómetros de años más adelante en la línea temporal. Pero ¿cómo lo sabía él? Podía haber otra Estación en otra parte, en un mismo sitio, sin que ellos se enteraran jamás. Un pensamiento de mujeres, por ejemplo, viniendo del lado opuesto del océano, o incluso del otro lado del Mar Interior.

— ¿Habría que no se era muy probable. Con todo el pasado para elegir, los nerviosos funcionarios de allá no correrían el riesgo de que los dos grupos de soldados se encontrarían y engendrarán una traba de propiedades subterráneas. Tomarían todas las precauciones posibles para poner una impenetrable barrera de apenas entre ellos. Sin embargo, Barrett creía que podría convencer a los dioses. Con un poco de esfuerzo, podría conseguir que creyesen en la existencia de varias Estaciones Hawkehill distribuidas, distribuidas en un nivel del tiempo.

Y eso ¿qué sería nuestra salvación, pensó.

Los casos de pánico depresivo aumentaban ya de un modo alarmante. Hacía demasiado tiempo que había allí demasiadas bombas, y un colapso empezaba a aumentar el siguiente, en aquel mundo vasto y sin vida donde nunca tendrían que haber vivido seres humanos. Los hombres aumentaban proyectos que los mantenían en movimiento. Estaban empezando a deslizarse hacia proyectos desobediencia, como la sé-

via artificial de Abram y las investigaciones psíquicas de Latimer.

— ¿Y si pudiera entusiasmados con la idea de llegar a los otros continentes?, pensó Barrett.

Una expedición alrededor del mundo. Tal vez lograda construir algún tipo de embarcación grande. Era manuscrita a muchos hombres ocupados durante mucho tiempo. Y necesitaban aparatos de navegación: brújulas, sextantes, cronómetros, de todo. Alguien tendría que diseñar también una red de navegación. Era el tipo de proyecto que podría llevar brújula o cualquier otro. Un centro para nuestras energías. Claro es que ya no está vivo cuando la nave parte, pero aun así es un modo de impedir el derrumbamiento. Hemos construido una escuela al mar. Ahora necesitamos hacer algo más grande. Muchos océanos producen mentes ocultas. . . mentes ocultas. . .

Al volver, Barrett vio a Latimer y Abram detrás de él.

— ¿Cuánto hace que están aquí? —preguntó.

— Dos minutos —repuso Latimer—. Te trajimos algo para que lo veas.

Abram asintió vigorosamente con la cabeza.

— Deberías verlo. . . Lo trajimos para que lo veas.

— ¿Qué es?

Latimer le tendió un fajo de papeles doblados.

— Encontré uno escondido en el caso de Hahn después que se

que con Hadiger. Sé que no tengo derecho a invadir su intimidad, pero tenía que darle una oportunidad a lo que antes sufrí. Aquí está. Es un copia.

Barrett miró los papeles que tenía en la mano.

—La leeré un poco más tarde. ¿De qué se trata?

—Es una descripción de la Estación, y un perfil de la mayoría de sus habitantes —replicó Lattner con una sonrisa helada—. La opinión privada de Hahn sobre mí es que me he vuelto loco. Su opinión privada sobre ti es un poco más halagadora, pero no mucha.

—También andaba creyendo por el Martillo —agregó Altman.

—¿Qué?

—Lo vi ir hacia allí anoche, tarde. Entró en el edificio. Lo seguí. Miraba el Martillo.

—¿Por qué no me lo dijiste en seguida? —preguntó Barrett con dureza.

—No estaba seguro de que fuera importante —contestó Altman—. Tuve que consultarlo antes con Don. Y no podía hacerlo hasta que Hahn saliera de posesión.

En el rostro de Barrett brotaron unas gotas de sudor.

—Escucha, Ned, si quieres a comprender a Hahn accediendo a la adquisición de viaje temporal, vébete en seguida. Sin consultar a Don, si a noche. ¿Entendible?

—Entendido —rió Altman—. ¿Habría qué pensar? Que Alá ha

decidido exterminarnos. A Hahn lo han enviado aquí como voluntario suicida. Después enviarán una bomba por el Martillo, y harán volar la Estación. Deberíamos detener al Martillo y el Yunque mientras podemos.

—Pero ¿para qué iban a enviar un voluntario suicida? —preguntó Lattner—. A menos que tengas algún modo de contactar a su copia. . .

—Como quiera que sea, no debemos correr ningún riesgo —advujo Altman—. Desfórmoslo al Martillo. No dejemos que nos bombardeen desde Alá.

—¿Qué sea una bomba tuya, poro. . .

—Cállense los dos —gritó Barrett—, y déjenme mirar estas papeles.

Se apartó de ellas unas pocas pulgadas, se sentó en una sillona de cuero y se puso a leer.

## VII

Con un susurro apretada, Hahn escuchaba un misterio de información en un mínimo de espacio, como si considerara un pesado metal desmenuzándose papel. El papel, por cierto, era allí un artículo escaso, y evidentemente Hahn había traído esos hojas consigo desde Alá. Con todo, no letra era clara. También lo eran sus opiniones. Deliberadamente.

Hahn escribió un análisis de las condiciones en la Estación Havelbüll, describiendo en unas

cinco mil palabras todo lo que sabía sobre allí. Había clasificado conscientemente a los primeros como revolucionarios sospechosos, en quienes el antiguo error se había vuelto rancio. Situó a los que eran casos psicológicos evidentes, y a los que estaban al borde, y a los que aguardaban, como Quesada, Norton y Hadiger. Barrett se interesó al ver que Hahn consideraba incluso que esos tres podrían generar tensiones, y estaban propensos a reaccionar en cualquier momento. A él, Quesada, Norton y Hadiger le parecían tan estables como cuando camaron sobre el Yunque de la Estación Havelbüll, pero qué en verdad estaba deformada por sus propias preocupaciones. Para un futuro caso, Hahn el pensamiento era distinto, y tal vez más exacto.

Barrett se obligó a no adelantarse, volviendo a la evaluación de Hahn sobre su propia persona.

Cuando llegó a ella, se quedó sorprendido. Hahn había escrito:

"Barrett es como una potente carga que ha sido acumulada desde adentro por tensión. Parece sólido, pero un buen resaca bastante para deshacerlo. Es evidente que una herida reciente en su piel ha tenido mal efecto sobre él. Los demás hombres dicen que antes era físicamente vigoroso, y gran parte de su autoridad nació de su corpulencia y de su fuerza. Ahora apenas puede caminar. Pero me parece que lo que le pasa es reciente a la vida de la Estación

Havelbüll, y no tiene mucho que ver con su copia. Ha estado demasiado tiempo alejado de los impactos humanos normales. El efecto del poder aquí le ha proporcionado una ilusión de estabilidad, pero en poder en un vacío, y dentro de Barrett han sucedido cosas de las que es totalmente inconsciente. Necesita terapia con urgencia. Quizá sea ya imposible curarlo".

Barrett leyó sus varias veces. Continuó desde adentro por tensión. . . un buen resaca. . . dentro de él han sucedido cosas. . . necesita terapia con urgencia. . . imposible curarlo.

Estaba metido enojado de lo que le parecía que debía estar. Hahn tenía derecho a sus opiniones. Finalmente Barrett dejó de leer su perfil y pasó a la última página del ensayo de Hahn. El ensayo terminaba con estas palabras: "Por consiguiente, recomiendo que se ponga fin con rapidez a la colonia penal de la Estación Havelbüll y que, lo antes posible, sus residentes sean terapéuticamente rehabilitados".

¿Qué demonio era aquello?

¡Parecía el informe de un enviado del Comité de Libertad Condicional! Pero no había libertad condicional para la Estación Havelbüll. Era base fiscal eliminada la viabilidad de todo lo anterior. Evidentemente, Hahn simulaba redactar un informe para el gobierno de Alá. Pero una muestra de dos mil millones de años de esperar hacía imposible



presentar sus informes. Entonces Hahn delimita, lo mismo que Altman, Valdosta y los demás. Con la mente enfocada, como podía ver sus mensajes All, pone esos documentos describiendo los defectos y flaqueas de sus compañeros de prisión.

En plantando una perspectiva escabellada. Qué Hahn estaba loco, pero no había vivido en la Estación tanto tiempo como para haber enloquecido. Debía haber traído su demencia consigo.

Y si hubiera dejado de usar la Estación Hawkehill como un campo para juegos políticos y estuvieran empezando a utilizarla como sala para demonios, se preguntó Barrett.

Un alfiler de psicópata se apoya sobre ellos. Habrían que se habían vuelto luscosamente chillados bajo las presiones del confinamiento tendrían que hacer lugar a locos vulgares. Barrett se estremeció. Dolió los pipales de Hahn y se lo entregó a Latimer que, sentido a pocos metros, lo miraba con atención.

—¿Qué te pareció eso? —preguntó Latimer.

—Creo que es difícil de evaluar. Pero es posible que el amigo Hahn esté ocasionalmente trastornado. Deja esto en el sitio cuando de donde lo sacaste, Don. Y no le des a Hahn el menor indicio de que lo leiste o lo tomaste.

—Muy bien.

—Y ven a verme cuando cosas encuentras algo que yo debiera saber sobre él —agregó Ba-

mett—. Qué está muy enfermo. Qué necesito cuantos ayuda.

La expedición de pesca volvió en las primeras horas de la tarde. Barrett vio que la redaba rebosaba del bote, y Hahn, que llegaba con los brazos cargados de tréboles apesadumados, parecía tentado y contento. Barrett se acercó a examinar la pesca. Radidge, que estaba muy distraído sostenía en alto un crucifijo con que quizá fuera el tatuaje de todas las langostas cocidas, salvo que no tenía pinzas delatadas y al un triple aguijón de aspecto amenazante en el sitio de la cola. Media docena muestra centímetros de largo y era muy feo.

—Un especie nueva —gritó Radidge—. No hay nada parecido en ningún museo. Qué pudiera dejarte en algún sitio de modo que lo encuentres. Qué en la casa de una vecinita.

—Si lo pudieran encontrar lo habría encontrado —le recordó Barrett—. Algún paleontólogo del siglo veinte lo habría descubierto. Así que no pienses más en eso, Mel.

—Ya estare pensando en eso ahora —dijo Hahn—. ¿Cómo es que nadie de All descubre nunca los restos fósiles de la Estación Hawkehill? ¿No las preocupas que alguno de los baroneses de Koles los encuentre en los arroyos cámbrios y arme un escándalo?

Barrett asudó la cabeza...

—Primero, ningún paleontólogo

go, desde el nacimiento de la ciencia hasta la fundación de la Estación en el 2005, descubriría nunca a Hawkehill. Eso es historia, de modo que no había motivo para preocuparse. Y si alguien a un despajo del 2005, bueno, todo el mundo sabía qué era. All no hay paradoja.

—Además —dijo Radidge, con trisismo—, en otros mil millones de años toda esta frappa cocida está en el lado del Atlántico, cubierta por dos a tres kilómetros de sedimento. No hay ninguna posibilidad de que se nos encuentre. O de que alguien All llegue a ver esto que pasó hoy. Aunque me importa un comino. Yo lo sé. Yo lo analizaré. Ellos se lo pierden.

—Pero antes haremos el hecho de que la ciencia nunca encontrará esta especie —dijo Hahn.

—Claro que sí. Pero ¿en culpa mía? La ciencia nunca esta orgánica. Yo. Yo soy la ciencia. Soy el paleontólogo más destacado de esta época. ¿Qué recuerdo hoy si no puedo publicar mis descubrimientos en las revistas profesionales?

Radidge frunció el ceño y se dejó llevando el gran crucifijo.

Hahn y Barrett se miraron y sonrieron, en mutua reacción había ese arranque de malhumor. Después la muestra de Barrett se apagó.

...retratar... un buen espejo... resaca...

—¿Le pasa algo? —preguntó Hahn.

—¿Por qué?

—Lo está tan preocupada, de pronto.

—El pie me due un trébo —dijo Barrett—. Suéalo hacerlo, ¿no? Vamos, lo ayudará a llevar esas cosas. Esta noche tendremos cinco trébo de tréboles.

## VIII

Un poco antes de medianoche, despertaron a Barrett unos pasos a la entrada de su celda. Cuando se movió buscando a tientas el interruptor de iluminación, sintió Altman a treponer. Barrett lo miró positivamente.

—¿Qué pasa?

—¡Hahn! —contestó Altman con voz ronca—. Anda con voz en el Marfil. Acuébanos de verlo entrar en el edificio.

Barrett saltó de su cama con el corazón como sólo una fosa del agua. Sin hacer caso del leve ruido palpar de la pierna, se levantó de la cama y manejó algunas ropas. No quería que Altman notara su timidez. Si Hahn, manoseando los mecanismos temporales, rompía accidentalmente el Marfil, tal vez nunca más recibirían peticiones de resaca desde All. Lo cual significaría que todos los amigos futuros de administradores —si los había— llegarían como lunáticos al azar, que podrían abrirse en cualquier año. ¿Qué trébo que hacer Hahn con la calquiza, si fin y al cabo?

Altman dijo:

—Latimer está allí vigilando. Está en suspiros cuando Hahn se volvió a la chimenea, entonces fue a verse y los dos salieron a buscarlo. Y allí estaba, llamándolo alrededor del Martillo.

—¿Haciendo qué?

—No sé. En cuanto lo vimos entrar, vine a buscarlo. Don está vigilando.

Barrett salió corriendo de la chimenea y se adelantó por correr hacia el edificio principal. El dolor le acarició la mitad inferior del cuerpo como alfileras de seda caliente. La maldad en lo hunda despiadadamente en el silencio inquiriendo al apoyar todo su peso en ella. El pie izquierdo se le balanceaba en el aire, y la audia con una sola mano. La pierna derecha, que soportaba la mayor parte de la carga, creta y charqueaba. Alzaron cuando saliendo a su lado. La Estación estaba en silencio a esa hora.

Cuando pasaron frente a la chimenea de Quasada, Barrett pensó en despertar al procedimiento y llevarlo consigo. Desdeñó no hacerlo. No importaba lo que Hahn estuviese haciendo. Barrett creta poder hacerse cargo el mismo. Así quedaba fuesen en la virja viga carcomida.

Latimer esperaba en la entrada de la oficina central. Estaba el hombre mismo del palacio, o al menos allí. Parecía furibundo de sí mismo e impetuoso. Era la primera vez que Barrett veía furibundo a un hombre.

Corriendo se avanzó sobre el

hombro derecho de Latimer, dijo con urgencia:

—¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo Hahn?

—De... desapareció.

—¿Qué quisiera decir? ¿Adónde fue?

Latimer lanzó un gemido. Tenía la cara blanca como la pasta de un pescado.

—Sabía al Yaqueo —habló—. Se escondió la luz... el resplandor. ¡Y Hahn desapareció!

—No —dijo Barrett—. Eso no es posible. Debes estar equivocado.

—¿Vi cuando se fue?

—Esté sentado en alguna parte del edificio —insistió Barrett—. ¡Cierren esa puerta! ¡Rápidamente!

—Es probable que haya desaparecido de veras, ¡es —dijo Alzaron—. Si Don dice que desapareció...

—Trápa al Yaqueo. Después todo se puso rojo y Hahn desapareció.

Barrett cerró los puños. Detrás de la frente creta una línea blanca que casi le hacía olvidar el pie. Alzaron veía su error. Había recordado, para el espionaje, a dos hombres que estaban residentes e inconspicuamente locos, y esa misma acción no había sido muy cuerda: a un hombre se le aconsejó por su modo de elegir colaboradores. Y bien, había confiado en Alzaron y Latimer, y ahora ellos le estaban dando el tipo de información que se podía esperar de semejantes espías.

—Tienen abominaciones —le dijo a Latimer con brusquedad—. Nadí, ve a despertar a Quasada y tétele aquí en seguida. Tú, Don, quédate junto a la entrada, y si aparece Hahn quiero que grites a todo pulmón. Yo iré a registrar el edificio.

—Espere —dijo Latimer, que parecía haberse dominado—. ¡Ja, ¡recuerdas cuando te pregunté si me creías loco? Dije que no. Confía en mí. Pero no debes confiar en mí ahora. Te digo que no son abominaciones. Vi desaparecer a Hahn. No puedo explicarla, pero estoy lo suficientemente cuerdo como para saber qué fue lo que sé.

—Muy bien. Quédate tranquilo —contestó Barrett en tono más suave—. De todos modos, quédate junto a la puerta. Yo haré una rápida exploración.

Comenzó a recorrer la oficina, empezando por la sala donde estaba instalado el Martillo. Allí todo parecía en orden. No se advertía ningún resplandor del Campo Magnético Havelokill ni abominación alguna. En la sala no existían ropas ni armarios donde pudiera esconderse Hahn. Cuando lo hubo inspeccionado minuciosamente, Barrett siguió adelante, recorriendo la enfermería, el comedor, la cocina, la sala de diversiones. Hahn no estaba. Por supuesto, en esas habitaciones había muchas lugares donde Hahn podía haberse escondido, pero Barrett debía de que estuviera allí. Así que todo había

ido una fantasía alucinada de Latimer. Completó el recorrido y se encontró de vuelta en la entrada principal. Latimer seguía de guardia allí. Un subdito Quasada se había reunido con él. Alzaron, pálido y evidentemente alucinado, estaba junto a la puerta.

—¿Qué pasó? —preguntó Quasada.

—No estoy seguro —repuso Barrett—. Don y Nadí creen haber visto a Lee Hahn marchando de la maquinaria temporal. Registré el edificio y no está de modo que tal vez hayan cometido un pequeño error. Seguro que los llevas a los días a la enfermería y los inspectores algo que los cubra los nervios, y todos procuraremos volver a dormir.

—Te digo que vi... —dijo Latimer.

—¡Cállate! —intervino Alzaron—. ¡Rápidamente! ¿Qué es ese ruido?

Barrett escuchó. El sonido era claro y fuerte: el distante gemido de la construcción. Era el rumor producido por un Campo Magnético Havelokill al funcionar. De pronto sintió que se le erizaba la piel. En sus ojos dijo:

—Está funcionando el campo magnético. Quédate estemos a punto de recibir procedimientos.

—¿A esta hora? —preguntó Latimer.

—No sabemos qué hora es. Alé. Quédate todos aquí, ya iré a ver el Martillo.

—¿Qué debería de castigo —siguió Quasada con cautela.

—*¿Quisiera aquí?* —gritó Barrett. Se interrumpió, avergonzado por su explícita manifestación de ira—. Hasta con una. En seguida vuelvo.

Sin expresar más protestas, giró sobre el asiento y se dejó caer de golpe por el corredor hacia la sala del Martillo. Abrió la puerta con el hombro y se abrió. No necesitó ascender la luz. El resplandor rojo del Campo Magnético Hawkheli lo iluminaba todo.

Barrett se quedó junto a la puerta. Sin atreverse casi a respirar, miró fijamente al Martillo; el resplandor aumentó pasando por varias zonas de resaca hasta llegar al corredor, y luego se extendió hacia abajo y envolvió al Yanque.

Entonces oyó el trueno implacable, y Lee Hahn cayó de la celda y quedó un momento tendido, víctima de la conexión temporal, sobre la ancho Masina del Yanque.

## IX

En la oscuridad, Hahn no advirtió al principio la presencia de Barrett. Lentamente se sentó, respaldándose de los efectos aturulladores del viaje por el tiempo. Al cabo de unos segundos se arrojó hacia el borde del Yanque y dejó colgar las piernas oscilando para activar la circulación. Respiró profundamente varias veces. Finalmente se deslizó al suelo. Con su llegada se había apa-

gado el resplandor del campo magnético, de modo que se movió con cautela, como si no quisiera tropezar con nada.

De pronto Barrett encendió la luz y dijo:

—*¿Qué andavo haciendo, Hahn?*

El joven retrocedió como si lo hubieran golpeado en el vientro. Abrió una exclamación, retrocedió unos pasos y sintió ambas manos en un ademán defensivo.

—*¿Cuéntame* —dijo Barrett.

Hahn recibió el espaldero, lanzó una rápida mirada hacia el pasillo, detrás de la corpulenta figura de Barrett, y dijo:

—*Déjame pasar. Ahora no se lo puedo explicar.*

—*Lo conviene hacerlo ahora.*

—*Será más fácil para todos si me lo hace* —repuso Hahn—. *Déjame pasar.*

Barrett siguió bloqueando la puerta.

—*Quiero saber dónde estabas. ¿Qué hacías con el Martillo?*

—*Nada. Lo estudiaba.*

—*Hace un minuto no estabas en esta sala. Después apareciste. ¿De dónde vino, Hahn?*

—*Se equivocó. Estoy detrás del Martillo. Yo no...*

—*Lo sé muy bien sobre el Yanque. Hizo un viaje por el tiempo, ¿verdad?*

—*No.*

—*¿No me menta! Encontró algún modo de viajar en el tiempo hacia adelante, ¿no es así? Nos estuvo esperando, y cuando de ir a presentarle su informe, se algún*

modo... en algún tiempo... y ahora acaba de aparecer.

La frente de Hahn relucía.

—*Se lo advierto, no me haga demasiadas preguntas* —dijo—. *Ya sé lo todo a su tiempo. Este no es el momento. Ahora, por favor, déjame pasar.*

—*Antes quiero respuestas* —dijo Barrett.

Se dio cuenta de que estaba temblando. Ya sabía las respuestas, y esas respuestas lo conmovían hasta el fondo del alma. Sabía dónde había estado Hahn.

Hahn no dijo nada. Dio unos pasos vacilantes hacia Barrett, que no se movió. Parecía estar tomando impulso para correr hacia la puerta.

—*No sé qué de aquí hasta que me diga lo que quiero saber* —dijo Barrett.

Hahn avanzó.

Barrett se plantó sólidamente, la mirada apoyada en el marco de la puerta, la pierna muy bien alineada en el piso, y esperó a que el joven le alcanzara. Según sus cálculos pensó unos cuarenta kilos más que Hahn. Québrase bastaba para equilibrar el hecho de que Hahn le llevaba treinta años y una pluma de vestigio. Se encontraron, y Barrett afirmó las hombros de Hahn, tratando de intentar, de obligarlo a volar al interior de la sala.

Hahn cayó dos o tres centímetros, miró a Barrett sin hablar y volvió a avanzar.

—*No... no...* —gritó Barrett—. *No lo dejaré...*

—*No quiero hacer esto* —dijo Hahn.

Dio un nuevo empujón y Barrett sintió que se desplomaba bajo el impacto. Hundió las manos con toda la fuerza que pudo en los hombros de Hahn, tratando de obligar al otro a retroceder, pero Hahn resistió, y toda la energía de Barrett se volvió contra el mismo. Fijó el control sobre la máquina, que le vibró bajo el brazo. Por un momento de intenso dolor, todo el peso de Barrett se apoyó en el suelo por impotencia, y luego, como si se le deshicieran los miembros, comenzó a hundirse hacia el piso. Cayó con estombante estrépito.

Quemada, Ahorro y Latimer analizaron corriendo. Barrett se retorció en el piso, debilitado. Hahn estaba de pie a su lado, con aire desdichado, apretándose las manos.

—*Lo siento* —dijo—. *No debí tratar de obligarlo.*

Barrett lo miró con desesperación.

—*Estuvo viajando por el tiempo, ¿no es así? Ahora puede constatarlo!*

—*Si —respondió por fin Hahn—. ¡Pai Ahí!*

Una hora más tarde, después que Quemada le leyó la cantidad suficiente de calorías para que no perdiera los estíbelos, Barrett escuchó toda la historia. Hahn no había querido revelarles tan pronto, pero cuando de idea después del breve forcejeo.

Era todo muy sencillo. Ahora

se podía viajar por el tiempo en ambas direcciones. Toda la chance lo cruzar a ingratosse acerca del flujo de entropía había resultado ser simplemente una charla.

—¿Cómo hago que se sabe?  
—Ingeniería Barrett.

—Por lo menos cinco años. No estamos seguros del momento exacto en que tuvo lugar el cambio. Cuando los paperos terminados de revisar todos los registros acoratos del anterior gobierno...

—¿El anterior gobierno?  
Hahn asintió.

—La revolución fue en guerra. Una revolución nada violenta, en realidad. Los sindicatos simplemente se emanciparon por sí mismos, y cuando recibieron el primer empujón, capotaron.

—¿Fue así? —preguntó Barrett, empujando—. ¿O terminó? ¿Qué son sus medidas?

Hahn apartó la vista.  
—Como quiera que sea, el gobierno aquí. Ahora está en funciones un régimen liberal provisional. No me pregunto mucho sobre eso. No soy ningún teórico de la política. Ni siquiera soy economista, estoy ya lo sepas.

—¿Qué es, entonces?  
—Un político —expuso Hahn—, integrante de la comisión que investiga el sistema carcelario del anterior gobierno. Incluyendo esta prisión.

Barrett miró a Quesada, luego a Hahn. Los pensamientos se inundaban en un torbellino turbulento; se recordaba al se había sentido alguna vez tan atemorada

de por los acontecimientos. Todo que sobrevivió mucho para escapar de nuevo a temblar. Con voz un poco vacilante, dijo:

—Vino a observar la situación Hirschfeld, ¿verdad? Y esta noche volví allí a contarme lo que vi aquí. Nos considera un grupo bastante lamentable, ¿eh?

—Todos aquí han estado bajo una gran tensión —respondió Hahn—. Truébanse en cuenta la circunstancias de su encierro reciente...

Quesada intervino:  
—Si ahora está en el poder el gobierno liberal y es posible viajar por el tiempo en ambos sentidos, ¿cómo se podría garantizar que los pensamientos de Hirschfeld serían enviados allí?

—Naturalmente —expuso Hahn—. Lo antes posible. En la vida todo el objeto de su misión exploratoria. Averiguar primero a todos según sea vida, y después ver en qué estado se encuentran, hasta qué punto necesitaban tratamiento. Por supuesto se usarán todos los recursos que puede ofrecer la tecnología moderna, sin fijarse en gastos...

Barrett casi no prestaba atención a las palabras de Hahn. Había estado pensando algo así toda la noche, desde que Altman le dijo que Hahn involucrada albedor del Marfil, pero nunca se había permitido creer del todo que realmente fuera posible.

Ahora veía que se reino se desmoronaba.

Se vio volviendo a un mundo

que no podía ni empezar a comprender, como un Rip van Winkle cuyo que regresa después de veinte años.

Se vio dejando un sitio que había llegado a ser su casa.

Con voz fatigada dijo:

—Mira, algunos hombres no pueden adaptarse al shock de la libertad. El hecho de ser arrojados de nuevo al mundo real podría costarles la vida. Me refiero a los psicópatas avanzados, como Valdano.

—¿Y —separó Hahn—. Los he mencionado en mi informe.

—Será necesario prepararlos para el regreso en etapas graduales. Quizá lleve varios años acostumbrarlos a la idea.

—No soy torpe —dijo Hahn—. Se hará lo que las milicias consideren adecuado. Tal vez sea necesario mantenerlos aquí. Me doy cuenta de que será bastante difícil enviarlos de vuelta cuando han pasado tantos años creyendo que no podrían volver.

—Mira sólo —dijo Barrett—. Aquí se puede hacer mucho trabajo. Investigación científica. Exploración. No creo que la Estación Hirschfeld deba ser clausurada.

—Nada dijo que eso vaya a ocurrir. Tenemos toda la intención de mantenerla en funcionamiento, pero no como prisión.

—Muy bien —dijo Barrett. Buscó a tientas la moneda, la sacó y se incorporó pesadamente. Quesada se adelantó hacia él, como para sostenerlo, pero Ba-

rett lo detuvo con un ademán—. Salgamos —dijo.

Abandonaron el edificio. Una niebla gris cubría la Estación, y había empezado a caer una fina lluvia. Barrett miró las columnas dobles, y el columnar, apenas visible hacia el este, a la distal luz de la luna. Pensó en Charles Norton y en el grupo que había estado en la expedición anual al Mar Interior. Ellos recibirían una verdadera sorpresa cuando regresaran, una sorpresa más fuerte, y descubrieron que todos eran libres y podían volver a casa.

Con una extraña, Barrett sintió albedor de los pliegados una última presión, como de líquidos que tratan de abrirse paso y salir.

Se volvió hacia Hahn y Quesada, y en voz baja dijo:

—¿Han entendido lo que quiero decir? Algunos de los que quedan aquí y facilitar la transición a los enfermos que no podrían soportar el shock del regreso. Algunos tiene que mantener su funcionamiento la base. Algunos tiene que explicar todo a los nuevos hombres que vendrán aquí, los científicos.

—Naturalmente —respondió Hahn.

—El que lo haga... el que se quede aquí... planes que tendrán que ser algunos que conozca bien la Estación, algunos que está preparada para volver allí, pero que está al mismo tiempo dispuesto a hacer el sacrificio y quedarse. ¿Me entienden? Un voluntario.

Ahora le sonrías. Barrett se preguntó si esas sonrisas no eran algo condescendientes. Se preguntó si acaso él no tenía un poco demasiado transparente. Que se vayan al diablo los dos, pensó. Se llenó de aire cósmico los pulmones hasta que le ablastó el pecho.

—Me ofrezco para quedarme

—dijo Barrett, alzando la voz. Los miró fijamente, para que reconocieran ninguna objeción, pero sabía que no se atreverían. En la Estación Hirschfeld, él era el rey, y pensaba seguir así.

Desde lo alto de la colina, contempló su reino.

Título del original en inglés: *Hirschfeld Station*  
Traducción de José Siquera

#### SUSCRIPCIONES

12 números	\$ 7.500 (Exterior, 36 dólares)
6 números	\$ 3.800 (Exterior, 18 dólares)

Recorte este cupón y adjúntelo giro postal o cheque a nombre de  
**ORION DISTRIBUIDORA S. R. L.**  
 Guaraná 4745  
 1425 Buenos Aires - Argentina

Nombre \_\_\_\_\_ Apellido \_\_\_\_\_  
 Domicilio \_\_\_\_\_  
 Código postal \_\_\_\_\_ Localidad \_\_\_\_\_  
 Provincia \_\_\_\_\_ País \_\_\_\_\_

## LIBROS

### Cuatro obras de Philip José Farmer:

**A nuestro campo disperso** (*To Your Scattered Solids Go*); traducción de J. M. Alvarez Flores; Nueva Dimensión Nº 83.

**El planeta negro Suroil** (*The Planetes Nocturnal*); traducción de J. M. Alvarez Flores; Nueva Dimensión Nº 82.

**Los amantes** (*The Lovers*); traducción de Sebastián Nardi; Ediciones Acoraz; Barcelona, 1975.

**Carne** (*Flesh*); traducción de Genarova Madro; Ediciones Dante; Buenos Aires, 1975.

Cuatro libros de Philip José Farmer, traducidos recientemente al castellano, nos llevan a destacar en esta figura, uno de los más rescatables dentro de lo que podríamos llamar la "segunda línea" de escritores de ciencia ficción norteamericanos. También nos permite recordar la evolución que ha experimentado este autor a través de los principales momentos de su carrera, una evolución que a la vez nos ilustra acerca de las vicisitudes del género en los últimos decenios. La primera versión de *Los amantes* data de 1955, en plena era de Campbell, mientras que la trilogía del "Mundo del Río" fue comenzada a escribir en 1971, cuando el personaje era evidentemente distinto.

La publicación de *Los amantes* significó una ruptura, así una crisis de crecimiento para el género. Muchas veces se habla soliloquio la cual ablasta asociación del sexo sexual en ciencia ficción, arribándola a las características del público adolescente de los viejos países, los revistas buenas del '30 y del '40. Era inevitable que con la maduración del género y la ampliación de su público cayese una barrera; fue así en la misma época en que Hollywood renació a su famoso "código Hays", de inspiración puritana.

Con *Los amantes* se abrió la brecha que permitió publicar muchas otras obras, tanto valiosas como mediocres; en 1951, así olvidada ya la política que ha-

la sustituye al cuento, Farmer lo realicé completamente para publicarlo en su forma definitiva, como novela.

La historia empieza perfectamente en la narrativa de liberalización de las costumbres sexuales que el psicoanálisis había impuesto en los EE.UU. de posguerra. Trata del momento de un hombre colocado en una institución oncológica, fundacionista y autoritaria con una "cultura" completamente frías que lo libera de sus tabúes. El tema es tan viejo como Dilthey, a no ser por el asonido detalladamente descrito que presenta la destrucción del superpoderoso creador, la moral repressiva, la intervención de un psicoanalista. Pero había elementos decisivos que hacen de él un texto de ciencia ficción antes que otra cosa: la bella Joannette flutigea resultaba ser al cabo algo así como un artefacto evolucionista, llamado *labón* (*Lobón?*). Era una especie de vampiros (o sea, que podía de poseerse parental) mientras no quedara visible; entonces moría inevitablemente, al dar a luz sus larvas, todas femeninas y con la cura del *hombre arado*.

Puede decirse que la novela está lograda en más de un aspecto, y en una primera lectura logra sorprender. Quédate, como el autor reconoce, pedías haberse oído algunas terribles disputaciones de biología ficciónica, o más bien a un apéndice. Por lo tanto, la

versión que tenemos sobre nosotros que papel juega la religión en su vida es a inteligible, porque esta de Farmer. Por sugiriendo una adecuada comprensión, Farmer no es un escritor prosaico del texto.

De hecho, *Los cuentos de la profecía* y a veces produce obras respaldadas a Farmer cierta fama de novelas, como *Los cuentos de mister "médico"* que por otros mundos como es bastante sorprendente durante un tiempo. En estos, no debe buscarse en él más como se presentó en la Conferencia religiosa o un mensaje cibe Mundial de Filadelfia (1883) religioso. Pero tampoco encontramos discutiendo sobre el famoso *El mundo en el profetismo en el hoy*. Sin embargo, Farmer afirmaba, el mismo conocimiento, el que Jesús escribió parafrafraseando transformando filosófico del otro cristiano a la manera de una religión, Farmer es bien Joyce o Miller. Quédate haya que puede estar obsecionado — a menudo cuando menciona la *ciencia* que las palabras son demencia de respetados escritores de *la ciencia* — por toda la género que hay escrito por tanto que hace a la exterioridad de la *la* con *científicos*, en su *debe* religiosa: los mitos, las tablas, los rituales, hasta una ciencia imaginaria bíblica que lo lleva a imaginar el "Mundo del Río", un monstruo *Judith* a *veces* de esta fauna fue el *vulgar* *de la* *ciencia* la *humanidad*.

Philip José Farmer se convirtió en el autor "atrasado" de la ciencia ficción. Un resultado de esta fauna fue el *vulgar* *de la* *ciencia* la *humanidad*. *El mundo del río* (*Strange River*) es un texto integrado por cuentos de la ciencia del "El mundo del río" de la ciencia ficción. Un resultado de esta fauna fue el *vulgar* *de la* *ciencia* la *humanidad*. *El mundo del río* (*Strange River*) es un texto integrado por cuentos de la ciencia del "El mundo del río" de la ciencia ficción. Un resultado de esta fauna fue el *vulgar* *de la* *ciencia* la *humanidad*. *El mundo del río* (*Strange River*) es un texto integrado por cuentos de la ciencia del "El mundo del río" de la ciencia ficción. Un resultado de esta fauna fue el *vulgar* *de la* *ciencia* la *humanidad*.

En un reportaje, el propio Farmer se preocupó ante todo por definirlos de los rituales que lo ha endilgado, entre otros "seres y violencias", cuando la violencia ocurre en su obra, y se sitúa en como interesado fundamentalmente en la religión.

Aquí quédate habra que estable-

firmas asociadas con un tipo de religiosidad: el positivismo enemigo de la vida y el fundamentalismo ciego.

En *Los cuentos*, con una Iglesia Estatal, un escarapanteo basado en el rechazo de las funciones vitales como *ingenua*. Dicho sea de paso, es muy ingenua su teología, basada en la utilitariedad de las teorías de Darwin, que en un tiempo se refiere a *Bergin*.

En la novela *Carne* aparece un personaje enemigo del alcohol, del tabaco y el sexo, miembros de una secta de "elegidos"; su nombre, *Nephil*, permite identificarlo como monstruo.

En el "Mundo del Río", el tema es apocalíptico: la resurrección de todos los muertos de la historia en un valle infuente, a la espera de un *Judith* que no llega. Pero está acompañado por un trasfondo muy realista de tecnología contemporánea, que elimina todo elemento sobrenatural.

Todo esto, lejos de ser un planteo que pueda rozar lo religioso, es en más que un ajuste de cuentas de Farmer con su pasado, y quizás de su nación con el positivismo.

Probablemente en esta clave haya que entender su novela *Carne*, si es que puede constituirse algún núcleo literario. En él, no es mejor que *The Green Odyssey*, una novela de aventuras que escribió Farmer en 1937.

Si *Carne* significa algo, me temo habrá que buscarlo en un contexto localista, en las sugerencias

cias que encierra para los norteamericanos.

Una vieja crítica colonial, retomada por Nathaniel Hawthorne, cuenta cómo en 1639 la aldea de Merry Mount cayó en el pagotismo, entrajándose a ritos orgiásticos y erigiendo un Mito del Mayo, en una de sus captaciones de sensualidad asociadas con la primavera desde tiempos prehistóricos. Desembarcados, los habitantes fueron castigados por una expedición de los puritanos, quienes arrasaron la aldea y cambiaron el nombre del sitio, haciendo que en lugar de "Monte Alegre" (Merry Mount) se llamara "Monte del Dragón" (Dragon Mount), en alusión al Demonio.

Como, la novela de Farmer, es algo así como la sucesión de Merry Mount, la simbólica derrota del pagotismo, pues se cumple en mostrar oírlos paganos y ritos de la fertilidad en pleno Washington D. C., en una Norteamérica barbarizada luego de una catástrofe mundial, y donde se ha producido un cambio radical de todos los valores.

Un detalle significativo es que ahora la catástrofe, siguiendo las tendencias más recientes, no es atómica sino ecológica, lo cual es bastante anticipación tratándose de una novela de 1933.

El secreto que siempre sile con buena voluntad se puede considerar de ciencia ficción: la implantación de glóbulos que convierten a un hombre en un sitio

incógnita y lo hacen vivir una corta carrera de desenfreno, para acabar siendo sacrificado como corresponde a un mito solar. Pero aparte cierta sexualidad, hay ampliamente esperada por cualquier lector de los que se leen en las poligráficas de damas, el libro no aporta nada más. Para agasarse los ojos, está traducido con tanto descuido que más de una vez se encuentran palabras en inglés: *hacos* (p. 36), *Smuggle-coast* (p. 82), *Demon* como lectura fonética de "D. C.", etc.

El "Mundo del Río" merece un capítulo aparte, por tratarse de la más reciente producción de un Farmer evolucionado y adscrito a las últimas tendencias del género.

Quiso alguna vez haya que investigar cierta influencia del pop en los libros de ciencia ficción, que produjo en los últimos años una especie de ópera lírica de tono grandilocuente, con una reverencia de personajes, históricos o ficticios, mezclada en un torbellino de aventuras de la más desmedida fantasía. En un momento, se lo conoció como *space swiftery*, una mezcla de "space" y "swifery" (*clock and dagger*), con magia y leyenda. En realidad, se trata de un resurgimiento de la "fantasía heroica" de los años '20, una prueba de lo cual es la dedicatoria de los libros de Conan.

Farmer ha penetrado decididamente en este terreno, exhibiendo una imaginación mucha

más delirante de la que permitiría suponer sus anteriores logros: una solera sexualidad esotérica. Ya había escrito una biografía de Tannia y de Eos Saanga, dos típicos héroes "pop", más recientemente, produjo una novela al estilo de la *Heretic Fantasy*, del viejo Hiramsh *Master of Ancient Opar* (1934).

Pero ya en 1935 escribió su primera tetralogía, *The Master of Universe*, donde introduce el mismo esquema que luego habrá de desarrollar en el "Mundo del Río". En "Creador" luminoso pero casi omnipotente ha construido un mundo en forma de una tremenda montaña, donde coexisten el Far West y la mitología griega, y los héroes del libro, unos nuevos Titanes, creaban ese Olimpo para exhibirlo a su creador y librarse de él.

En el "Mundo del Río", el simbolismo es similar, aunque los recursos son un poco menos desmesurados. Incluso podría decirse que la primera mitad del primer volumen, a manera de pre-epitafio, incluye, intriga y promete mucho más de lo que el desigual desarrollo de la tetralogía puede dar.

Este primer volumen, precedido por el *Blago* en 1932, se abre con una situación inédita en ciencia ficción, aunque no en la Biblia: la resurrección de los muertos. Cuando hombre o mujer han habitado la Tierra en el curso de las distintas eras, desde el origen de la humanidad hasta su des-

tracción, quedan cuerpos muertos, idénticos a los que están en nuestro mundo, pero referenciados y acentos de uniformidad. Pueden morir, por accidente o por violencia, pero vuelven a resucitar en otro sitio.

La novela es simple: en cada región moraban un 60 % de personas que vivieron en la misma época y lugar, un 30 % de una época diferente, y un 10 % de sujetos tomados al azar de cualquier tiempo.

Constituye así, igualado en una demerítica densidad y alimentado por masas invisibles, pitagoráicas, cruzadas, astronómicas, caballerías inglesas, indias y griegas.

La cronografía también es simple: un día casi infinito, una valle caótica y una barrera montañosa que cierra el paisaje.

La única manera de conocer a los misteriosos "Riticos" que han construido el Río con fines desconocidos es remontar a éste tratando de llegar a sus fuentes. Así lo hace, por un procedimiento heterodoxo, el protagonista del primer volumen, y descubre que los Riticos son doce, como los dioses del Olimpo, y entre ellos hay un taílder.

La duda está en saber si el taílder es propiamente realmente ayudar a los hombres y todo ese mundo no es más que un colosal experimento antropológico, o bien realmente se le ha querido dar a la humanidad "una segunda oportunidad" para redimirse.

Tanto a poco, sin embargo, los hombres vuelven a las andadas; los titanes de la historia vuelven efímeros imperios, los colos rurales renacen, reaparece la electricidad. Algunos, por a todo, se reducen, como ocurre con Hermann Goering, que luego de un primer parateo se convierte en el héroe de la paz.

En este vasto léxico, Farmer ha puesto todos los hitos de su vida y adolescencia, más los personajes literarios de su predilección: no en vano posee un doctorado en Letras.

El resultado tiene algo de Fellini y mucho de Cecil B. De Mille. El protagonista de A cuatro cuartos dispersos, ya presentado en una versión anterior de la obra publicada en 1961, es Richard Burton; por supuesto, no es el conocido actor sino el explorador Richard Francis Burton, el primer occidental que penetró en La Meca, un aventurero admirado por Farmer. El segundo volumen, El puente sobre el río, tiene por personaje central a Samuel Clemens, el mismísimo Mark Twain, quien se propone —y logra— construir un inmenso barco para recordar el curso de aquel nuevo Mississippi.

Junto con ellos, aparecen un apalancado de figuras: Alicia (la de Lewis Carroll), Cyrano de

Bergerac, Hermann Goering, el Barón Rojo, Juan sin Tierra, Ulises, Elbarnán, Teilo Hurlito. Por momentos, el uso individualizado de los caracteres históricos, que un tratamiento más cuidadoso habría convertido en un interesante ejercicio literario, toma el aspecto de un álbum de figuritas infantiles, donde las "diferentes" aparecen casi con la misma frecuencia que las corrientes.

El segundo volumen, que es el ambicioso proyecto del autor debía ser algo así como el primer movimiento de una sinfonía, luego de la afirmación de instrumentos del primero, se vuelve todismo, manifiéndose interminables batallas y un despliegue de ingenio tecnológico que recuerda la producción de Julio Verne, a quien quizás pretende satirizar. Es probable que las trilogías y tetralogías sean un objetivo demasiado grande para las posibilidades literarias de Farmer; cierto sentido de la economía y del equilibrio podría haberlo hecho producir una obra más heredera.

Por suerte, la traducción es aceptable, y el primer volumen está ilustrado por los notables dibujos de Virgil Finlay, aquel legendario dibujante de las viejas revistas de ciencia ficción a quien Lovecraft admiraba.

FABRIZIO CAPRANZA



**ROBERT SILVERBERG**

La Estación Hawksbill

**BOB SHAW**

Luz de otros días

**MARIO LEVRERO**

El sótano

**DAMON KNIGHT**

Conquistador nonato

**ISAAC ASIMOV**

El puente de los dioses

**KATE WILHELM**

El funeral

**NORMA VITI**

El precio

**JOSE PEDRO DIAZ**

Ejercicios arqueológicos

**RAY BRADBURY**

Tal vez soñar



**EDICIONES ORIÓN**